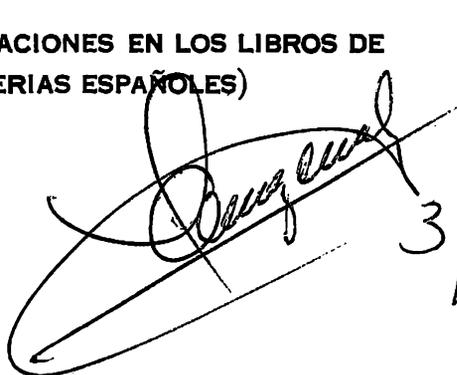


UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Para el señor Conesa
con la estimación y el
recuerdo que no desaparece
con los años

METAMORFOSIS DEL CABALLERO

(SUS TRANSFORMACIONES EN LOS LIBROS DE
CABALLERIAS ESPAÑOLAS)

 3/I/68.

T E S I S

Que para obtener el título de:
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS

p r e s e n t a:

José Amezcua Gómez



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

A mi padre.
A mi madre.

"...y si, entonces, consagrada así a lo esencial y encontrando una actividad espiritual por fin justificable, la humanidad vuelve a su pasado y trata de hacerlo revivir; no lo hace sólo por simple curiosidad o por necesidad de un saber más vasto, sino que vuelve a él como se vuelve a una fuente o como se persigue en el recuerdo una melodía de la infancia. No se ve en ello sólo el testimonio de un primer balbuceo anunciador de las virtudes del adulto, sino por el contrario, el irremplazable vestigio de una edad de oro".

(Albert Béguin, El alma romántica y el sueño).

cimiento del guerrero, cuando sobreviene la vida pacífica en que la inclinación sedentaria del hombre halla lugar en el ajetreo menor del trabajo, el ocio no encuentra una forma válida de vida comparable a la heroica, y aún cuando se propongan otros valores, tal parece que la esencia del héroe dicta y alienta mucho de la vida estable. La literatura exalta la imaginación de los hombres y los entusiasma por la vida del héroe. Como conducta absoluta cuesta trabajo encontrar un equivalente a la del héroe en otras formas de vida; en el espíritu del hombre la imagen heroica ha dejado un vacío que no se sabe como llenar. El hombre no acierta a vivir sin referir su conducta a un orden, sin una norma superior que le señale la diferencia entre una vida valiosa y otra que no lo es. Por eso, cuando el ruido de la guerra se ha dejado de oír y cuando los hombres parecen alejarse cada vez más del héroe, movidos por circunstancias diferentes a la vida guerrera, ellos recuerdan y añoran la vida que contiene cualidades viriles y positivas, porque en el fondo el héroe persiste.

La idea del caballero, en su trayectoria por la Edad Media, participa de las múltiples transformaciones sociales y culturales de esos siglos, y por eso puede encontrarse diferente y varia su figura. La persona social que en principio sirvió a los señores feudales en contra de las invasiones tuvo una larga carrera: participó de la rebeldía de los barones sin tierra, recogió los deseos de los menesterosos, la actitud de evasión de los tiempos y, sobre todo, se hizo representante del anhelo religioso de la vida perfecta. Bien puede verse que la trayectoria caballerescas es un flanco por el cual uno puede acercarse para conocer la Edad Media. Es importante, pues, una visión de los aspectos sociales en los tiempos en que la caballería vivía entre los hombres de la Edad Media, antes de adentrarnos en las transformaciones que el personaje experimenta en los libros de caballerías. Precisamente esta particularidad tornadiza del caballero es una de las dificultades mayores con las que se en-

PRÓLOGO

La vida del héroe posee caracteres que constituyen pruebas constantes del espíritu de los tiempos y del anhelo de los pueblos por una vida valiosa. Si el héroe es aceptado unánimemente es porque responde a actitudes básicas del pueblo; porque personifica, dándoles forma, los sueños de grandeza de los hombres. Cuáles son los atributos del hombre ideal en una época determinada, lo podemos saber analizando la imagen que del héroe se tuvo en esos tiempos. Como característica general, el culto del personaje heroico corresponde a épocas primitivas de los pueblos; surge en tiempos de luchas violentas, cuando la guerra es una necesidad para conquistar y sojuzgar a los pueblos vecinos, o cuando las tribus errantes buscan un lugar en donde asentarse. La figura heroica domina entonces casi por completo sobre las demás formas de vida, porque aliena a los hombres a la conquista, hasta llevarlos al paroxismo. Y comienza a surgir el héroe como personaje literario, y el arte se llena de color, se vuelve plástico, visual; se habla de fuerza física, de proezas corporales, de actos que prueban la valentía, de afrentas que deberán vengarse; todo ello de una manera pública y ostentosa, visible y cierta, de una evidencia que no admite segundas versiones, por que en sí misma la vida del héroe quiere ser absoluta. Gilgamesh, Aquiles o Rolando revelan en su trayectoria esta particularidad de seres únicos; sus vidas, los hechos y los personajes que los rodean muestran una idea del mundo conformada con características absolutas, únicas y totales.

Con una increíble tenacidad, que va más allá de la recuperación de los valores tradicionales, la Edad Media repite obsesivamente el tema del héroe caballeresco. Al pasar de una época a otra le son agregados nuevos rasgos y se le suprimen otros, pero básicamente su figura es la misma. El ámbito de influencias del héroe, de cualquier héroe, es tan amplia y tan profunda, que cuando cambian los tiempos de violentas luchas y de guerras que provocan el engrande-

frenta el lector de libros de caballerías españoles. ¿Es la del caballero una personalidad que resiste tantas transfiguraciones porque su esencia es inquebrantable? ¿O, por el contrario, antes que tener una personalidad irreductible el caballero es su continua transformación? En la parte específicamente literaria de nuestro trabajo nos hemos hecho tales preguntas, y el resolverlas es uno de los fines que nos ocuparon. Hemos tratado de analizar cuatro caracteres fundamentales del caballero: el guerrero, el discreto, el santo y el enamorado. Al margen hemos analizado también los rasgos de seductor que presentan algunos personajes. Con ello hemos descubierto que el caballero de las novelas españolas es un personaje de transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Crisol de ambas épocas, personaje que vive las inquietudes de una época que está por terminar y adelanta otras ambiciones que habrán de cuajar en tiempos posteriores, el caballero tornadizo guió nuestros pasos en este trabajo.

Por último unas cuantas palabras sobre las obras que hemos elegido. Ante la imposibilidad de abarcarlas todas —Thomas cita cerca de setenta títulos de novelas caballerescas—, hemos escogido aquellas que nos parecieron las más importantes para un análisis. Elegimos por principio El caballero Cifar, probablemente el más antiguo libro de caballerías; en él no aparece todavía el caballero con la trascendencia que encontraremos después en otros libros, pero ya hay la preocupación por mostrar al caballero con su conducta ejemplar. Luego hemos utilizado el Amadís de Gaula, obra importantísima por muchas razones, entre las cuales está la de aparecer en ella el caballero en su plenitud y con todos los rasgos religiosos que hicieron posible el ideal caballeresco. Ya que el Cifar titubea entre la novela bizantina, el relato hagiográfico y la narración caballeresca, es también el Amadís, el libro que da las bases del género. A continuación —y para no romper el orden cronológico— analizamos el Tirante el Blanco, libro problemático por participar de la caballería tradicio-

nal, al mismo tiempo que se adelanta a la novela de caballerías por su realismo, por su libertad erótica, por su humor, en fin, que pone a veces en entredicho al mismo código caballeresco. También nos ha parecido preciso para nuestra visión general del género ocuparnos de otras obras, estas ya del siglo XVI: Las sergas de Esplandián, continuación inmediata del Amadís, y uno de los Palmerines, el Palmerín de Inglaterra, el primero por ser, casi, una novela de tesis en donde se enjuicia severamente a la caballería bretona, y el Palmerín — por ser un ejemplo de la decadencia del género. En la bibliografía citamos — también otras obras pertenecientes a las novelas de caballerías, aunque no las hemos estudiado en nuestro trabajo, pues algunas de ellas son traducciones — de obras francesas, y otras, por desviarse del género y del ideal caballeresco, tienen importancia mínima para nosotros. Con todo, creemos haber elegido las obras más representativas de los distintos momentos de los libros de caballerías españoles. En lo que se refiere a los estudios críticos, hemos tenido — que limitarnos a libros, artículos y notas que han estado a nuestro alcance; — lamentamos no haber podido consultar obras de gran interés cuya referencia damos en la bibliografía.

PRIMERA PARTE
CABALLERIA Y SOCIEDAD

1.- EL CABALLERO Y SU CONDICIÓN SOCIAL (Siglos VIII al XI).

Comienzos de la caballería.

La trayectoria que siguió el caballero acompaña al estamento feudal, al grado de poderse afirmar que la caballería como clase social, nace al aparecer el sistema señorial y desaparece al derrumbarse la estructura de éste. Por eso, del renombre que el feudalismo adquirió en Europa se deriva la fama que la caballería, inscrita dentro de la organización señorial, experimentó. Sus tiempos de plenitud son los de la clase señorial y su decadencia corresponde a ella. Siempre que se hable de la caballería necesariamente habrá de aludirse a la clase feudal.

Parece evidente que la organización señorial como sistema económico y social surge con sus caracteres precisos a raíz de las invasiones que, comenzando por la de los árabes a principios del siglo VIII, atacan la Europa continental. Las subsiguientes incursiones de normandos, eslavos y mongoles amenazan el poder real, obligándolo a desmembrarse y a precisar los perfiles de la nueva organización feudal. Aunque los principios de propiedad y autoridad señorial comenzaron a imponerse desde el establecimiento de los latifundios a comienzos de la época medieval (1), puede decirse que las invasiones son un hecho definitivo, pues provocan el ámbito cerrado de la organización feudal. Los invasores obligan a los monarcas a abandonar los condados y señoríos a sus propias fuerzas. Así comienza la disgregación y la crisis del poder monárquico ante la urgencia de protección, y se encumbra el poder de los barones. Condes y duques pronto coinciden en un frente común (Romero 1965, p.47) basados en su independencia recién adquirida(2). Basados también en la unidad territorial y de

(1) Sobre los orígenes del feudalismo y los antecedentes anteriores a las invasiones véase Sánchez Albornoz 1942, vol. 3.

(2) Piensa Bühler que el acto de cesión de territorios y poderes de la corona a los nobles es producto del desarrollo medieval mismo, más que de las invasiones: Bühler 1957, pp. 141-142.

sus habitantes que ofrecen los productos de una economía eminentemente agrícola, se forman los ejércitos de seguridad. Los latifundios tienen en el siglo VIII un incremento inusitado (Pirenne 1964, p.13), motivando precisamente por el carácter agrícola que tendrá la economía desde entonces hasta el siglo XI, un estado de regresión respecto de la etapa anterior a las invasiones, puesto que antes de las incursiones invasoras la actividad mercantil había comenzado a producirse como un camino nuevo y próspero, alejado de la economía natural. Los feudos son latifundios con sistemas de organización bien acusados, que evitan el caos social que puede observarse en los reinos de este tiempo. Es bien claro que la agricultura fue el único camino posible para la economía de aquel tiempo, una vez que, ante los ataques de los nuevos bárbaros, se cerraron los puertos al libre tráfico, quedando interrumpido el comercio local y el que se realizaba con el Oriente. Pronto, pues, la agricultura llegó a ser "la única fuente de subsistencia y la única condición de riqueza" (ibid., 1963, p.13), que hizo depender a señores, caballeros y siervos del trabajo de la tierra y que motivó los caracteres jurídicos de estado de sitio que el feudalismo habría de poseer hasta muy tarde. El orden jurídico unilateral se impuso como única organización judicial: el señor era el representante y el jefe en todos los órdenes, lo que equivale a decir que en sus manos estaba la única autoridad posible. Este régimen unilateral habrá de provocar con el tiempo la miseria, los levantamientos y las migraciones de los campesinos.

Poseyendo la aptitud y los medios para una organización de defensa, el feudalismo crearía las corporaciones caballerescas para protegerse de las hordas invasoras. Bien pronto los pequeños terratenientes y campesinos unieron sus propiedades a las del señor, perdiendo en ello la libertad, pues poco a poco unos y otros fueron reducidos a condición de siervos. Vemos surgir de este modo los dos factores fundamentales que caracterizan al feudalismo: el latifundio y la caballería.

La organización militar de defensa no sólo resultó apta para la protección de los feudos, sino que permitió también la ofensiva territorial vecinos para apoderarse de otras tierras. Guerras, pleitos y duelos de este tipo llenan gran parte de la historia medieval y pintan la belicosa fisonomía de la época (Zaburov 1960, p.13). Pronto, ante tal fiebre de conquista, los ejércitos de los barones se fueron haciendo más aptos para el oficio, y las corporaciones, que originalmente eran grupos de individuos de distinta condición social, pasaron a ser una milicia integrada por hombres de linaje, que, sin los medios para llegar a ser señores feudales, eran atraídos por el prestigio y las prerrogativas que ofrecía la caballería. Rápidamente la caballería ganó una fama notable, por que en ella descansaba la seguridad de los feudos ante las acometidas de bárbaros y porque sostenía la observancia del derecho señorial dentro del territorio; fama bien ganada que llenaba de agradecimiento al señor o al rey, al punto que concedían tierras y nombramientos a los caballeros. Todo ello halagaba la profesión caballeresca y la hacía codiciable a los ojos de los hombres medievales (Bühler 1957, pp.144-145). Por eso no es de extrañar la preponderancia que el caballero adquiere en la realidad social y en los poemas épicos europeos; por eso también su figura en la épica medieval es corpórea y real, más que las fantasmales figuras de Carlomagno o del rey Alfonso. De la importancia adquirida por el caballero también proviene el hecho de repartirse el botín obtenido entre los más señalados en la lucha, la prestitonia del caballero (Adriana Bó 1946, p.116) que con el tiempo sería uno de los acicates mayores para atraer a los hombres a las cruzadas (Zaburov 1960, pp. 21-22). Ya Carlos Martel al comienzo de la época feudal repartía el botín entre sus guerreros (Sánchez Albornoz 1942, p.13), para obtener mayores resultados de sus tropas.

Asentada la fama de la caballería como profesión honrosa, fue fácil, an- dando el tiempo, que se le adjudicaran al caballero cualidades sobresalientes,

haciendo su figura depositaria de valores éticos.

La mayor parte de estos hechos, brevemente reseñados, si bien pueden observarse en la generalidad de Europa, aparecen más precisos en Inglaterra, - - Francia y España (1). En lo que se refiere a las leyendas y tradiciones que forman la materia bretona, así como los usos de la sociedad caballeresca, parecen observarse por vez primera en Inglaterra, cuyas narraciones celtas presentan originalmente los personajes y las costumbres inmersos ya en la típica usanza caballeresca, que salvo algunos cambios que se señalarán, habremos de encontrar hasta en los libros de caballerías españoles (cf. García Morales 1961, pp. XI-XXII y Marx 1964, pp. 5-28). De Inglaterra las leyendas celtas pasan a Francia, que llevará a su consagración, tanto las figuras legendarias como la figura del caballero, tal como aparece en la chanson de geste y el roman courtois. Por eso, sobre todo Francia parece encarnar en este tiempo el entusiasmo caballeresco, pues en verdad la caballería francesa llegó a ser "espejo y flor de toda caballería". A esto se suman las costumbres caballerescas que florecen en Boloña, Champaña, Aquitania, Troyes (Vedel 1948, p. 12). Normandía toma el nombre de sus belicosos invasores y hereda de ellos la fama de sus guerreros. La influencia y el prestigio que alcanza la caballería en toda Europa se debe en su mayor parte al papel que tomó Francia en este tiempo y que, más tarde, España le habrá de arrebatar al final de la Edad Media. Por eso España misma, en los años anteriores al Concilio de Clermont, habrá de aceptar la ayuda de la caballería francesa, propuesta por el Papa, en sus guerras contra los moros (Romero 1965, p. 40), y a causa también del relieve de la caballería en Francia se habrán de filtrar usos y costumbres de la caballería francesa a España (cf. infra "España desde el siglo XIII").

(1) Sánchez Albornoz refiere que, entre los primitivos pueblos germánicos había ya usos y costumbres guerreros que pueden denominarse "caballescios" como el acto de investidura, etc. Tácito refiere en su Germania el hecho de que los guerreros germánicos rechazaban "los trabajos serviles que juzgaban buenos solamente para débiles y viejos", citado por Sánchez Albornoz, op. cit. pp. 13-2; también véase Martínez Ruiz -- 1944, pp. 191-192.

escasa categoría", tal vez poseedor de tierras que "están al servicio de un poderoso señor, lo cual hace a los barones entregarse de lleno al oficio de la guerra" (ibid.). Luego siguen los escuderos, nobles empobrecidos y de inferior relieve, que desde el principio entran al servicio del caballero ya consagrado. Su papel es múltiple, pues fungen como criados, ayudas de cámara, mensajeros y mayordomos de su señor. A ellos está encomendado el cuidado y conservación del corcel, la limpieza de las armas del caballero y la diaria ceremonia de vestirlo. Los escuderos, según el comportamiento y la fidelidad observada al señor, pueden, si así lo permite el caballero, ser investidos de las armas caballerescas. / Todavía hay residuos de esta costumbre en el Amadís, en donde el héroe premia con la investidura a su fiel Gandalín (Amadís, CIX, iv, 888-889). Son también escuderos los jóvenes con aspiraciones a caballeros que no tienen la edad suficiente para ser consagrados, por lo que tendrán que aguardar la mayoría de edad, entre tanto hacen méritos, sirviendo como mozos de armas. (cf. Aguado Bleye 1963, p.859; Beneyto 1961, p.117). A los caballeros más señalados por sus cualidades guerreras se les da el nombramiento de infanzones o mesnaderos (cf. M. Pidal 1963, p.53; Beneyto 1961, p.103), especie de dirijentes de los ejércitos a los que se encomienda la dirección de las tropas, por lo cual son los allegados al señor y llamados sus favoritos. Hay también cierto tipo de caballeros eméritos, a los que no necesita armarse en ceremonia para que tengan la cualidad de tales, pero que, sin embargo, dado su papel en la corte, merecen portar las armas de la guerra, que ya éstas se han convertido en un privilegio para quien las porta. Estos ricos omnes, pertenecientes a familias poderosas, son elegidos por el rey como condes o notestades (M. Pidal-1963, p.54).

La educación de los aspirantes a caballeros y su sostenimiento durante el tiempo que durara el aprendizaje corría por cuenta del señor, que guardaba a estos noveles caballeros dentro de su corte y a veces, en caso de no poder ha-

jos de los nobles o de los terratenientes- podían llegar a caballeros. La caballería así, fue limitándose cada vez más a la clase latifundista. La discriminación que principió obstruyendo la entrada a la caballería a las demás clases sociales por razones económicas, se volvió poco después un derecho caballeresco. Porque surgían casos en que cualquier hijo de vecino, convertido por azares de la fortuna en rico hacendado, podía adquirir las armas, la armadura y el caballo. (cf. Martínez Ruiz 1944, p.198). O bien los ataques continuos sufridos por los feudos pudieron hacer que el rey o el señor feudal invistiera con la categoría de caballero al simple villano de a caballo o que el terrateniente cediera por los mismos motivos el nombramiento, por privilegio o carta, al guerrero destacado no noble. (Arzudo Bleye 1963, p.859). Para acabar con tales privilegios concedidos a los villanos, se regularizó la entrada a la caballería, dictándose ordenanzas que prevenían que el empadronamiento de los aspirantes se hiciera entre los hijos de los barones o de quienes descendían de casta de caballeros. Bühler cita un documento en que se dice que los hijos de campesinos, sacerdotes y diáconos no podrán entrar en la caballería, y en caso de que se descubra tal origen en los caballeros ya consagrados, habrá de procederse a expulsarlos de la corporación (Bühler 1957, pp.147-148).

d/ Sin embargo comienzan a aparecer en la caballería caracteres nuevos, que no están definitivamente de acuerdo con el orgullo de clase de la nobleza. Por ejemplo, para el desempeño de puestos importantes de la guerra se comienza a atender más a las virtudes personales de los caballeros que al nacimiento. Era natural, pues la refriega de la lucha mostraría seguramente la inutilidad de los principios de alcurnia y la importancia de las cualidades individuales de fuerza, arrojo, valentía, etc. (cf. Vadel 1948, pp.16-17). Y aunque los altos nombramientos se seguían dando a los barones, comienza a observarse bien pronto una clasificación caballeresca basada en las dotes personales tanto como en el nacimiento. El caballero propiamente dicho es el barón o "noble de -

escasa categoría", tal vez poseedor de tierras que "están al servicio de un — poderoso señor, lo cual hace a los barones entregarse de lleno al oficio de la guerra" (ibid.). Luego siguen los escuderos, nobles empobrecidos y de inferior relieve, que desde el principio entran al servicio del caballero ya consagrado. Su papel es múltiple, pues fungen como criados, ayudas de cámara, mensajeros y mayordomos de su señor. A ellos está encomendado el cuidado y conservación del corcel, la limpieza de las armas del caballero y la diaria ceremonia de vestirlo. Los escuderos, según el comportamiento y la fidelidad observada al señor, pueden, si así lo permite el caballero, ser investidos de — las armas caballerescas. / Todavía hay residuos de esta costumbre en el Amadís, en donde el héroe premia con la investidura a su fiel Gandalín (Amadís, CIX, iv, 888-889). Son también escuderos los jóvenes con aspiraciones a caballeros — que no tienen la edad suficiente para ser consagrados, por lo que tendrán que aguardar la mayoría de edad, entre tanto hacen méritos, sirviendo como mozos — de armas. (cf. Aguado Bleye 1963, p.859; Beneyto 1961, p.117). A los caballeros — más señalados por sus cualidades guerreras se les da el nombramiento de infanzones o mesnaderos (cf. M. Pidal 1963, p.53; Beneyto 1961, p.103), especie de dirijentes de los ejércitos a los que se encomienda la dirección de las tropas, — por lo cual son los allegados al señor y llamados sus favoritos. Hay también — cierto tipo de caballeros eméritos, a los que no necesita armarse en ceremonia para que tengan la cualidad de tales, pero que, sin embargo, dado su papel en la corte, merecen portar las armas de la guerra, que ya éstas se han convertido en un privilegio para quien las porta. Estos ricos omnes, pertenecientes a familias poderosas, son elegidos por el rey como condes o potestades (M. Pidal — 1963, p.54).

La educación de los aspirantes a caballeros y su sostenimiento durante el — tiempo que durara el aprendizaje corría por cuenta del señor, que guardaba a — estos noveles caballeros dentro de su corte y a veces, en caso de no poder ha-

cerlo el mozo o la familia de éste, lo proveía de armas y armaduras (cf. Beneyto 1961, p.102; Vedel 1948, p.16).

La vida del caballero recibía otras ventajas como la de que los aspirantes eran anadrinados -asistidos económicamente- por nobles y señores poderosos mucho tiempo después del acto de ceñir el cinturón y del posterior del espaldarazo, hasta que la guerra arrojara ganancias y el señor decidiera repartir el botín, cediendo parte de las tierras a sus caballeros para su sostén y el de su familia (cf. Bühler 1957, pp.151-152; Aguado Bleye 1963, p.859). Las ventajas de los "beneficios", como eran llamadas las tierras y nombramientos concedidos, atraieron pronto a muchos nobles e hijos de señores a la caballería (cf. Martínez Ruiz 1944, pp.190-191). Con estas ventajas, la nobleza de los reyes y señores feudales iba aprovechando la fuerza viva de la caballería, organizándola de tal manera que la ética caballeresca y las normas iniciaban el camino dirigido a someter la natural belicosidad de los barones a la clase rectora (Vedel 1948, pp. 12-13), ajustándolos a un estricto modo de vida, que impedía toda manifestación de rebeldía por parte de tan peligroso conglomerado. A cambio de ello la caballería apareció como una suerte de élite a los ojos de los hombres medievales, la heredera directa del orgullo de casta de que se envanecía la nobleza. A causa de ello, la nobleza adquirió, "de una vez, y para siempre, su propia y especial fisonomía de clase guerrera" (Bühler 1957, p.144). La caballería, sostenida y originada por la nobleza, y la nobleza, sirviéndose de la caballería para protegerse y conservar su supremacía, llegaron a presentar las dos fases que el feudalismo tomaba. Ambas se complementaron en forma perfecta, figurando por cinco siglos en el primer plano de la sociedad y la política medieval, de tal manera que al ocurrir el eclipse de la clase señorial, -también se produjo una decadencia en la caballería. Esto, sin embargo, no significó una completa identidad entre los dos órdenes, pues como arriba anotamos, se habían realizado ya cambios que desplazaban la importancia del linaje, que,

junto a otros cambios que luego anotaremos, llevaron a la caballería por un camino distinto —aunque paralelo— al que siguió la nobleza. Podía ser, por ejemplo, que un individuo perteneciente a la nobleza fuera, por ello, elevado a la categoría de caballero, pero no pasaría de ser una suerte de escudero —tanto no demostrara su valor y destreza en las armas y su nobleza interior. — Por eso en el Poema del Cid parece el juarlar despreciar la cobardía de los nobles Beni-Gómez, para mostrar preferencia por el infanzón Rodrigo, que sí se ha significado por su valor y sus hazañas (cf. M. Pidal 1963, p. 54).

Por más diferencias que existieran entre los países europeos, parece que las características que hemos anotado, tomadas como generalidades, privaron en todos los países románicos. Menéndez Pidal llega a conclusiones similares a Bühler y Vedel, por ejemplo, sobre la extracción del caballero y sobre su condición social, por más que el maestro no crea en la unidad cultural de los países románicos manifestada en la épica (cf. M. Pidal 1949, pp. 113-114).

El caballero y las demás clases sociales.

La idea que los hombres de la Edad Media tenían de la sociedad difiere notablemente de la nuestra. De esta diferencia proviene nuestro asombro ante las condiciones sociales de la época medieval, reflejadas en hechos como la vejección, por tanto tiempo sufrida por los campesinos, o en el reconocimiento general de la superioridad de la clase noble.

La sociedad se concibe en la Edad Media como algo estático (Bühler 1957, pp. 104-105). Tal idea deriva de una concepción del mundo por la cual Dios ha ordenado las diversas capas sociales en jerarquías, imponiendo sobre la vida terrenal su saber inefable. Además, y por la razón anterior, la jerarquización de la sociedad que impone unas clases sobre otras, no es sino el reflejo terrenal del Reino de los Cielos (García Pelayo 1959, pp. 81-83). Debido a este origen sacro de la sociedad, puede entenderse el criterio de los hombres medievales que condenaban como herejía las rebeliones campesinas y en general cual-

quier intento de elevarse por encima de la condición dada por el nacimiento para alcanzar otra clase social. El orden social proviene, pues, de Dios, con arreglo a su voluntad se señalan las actividades de las tres profesiones fundamentales. La idea es una simplificación de una realidad más compleja, pero revela —con esa cualidad medieval por la cual lo real se mezcla a lo ético— una imagen de la sociedad conformada de acuerdo con caracteres cristianos: "El campesino (1) —se decía en aquellos tiempos— tiene como misión cultivar la tierra para el sacerdote y el caballero, el sacerdote salvar del infierno al caballero y al campesino, y el buen caballero defender al sacerdote y al campesino de cuantos pretenden hacerles mal" (Citado por Bühler 1957, pp.136-137). O sea — que hay tres estados con tres profesiones principales —y cristianas—.

Aunque es una generalización, la jerarquía anterior destaca las tres clases fundamentales en el estamento cristiano social de la Edad Media: los nobles, la clase campesina y servil y los eclesiásticos, todos ellos conformados en una imagen cristiana del trabajo de la que está fuera, como veremos, cualquier idea de utilidad o ganancia (cf. infra, "Las crisis socioeconómicas...") por lo que la burguesía sería excluida de la clasificación pues no correspondería su función económica a la idea cristiana del trabajo honrado (Pirenne 1964, pp.17-27; Aguado Bleye 1963, pp.868-869). La nobleza, como clase que se remontaba sobre las demás por la superioridad de los poderes feudal y monárquico, — recibía el reconocimiento de las demás clases y la aceptación religiosa de la Iglesia. De la nobleza provenían las castas de los reyes y los ministros de la Iglesia, tanto como los señores feudales. Con ella también se formaron los puestos ministeriales y los de los dirigentes de las corporaciones en las ciudades (Bühler 1957, pp.87-130). Por disponer de los recursos necesarios y — del espíritu bélico, la clase noble ejercía también, y en forma exclusiva, el — oficio de la guerra. Tanto llegó a identificarse la nobleza con el espíritu —

(1) El subrayado es nuestro.

guerrero (ibid., p.144), que se hace difícil, por ejemplo, concebir aparte ~~de~~ - los señores ^{de} los caballeros, atribuyendo la profesión de las armas en un conglomerado particular, pues la vida guerrera resultaba para los señores la manera más ~~de~~ valiosa de vivir. Por eso la nobleza de los reyes y señores - cuidó bien de dar facilidades y feudos a sus caballeros, haciendo a la caballería "el orden cristiano por excelencia" (Romero 1959, p.198), la corporación favorita de todos, a la que se elevó hasta hacerla el ideal de vida, no sólo de una esfera social, sino de la generalidad de los hombres de la Edad Media. Para que no se perdieran los lazos que unían a la caballería con la nobleza, lazos que aseguraban el poder de los feudos y la exclusividad de la actividad de defensa, la clase noble imponía a los caballeros, en el acto de la investidura, un juramento de fidelidad casi religiosa. No es sino a raíz de las crisis y luego, en los acontecimientos de las cruzadas y la aparición de las órdenes militares, cuando dicho juramento comienza a presentar cambios que revelan en los caballeros una mayor alejamiento del mundo de los barones, la rebeldía caballeresca. Los caballeros, originalmente barones sin tierras ni señoríos que gobernar, perdían la condición anterior, es decir su función terrateniente, para vivir eminentemente del oficio de las armas, como caballeros. Pero caballero no es sinónimo de noble o barón, sino que la palabra determina una condición social específica dentro del mundo de barones, reyes y terratenientes. Las fricciones que ocurren más tarde entre barones y caballeros (cf. infra, "Crisis políticas y comienzos de las cruzadas") dejarán ver que la rama de la caballería había seguido muy diferente camino que el prescrito por la nobleza señorial, aunque dependiera de esta última.

Por encima de los demás intereses de la sociedad feudal (Romero 1959, pp. 100-101) se destacaba la caballería con una aureola dorada. Puede decirse con Bühler (op.cit.p.144) que "la fuerza realmente ennoblecedora irradiaba del oficio de las armas". A tal encumbramiento debe atribuirse el rápido ascenso de-

los caballeros en la sociedad medieval, apareciendo la clase caballeresca como "clase social hereditaria relativamente pronto" (ibid.,). La fama del caballero y "lo caballeresco" impone una cultura y una moda nuevas, y el caballero se hace representación de los atributos de lo bueno y lo bello.

Con el guerrero sólo pudo competir en importancia el sacerdote, cuya vida, desarrollada en un similar concepto del deber, es paralela a la vida del hombre dedicado a las armas. Debido a la relevancia de las dos profesiones, ocurre entre ambas la natural enemistad que habrá de ocupar a la literatura hasta el siglo XVII, a través del tópico de las armas y las letras (Curtius 1955, - Vol.I, cap.IX).

Independientemente de cuánto de la vida religiosa haya asimilado la ética caballeresca, existe en los caballeros una animadversión por la vida del clérigo. Por lo pronto se evita el que los hijos de los diáconos puedan ingresar en la caballería; pero también se ataca directamente al estado eclesiástico, - aun cuando sea en sus elementos inferiores: los huertos y campos de los conventos son objeto de robos continuos por parte de los caballeros. Ni siquiera las iglesias son respetadas por ellos. Los barones, para solventar los gastos de sus guerras, envían a los caballeros a confiscar los bienes eclesiásticos, - o bien obligan a las abadías a pagar una especie de tributo. Carlos Martel desamortiza las propiedades de los obispos, repartiéndolas entre sus caballeros (Sánchez Albornoz 1942, pp.16-18, 32-33). Estos datos, que pueden localizarse en los dos primeros siglos del feudalismo, provocan bien pronto una respuesta rápida de las abadías; éstas determinan formar un pequeño contingente de guerreros que los defiendan, tanto de las invasiones bárbaras, como de la rapiña de los caballeros. Formadas las abadías conforme a la articulación feudal, y habiendo ganado la administración de vastas propiedades, los obispos aparecen como señores feudales y como directores de las tropas contra el enemigo exterior. García Pelayo refiere que el 74% de los contingentes de la expedición -

realizada a Italia en el siglo X por Othón II "lo constituían las huestes de los señores eclesiásticos" (Op.cit., p.144 nota 1). Si los caballeros del siglo XII, en las órdenes caballerescas, adoptaron una vida casi monástica en su ascetismo, el ejército caballeresco estaba formado también por frailes guerreros. En el Poema del Cid, p.95, el obispo don Jerónimo entra en la lucha. El arzobispo Turnín combate en las filas de Carlo Magno (El cantar de Roldán pp. 62-63, passim). El obispo Leofgar abandona "su crisma y su crucifijo, sus armas espirituales, y tomó la lanza y la espada" (citado por Romero 1959, p.197). Sánchez Albornoz (op.cit., pp.55-56), nos cuenta el estado de cosas que encontró Luis el Piadoso en Aquitania, al comenzar su reinado. El nuevo rey ve con asombro a los clérigos distraídos de sus deberes monásticos y piadosos y entregados, en cambio, a los juegos de las armas y a la práctica de ejercicios guerreros, por lo cual decreta la prohibición de tales actividades entre los frailes. No sólo ocurría que la caballería iba asimilando caracteres religiosos, sino que los hombres dedicados a la profesión eclesiástica se habían contagiado del espíritu luchador de los guerreros.

En lo que respecta a otras clases sociales, los caballeros señalaron la distancia que los separaba de ellas. Hacia los campesinos, por ejemplo, los barones y los caballeros guardaban cierto desprecio, a despecho de los códigos caballerescos, que preveían la humildad y la ayuda a los pobres. Pues si los señores aprovechaban el trabajo de los campesinos hasta hacerlos vivir una existencia miserable, esa condición hacía aparecer indefensa a la clase de los trabajadores del campo ante cualquier ataque. Los caballeros cayeron sobre las plantaciones y las aldeas rurales con mucha mayor facilidad que sobre las abadías. La supremacía caballerisca y los fueros de que gozaba el caballero en la sociedad feudal permitían con amolig margin que el hombre de armas cometiera desmanes. La caballería, como agrupación que estaba a las órdenes de los señores nobles, heredaba de ellos el orgullo que le permitía sojuzgar a las

clases inferiores, oprimidas ya por el sistema feudal. Sin embargo, y aun haciéndose eco la caballería de los prejuicios de la clase señorial, los caballeros alternaron frecuentemente con campesinos y siervos en las guerras, pues -- las clases bajas integraban la infantería de los ejércitos (Bühler 1957, pp.110-118). Gran parte de ese contingente nutrió los ejércitos cruzados. Grousset y Zaburov nos dan casos de verdadera inmola^on de la infantería.

Donde mejor se ve el orgullo de clase de los caballeros es en su desprecio por los burgueses. Y tenían razón en su oposición a la nueva clase, si se considera que el despertar de las ciudades y de la economía mercantil influirían en forma decisiva en la decadencia señorial, y por ende, de la caballería (cf. infra, "Las crisis socioeconómicas..."). Había un sentimiento de superioridad caballeresca, reforzado por el respeto y la admiración que la clase burguesa mostró siempre por los nobles y los caballeros (Romero 1965, p.206), cuyas costumbres los nuevos ricos trataban de imitar, sin pretender oponerse "ni contra la autoridad de los príncipes, ni contra los privilegios de la nobleza" (Pirenne 1964, p.43). Bühler nos cuenta de un rico comerciante que, a bordo de una nave, se lanza contra un barco que lleva a nobles y caballeros. Al descubrir la alcurnia de los pasajeros, el comerciante, sorprendido, hace apartar a un lado su nave, perdiendo la oportunidad de ganar la batalla (Bühler 1957, pp. 137-138).

No es improbable que los mercaderes, en el fondo, guardaran un odio hacia los caballeros, de cuya alcurnia y vestiduras se burlaron frecuentemente. Si a esto se agrega el frecuente despojo que los caballeros hacían de los bienes de los comerciantes, como se encuentra referido en el episodio de Raquel y Vidas en el Poema del Cid (cf. pp.23-31), tal animadversión parece tener fundamento. Las guerras sucesivas entre los reinos, la defensa contra las invasiones árabes y normandas, cuyos gastos se llevaban los fondos de los barones, hicieron decretar confiscaciones entre los ricos comerciantes. Los riquezas toma--

das nunca volverían, seguramente, a las arcas de los mercaderes, como en el caso de Rodrigo y la burla a los judíos. La supremacía jurídica de los señores y los caballeros permitía y excusaba tales apropiaciones.

Algo de la actitud de los burgueses que molestaba sobremanera a los nobles de la Edad Media era su desmedida inclinación por adquirir riqueza. El amor al dinero entre los mercaderes llegaba hasta hacerlos practicar la usura, tan censurada y prohibida por la Iglesia (Pirenne 1964, p.17). La carencia del espíritu productivo que pudiera proporcionarles ganancias (infra, "Las crisis socioeconómicas...") hacía que la nobleza mirara con desprecio a los encumbrados hombres ricos de las ciudades (Bühler 1957, p.159). A la ambición de riqueza y bienes de la burguesía, la nobleza oponía su espíritu caballeresco, imbuido de los sentimientos de caridad cristiana. Ante la especulación comercial y los enredos del cambio de la moneda, los rudos hombres guerreros y sus señores se llenaban de estupor, incapaces para entender tales complejidades (ibid., p.188). Así, los nobles y los caballeros desconfiaban de las actividades comerciales, teniéndolas por fraudulentas y opuestas a los preceptos cristianos: para ellos no era censurable quitar los bienes a quienes los habían robado antes. ¿Qué se había de acordar, por tanto, el juglar de decirnos si, por fin, Rodrigo devuelve o no lo tomado a los judíos? ¿Qué importancia tendría si, además de la cuestión racial- hay la ordenanza que prohíbe a los caballeros el ejercicio de oficios viles como el comercio? (Beneyto 1961, p.226). Por lo demás, el desprecio sentido por los caballeros hacia la clase de los comerciantes, no es sino el eco de una común actitud de la Edad Media hacia la burguesía. "Dios hizo el clero, los caballeros y los trabajadores -se decía-. El Maligno hizo a los burgueses y a los usureros" (citado por García Pelayo 1959, p.83).

Hay, como puede verse, en la nobleza y en los caballeros, un desprecio a la riqueza, que, andando el tiempo, habrá de traerles desastrosas consecuencias.

cias (cf. "Las crisis socioeconómicas..."). En los caballeros la actitud antieconómica frente a la vida es mucho más notoria que en cualquier otra agrupación de la nobleza puesto que, siendo propietarios de pequeños pedazos de tierra, la profesión de las armas les hacía desentenderse del cultivo agrícola, -recibiendo la retribución por su oficio guerrero de los señores feudales y los reyes. Su falta de miras comerciales, o, si se quiere, su incapacidad para sacar provecho de las propiedades, pronto los forzó -junto con otros factores que luego veremos- (cf. "Las crisis socioeconómicas...") a la solución desesperada de la guerra santa. Ni siquiera los asaltos a las aldeas y conventos, o el robo de los bienes y el dinero tomado a los mercaderes, pueden demostrarnos el anhelo de los caballeros a la riqueza; antes bien nos muestran la incapacidad caballeresca para entender los procesos por medio de los cuales, sin peligro, -había de llegarse a una mayor productividad de los bienes que se poseen. Empujados por la mala situación económica y por la desesperación, que los hacía -más belicosos aún, creían los caballeros poder obtener de cualquier modo el sustento, volviéndose aves de rapiña lamentables: ni las ganancias obtenidas -en los robos, ni las confiscaciones los volvieron ricos, sino torpes ladrones, que devastaban los pueblos y que peligrosamente se exponían al patíbulo. Otra fue la suerte de los comerciantes, en especial la de los italianos, que en lugar de exponerse "a lo caballeresco" lograron amasar grandes fortunas con el comercio y la usura. Bien decía don Quijote al ventero de Sanlúcar que nunca se había leído que el caballero trajese dinero, como que el adquirirlo y tenerlo resultaba contrario a la ética -y a la ^{ca}cañad- caballerescas.

Sólo cuando la actividad comercial de las últimas cruzadas se hizo notoria en Ultramar y los comerciantes alternaban con los caballeros en los puertos francos, pudo hablarse de especulación mercantil por parte de los caballeros y de las corporaciones caballerescas, pero ya entonces el ideal caballeresco se había disociado por completo de su referencia social, elevándose por en-

cima de la realidad. ¿Es este paso un síntoma de la decadencia de la caballería?

Cambios en la caballería e influencia de la Iglesia.

La caballería fue, mutatis mutandis, durante los siglos VIII a XI, el brazo que ejercía la defensa del feudalismo contra los ataques de fuera y el instrumento eficaz para imponer el sistema latifundista de la clase señorial. Servía, pues, como organismo defensor de la clase feudal en lo externo e interno, destacándose su función de base de seguridad, por medio de la cual se levantó la clase social de los señores como la élite poderosa, por encima de monarcas e intereses eclesiásticos. Poco a poco, y después de imponerse la seguridad para la realización de la nueva sociedad, la caballería fue resultando un conglomerado superior, que si bien pertenecía a la nobleza, iba adquiriendo fines y contornos diferentes de los de ésta. En principio, era la caballería una corporación esencialmente guerrera, para la cual la propiedad de la tierra y la ambición de poder -elementos determinantes en la nobleza latifundista-, resultaban móviles ajenos a su naturaleza. Tal divergencia de fines andando el tiempo habría de ser la causa de las querellas entre barones y caballeros - (1).

Además, la caballería, como organismo único de defensa, es solicitada por la monarquía, las ciudades y la Iglesia; ésta pronto establece en Roma un ejército permanente (García Pelayo 1959, p.155). Se extiende, por tal razón, los límites estrictos de la caballería, pues se transforma de organismo originalmente feudal en conglomerado que rebasa las fronteras de una sola clase, acusando los caracteres de un infraestamento, basado, no en la economía, sino en la protección militar de los poderosos, de quien recibe patrocinio. Por el sólo he-

(1) En particular el hecho es evidente en los acontecimientos de las cruzadas; por ejemplo en la rebelión de los caballeros ante la indolencia de los jefes para proseguir la lucha, una vez que han logrado conquistar Antioquía y Edesa. La rebelión caballeresca da por resultado la continuación de las guerras hasta la conquista de Jerusalén. cf. - Grousset 1965, p. 32; Zuburov 1960, op. 95-96.

cho de ser defensora de la sociedad cristiana, la caballería adoptaba su papel representativo de la cristiandad; de ahí que desde el siglo X se represente a las organizaciones caballerescas como símbolo de la sociedad cristiana adquiriendo los perfiles de universalidad, después consagrados definitivamente. Parece ser que la denotación de caballero tenía un matiz de capacidad jurídica, por lo cual los barones y los reyes debían ser armados caballeros (cf. Martínez Ruiz 1944, p.211), para alcanzar la categoría de señores. En particular se destaca en la caballería -y aquí surge otra divergencia respecto de los fines señoriales- el principio de la caridad. Se insiste en el papel de la caballería como organización defensora de los desheredados, que "como los pobres, las viudas y los huérfanos, se encuentran indefensos en la sociedad" (*ibid.*, también Beneyto 1961, p.165). El caballero debe preocuparse constantemente por los pobres y los débiles, atender también como miles cristiano que es, la defensa de los bienes eclesiásticos y proteger las abadías y los conventos. Como se ve, la caballería adquiere nuevas motivaciones, que vienen a añadirse a las anteriores, ampliándose de este modo los horizontes de su actividad. Sin embargo comienza a presentarse la contradicción entre los preceptos caballerescos y la realidad social de los caballeros.

La inclusión de nuevos rasgos y la extensión de las actividades de la caballería a toda la sociedad cristiana significó también una reducción a normas cristianas de la anárquica acometividad de los caballeros. El influjo propagador de ascetismo y severidad que la Iglesia, y sobre todo Cluny, dejan sentir desde el siglo X sobre Europa, es recibido también por la caballería. A la barbarie guerrera demostrada en la lucha contra los invasores de los siglos VIII y IX sucede otra de similares caracteres, en que los barones se entregan a la conquista de territorios vecinos y a las guerrillas. La disminución de la fuerza de los invasores no calmó la belicosidad de los barones. La Iglesia reaccionó siempre contra tal actitud caballerescas, tratando de restablecer la-

paz por los medios que estaban a su alcance. Para ello debió introducir en --
 las organizaciones de caballeros el elemento piadoso cristiano, llamando a los
 barones cristianos a la concordia y al cumplimiento de los preceptos religio--
 sos. Pero ni la intervención eclesiástica ni las "treguas divinas" (cf. infra,
 "Los tiempos anteriores a las cruzadas") terminó con la inquietud guerrera de
 barones y caballeros; la violencia, legitimada anteriormente por las necesida--
 des de defensa, se había convertido en el modus vivendi del caballero; por --
 ella había adquirido para su señor, tierras y riquezas, que redundaron en pro--
 pio provecho; una vez que el restablecimiento de la justicia iba cambiando las
 condiciones de vida, el caballero, al margen de la ley, siguió operando de la--
 misma manera. Esto fue particularmente notable cuando se dejaron sentir en --
 la sociedad feudal los primeros influjos de los cambios económicos (infra, --
 "Las crisis socioeconómicas de la Alta Edad Media"). Pero también --y ya que --
 las crisis no se hacen presentes sino hasta el siglo XII-, tal forma de vida --
 respondía al hecho de ser la violencia y el ataque la manera de vivir de los --
 barones conforme a su naturaleza, su forma de manifestarse y hacerse presentes. /
 De acuerdo con esa belicosidad se organizan en las cortes los juegos, los tor--
 neos entre caballeros y las cacerías, que dejan ver la necesidad (1), aunque --
 fuera de actos ficticios, de practicar el oficio de la guerra. Sin embargo, --
 tales juegos no desviaron la impetuosidad guerrera de los barones, se intran--
 quilizaban a la sociedad con sus interminables rencillas.

De una manera u otra, como costumbre cuyo impulso no se podía controlar, --
 o respondiendo a los primeros síntomas de las transformaciones sociales, lo --
 cierto es que los asaltos y guerrillas resultaban hechos perturbadores de la --
 tranquilidad en una sociedad que paulatinamente iba consolidándose sobre la ba--
 se de la paz. De ahí que la Iglesia --instrumento eficaz y experimentado para--

(1) Para la caballería en la Península cf. Martínez Ruiz 1949, pp.132-135)

atravesar hacia los intereses occidentales la potencialidad del conglomerado bárbaro- adjudicara el papel de reprimir a los barones, "cristianizando" la caballería. Se despertó, pues, la inclinación a las virtudes cristianas en el caballero, atributos que, según Vedel (Vedel 1948, p.1²), "con harta frecuencia encontró la Iglesia entre los señores más selectos". Ello se debe la paulatina

sanctificación que recibe la caballería desde esta época y que hace de ella un instrumento sagrado, el brazo ejecutor de la Iglesia en las guerras de la Cristiandad contra el infiel. ¿Habrá que hacer resaltar, de nuevo, la contradicción entre tal sanctificación eclesiástica y la manera caballeresca a las ambidías? A resolver esta oposición había encaminado sus fuerzas la Iglesia, tratando de atravesar, para someterlo, al mundo de los barones y caballeros.

Los cambios experimentados por las organizaciones caballeresca, a medida que recibe cualidades características de otros órdenes, van alejándolas del mundo de la nobleza y los barones. La Iglesia, como institución interesada en las corporaciones caballerescas, trasmite a los códigos caballerescos sus inclinaciones hacia sus caracteres de universalidad. Resultaba la caballería un conglomerado social distinto a lo que había sido en sus orígenes, consolidándose en la sociedad y develando sus fines, para lo cual debía perder su libertad. Con ello se iban descubriendo diferencias notables entre caballeros y barones, que se habrían de agudizar hacia fines del siglo XI. Sin embargo, justo es matizar tal diferencia, que podría parecer demasiado tajante. En efecto, aunque la aparición de nuevos caracteres dentro de la ética caballeresca se manifiestaron opuestos al original deber de la caballería para con los barones, esto sólo ocurría teóricamente, pues en la práctica no se manifestó al menos a lo largo de todo el siglo X y gran parte del XI- tal disociación; se daba el hecho concluyente de la investidura caballeresca de manos de los señores, a traves de los señores por tal motivo y por el juramento de fidelidad debían los caballeros respeto y auxilio militar. La caballería, por un siglo todavía, continuó sien

do fiel servidora de la nobleza, que seguía patrocinando y multiplicando las corporaciones caballerescas. Sólo más tarde, cuando los problemas económicos se dejaron sentir de manera crítica, ocurrió la disociación entre barones y caballeros (infra, "La caballería como solución a las crisis").

Otros ejemplos muestran más claramente la ligazón de la clase guerrera al sistema señorial, y son los pasos dados por los señores para consolidar dentro de la nobleza a la caballería, dejando fuera de ella a cualquier otra clase social.

La caballería iba adquiriendo una supremacía dentro de la organización social cristiana. A esa supremacía caballeresca se sumaban los métodos disciplinarios y las leyes que delimitaban los caracteres de su condición y los fines de la profesión guerrera. Se imponían ciertos usos con carácter de leyes, que elevaban a la caballería al rango de una profesión envidiable, pero que limitaban también sus actividades al original cometido de corporación perteneciente a la nobleza. "Esto explica la intervención de los reyes en la elección capitular de los maestros" (Beneyto 1961, p.145). Es la época de los complicados actos para armar al caballero, y es la época en que el acto de juramento de fidelidad al señor es un hecho central dentro del espectáculo cristiano-pagano de la investidura caballeresca (1).

¿Cómo lograron coexistir dentro de las corporaciones caballerescas, dentro de un mismo concepto del deber, por tanto tiempo, los intereses de la nobleza a la que pertenecían como clase los caballeros, y los caracteres cristianos surgidos por la propaganda religiosa de la Iglesia? ¿cómo pudieron conciliarse los deberes de fidelidad al señor y a la Iglesia? La simbiosis no es extraña al carácter de la Edad Media. Los acontecimientos históricos presentan conviniendo al Imperio y a la Iglesia, dejándonos ver el mismo problema en un plano estrictamente político. Los hechos muestran la perfecta consonancia entre los

(1) Sobre la caballería española y el juramento de fidelidad cf. Sánchez-Albornoz 1942, pp.274-279; en Europa: Hampe 1933, pp.439-440.

dos órdenes y revelan que eran ambos representación del arquetipo del reino de Dios (véase García Pelayo 1959, El reino de Dios..., en especial capítulos II y IV).

La caballería, participando de ambos intereses, pudo sobrellevar el deber religioso en su ética, sin menoscabo de la obediencia que, como organización perteneciente a la clase señorial, debía a la nobleza. Es por ello la caballería ejemplo característico de su tiempo, pues la identidad del poder monárquico y los atributos religiosos se daba en el mismo Imperio, que era, a la vez, el organismo político que confería unidad jurídica a los pueblos románicos y la representación terrenal del orden divino. Por eso puede hablarse de una simbología similar entre la ceremonia de armar al caballero y la coronación de un monarca, como nos la describe García Pelayo (op.cit. pp.103-124). Al igual que al caballero, al rey le es ceñida la espada. "Con ella, vigorizada por el espíritu santo, el rey defenderá y auxiliará a las viudas y a los huérfanos, restaurará las cosas destruidas, preservará las restauradas, vengará las injustas y confirmará las bien ordenadas, y de este modo el recto uso de la espada le abrirá el camino del reino eterno" (ibid., p.111). Al investirse al rey con los objetos sacros, se le declara defensor ante "los enemigos de la Iglesia y del reino", con potestad para sojuzgar a "las naciones bárbaras y paganas". El espaldarazo dado al caballero llevaba también implícitos dichos caracteres, que hacían al nuevo guerrero defensor de la Iglesia y la Cristiandad, y ofensor de paganos y bárbaros. Por último, entre los laudes regio^s se repite la fórmula ¡Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!, grito que después se habra de convertir en divisa de batalla de los ejércitos cruzados (ibid., p. -- 108), es decir, entre los caballeros defensores.

Si la investidura regia iba acompañada de actos de consagración religiosa, si la coronación de manos de la Iglesia era ella misma un acto litúrgico (1) -

(1) García Pelayo también refiere que el acto de la coronación del rey -- era uno de los actos dentro de la misa, entre la epístola y el evangelio. op.cit., nota 20 de la p.107.

esto ocurría porque, dado el carácter cristiano del monarca, no se podía pensar en la separación de su obligación para con la Iglesia y de su función política como conductor del reino. Esta unidad de atributos terrenales y religiosos explica por qué no hay contradicción en el caballero entre los deberes que tiene con la Iglesia y su obligación de fidelidad al monarca. La unidad de — tan antitéticas obligaciones revela una idea del reino de Dios que hace posible su función en la tierra, una idea más profunda de lo que parece a primera vista. Va más allá del puro espectáculo exterior, pues nos habla de un concepto particular del mundo, por el cual se tiene a las verdades y los atributos de Dios como existentes dentro del fluir de la vida y capaces de expresarse — simbólicamente en los actos de coronación y consagración de Emperador, lo mismo que en la ceremonia de armarse a los caballeros. La revelación de la divinidad en el transcurrir de los hechos terrenales muestra a la imaginación — la literatura — y la vida unidas en forma indisoluble. Cuando sobreviene, en el — siglo XI, el rompimiento entre el poder político-terrenal y el poder de la Iglesia, ello significa una crisis en el pensamiento de Occidente, que separa los dos órdenes al mismo tiempo que escinde a la literatura de la vida. El hecho se verá repetido en la caballería, pues los caballeros al separar — y contraponer — su obligación para con la Iglesia del servicio debido a los señores, también llegarán a la división entre la realidad y la imaginación. Sobre tal crisis espiritual se insitirá más tarde.

2.- LA CABALLERIA COMO INSTITUCION (Siglos XI al XII).

Crisis socioeconómicas de la Alta Edad Media.

Poco después de que cesaron en Europa las invasiones que dieron solidez al feudalismo hasta hacerlo el sistema económico más importante y más fuerte, fueron experimentándose en la sociedad europea cambios que mostraron la incapacidad del sistema para enfrentarse con éxito a los nuevos tiempos. Restablecida una nueva paz, las antiguas villas y los latifundios resultaron fuentes demasiado reducidas para el trabajo de los campesinos y siervos, y aun para el provecho de los nobles. El número excesivo de los que se habían acogido a la sombra de los señores para protegerse de las invasiones aumentaba considerablemente, sin que surgieran nuevas oportunidades de trabajo en el campo. Luego, ni los mismos señores, que recibían los beneficios de la protección caballeresca, pudieron, cuando el peligro desapareció, sostenerse en su papel de regidores de la economía, toda vez que la vida del comercio se incrementaba en los burgos y desplazaba a la agricultura a segundo término. Tampoco, dado que las ganancias habían disminuido, pudieron los señores mantener el numeroso ejército que les había servido para preservarlos en su papel de dominadores pues ya que el peligro había desaparecido, resultaba la caballería un lujo que las circunstancias no podían permitir. Las corporaciones caballerescas hubieron de disminuir en el número de sus agremiados, y las deserciones no se hicieron esperar.

Caballeros, gente del campo y siervos comenzaron a emigrar de los feudos, merodeando por los alrededores sin oficio y sin probabilidades de conseguirlo. Las familias de campesinos comenzaron a enviar a sus hijos a otras partes a fin de que mejoraran su situación, ya que en los feudos las exigencias del señor eran cada vez mayores y los gastos de una familia entera, en esas condiciones, eran imposibles de sufragarse (Pirenne 1964, p.40; Romero 1959, p.62). Muchos caballeros vagaron de castillo en castillo, ofreciendo sus servicios a otros señores, para protegerlos y ganarse así el pan, contra los ladrones. - -

Ellos mismos integraron hordas de bandidos que asaltaban villas, iglesias y - monasterios, cayendo también sobre los rebaños y las plantaciones (Zaburov - - 1960, pp.20.21). A esta desocupación debe agregarse, por un lado, la de los barones, víctimas de la absorción que los grandes feudos hacían de los nequeños, dejándolos sin tierras; por otro lado estaba el desplazamiento de que eran víctima los segundones y los hijos menores a causa de la implantación del mayorazgo que hacía heredar únicamente al hijo mayor la totalidad de los bienes (ibid. pp.19-20). Aumentaba la desocupación de una manera alarmante, y los salteadores fueron adquiriendo una curiosa ética tomada de la caballería, vista de revés: "cabalgar y robar no es delito, pues lo hacen los mejores del distrito" - (citado por Bühler 1957, p.156).

Con la desocupación vinieron otros males, como la miseria; la mala situa—ción de los campesinos se vió agravada por los malos tiempos de principios del siglo XI, que hundían más y más a los hombres en una vida sin esperanza (Romero 1959, pp.48-49; Zaburov 1960, pp.11-18). Los señores, no obstante haberse —operado cambios que ocasionaron el eclipse de su buena estrella, seguían sus - costumbres anteriores de clase dominante, y ahora eran seducidos por el lujo - recién descubierto de los objetos de Oriente que traían las naves de Ultramar. Pretendían, para sostener sus derroches, obtener mayor provecho de sus rique—zas, llenando de obligaciones a la clase baja. Ello provocó, junto a otros —problemas anotados arriba, los levantamientos de los campesinos y siervos, que pronto fueron aplastados. Aumentó así el descrédito de una clase que ahora comenzaba a presentar evidentes signos de su desmoronamiento (Bühler 1957, pp.127 -128). Los gravámenes y el aumento de obligaciones motivaron que los campesinos abandonaran sus trabajos en masa, dejando inmovilizada gran parte de la —vieja maquinaria feudal, que pronto resentiría las migraciones (Azuado Fleye - 1963, p.861).

La mala situación del feudalismo había motivado, ya anteriormente, que un

sector importante de la sociedad feudal emigrara buscando las nuevas fuentes de trabajo que ofrecían las ciudades. En efecto, la vida de las ciudades renació al abrirse los puertos al comercio, implantándose en ellas un ritmo y tono diferentes a los de los viejos señoríos.

Los "burgos", como dió en llamarse a las pequeñas ciudades, ofrecían en principio un sistema económico apartado de la agricultura y abierto, en cambio a la iniciativa del comercio y de la pequeña industria (Böhler 1957, pp.182-185; Pirenne 1964, pp.36-48). Todo en las ciudades parecía hablar de intereses distintos a los de los señoríos: el ajeteo de las calles, la vida de los talleres y la variedad de los oficios. La navegación restaurada traía mercancías nunca vistas, que mostraban los mercaderes en las ferias, invitando a codiciarlas. El comercio comenzaba a desarrollarse ante las prerrogativas de las mercancías, que enriquecían en poco tiempo a quienes habían invertido su dinero. El caso descrito por Pirenne sobre la rápida fortuna de Goderico de Finchal (op.cit.p.41) sería un ejemplo frecuentemente citado por los padres que esperaban de sus hijos una carrera brillante. Recuérdese que las grandes fortunas datan de este tiempo. "En una época en que las hambres locales eran muy frecuentes -dice el autor-, bastaba procurarse una pequeña cantidad de granos a buen precio en las regiones en donde abundaban para realizar fabulosas ganancias, que era fácil multiplicar después, siguiendo el mismo método" (loc.cit.). Con el natural incremento de las relaciones comerciales volvió a implantarse el anterior uso de la moneda, que revolucionó el sistema económico feudal del trueque (Böhler 1957, pp.187-188).

Por lo que a la organización jurídica se refiere, además de las agrupaciones por cofradías, que reunían a los obreros para protegerlos de la ambición desmedida de los patrones y las ordenanzas arbitrarias de los ministeriales, las nuevas ciudades ofrecían la riqueza incalculable de la libertad, ajena a los trabajadores de labranza de los grandes latifundios (Pirenne 1964, p.44).--

La vida del burgués transcurre independientemente de la de los señores feudales y sus leyes, que habían oprimido a tal punto al labrador, que no podía casarse siquiera con quien deseaba sin haber solicitado el necesario permiso. -- Tal vez después de lograrlo --si era concedido--, el labrador tendría que soportar de su señor el "derecho de bernada", el ius prima noctis (ibid., p.54; Bühler 1957, pp.123-124). Qué diferente, en cambio, la vida del burgués, cuya libertad era no sólo un atributo, sino la condición jurídica inherente a la burguesía, "un privilegio territorial" que permitía la libertad al extranjero -- por el hecho de haber residido un año y un día dentro de los muros de la ciudad (Pirenne, loc. cit.).

Todas estas prerrogativas hicieron que la vida de las ciudades pareciera a los ojos de los caballeros y los campesinos, incomparablemente mejor que su estado, resultando fácil en anarriencia, siendo atraídos por ello a los nuevos centros. Además de todas las ventajas y por encima de ellas, las ciudades -- "apartaron a extensas capas del pueblo de la servidumbre" (Bühler 1957, p.132), haciendo crecer dentro de la conciencia de la burguesía el espíritu del hombre individual.

"El aire de las ciudades --se decía-- hace al hombre libre" (citado por Bühler, loc.cit.), y los hombres que habían soportado durante tanto tiempo la condición servil, agravada en los últimos años, emigraron a las ciudades en número alarmante. Campesinos, barones desplazados, siervos y caballeros llegaban en grupos sucesivos. Familias enteras hacían el largo peregrinaje a través de los dificultosos caminos para llegar hasta las ciudades, huyendo de noche de la vigilancia de los feudos, o, en el mejor de los casos, pagando a los señores el precio de su libertad. Se asentaban en las plazas y los mercados, en los atrios de las iglesias, mirando con ojos atónitos los carruajes de los patricios, las damas y las hijas de los ministeriales, que, emperifolladas, por su condición de nuevas ricas derrochaban el dinero en trajes y perfumes traí--

das del Oriente. Parecían todos ellos, a los ojos de los rudos campesinos, -- gentes de un nuevo mundo, que ellos apenas comenzaban a descubrir; si a veces las ciudades recordaban las cortes de los señores, el boato y la extravagancia para vestir de los nobles de la ciudad resultaba algo desusado, tanto que había aparecer toscas las costumbres de los barones (ibid., pp.256-270). Gran parte del conglomerado emigrante fue poco a poco incorporándose a la vida y al ritmo de trabajo de las ciudades, que iban creciendo, impulsadas por las nuevas necesidades. Se abrieron nuevas fuentes de trabajo, aprovechando las fuerzas de los recién llegados, pero pronto el excesivo número de los habitantes motivó serios problemas en la economía de los burgos. Por más que las ciudades crecían y con ellas aumentaba el número de talleres, pequeñas industrias y comercios, resultaba imposible colocar a tantos solicitantes.

De ahí que las dificultades de acceso al trabajo no se hicieran esperar.-- La enorme demanda de trabajo hizo bajar considerablemente el valor de los sueldos y remuneraciones. Las ganancias en el comercio sufrieron también. Ante estos problemas, los burgueses, con miedo a perder el trabajo ante la enorme demanda que de él se hacía, acudieron a sus gremios y cofradías para solicitar la ayuda, que, pronto, en forma de decretos, los protegió contra los recién llegados. Por esos decretos se dificultaba la entrada al trabajo a los extranjeros. Además, aunque las condiciones jurídicas de la ciudad permitían un mayor margen de libertad que en los feudos, no habría podido presentar la nueva sociedad mucha diferencia de la feudal en la organización y en las leyes, ahora, cuando los patrones, ante la excesiva demanda de trabajo, podían hacer su voluntad, imponiendo sus condiciones sobre los trabajadores. Algunas leyes -- del viejo organismo centralizado subsistían en el nuevo sistema jurídico, unilateral también como el antiguo de los latifundios (Rörig 1934, p.337). La preponderancia social de los ministeriales y de los patricios, clase originalmente nutrida de la antigua nobleza, repetía con parecidas circunstancias la ex--

clusividad jurídica de los barones (Pirenne 1964,p.43). Los pleitos, largos y absurdos unos, y otros que nos mueven a compasión, seguían inclinando la balanza hacia el lado de los de mayor poder. Algunas ciudades pertenecientes todavía a la corona se hallaban sometidas a las mismas imposiciones de los feudos a que pertenecían (Böhler 1957,p.129). El caso citado por Pirenne (op.cit. - pp.39-40) nos señala una curiosa permanencia del antiguo régimen feudal: sólo los molinos de los señores deberán ser utilizados por los burgueses; los poderosos dueños de viñedos obligan al público, durante algunos días después de la vendimia, a consumir sólo el vino proveniente de sus plantaciones.

La vida de las ciudades, por otro lado, más llena de altibajos, más apresurada, y por tanto, más difícil de ser entendida por los extranjeros, impedía a éstos la posibilidad de adaptarse a la nueva condición. Los barrios, formados cuando ocurrió la avalancha de los campesinos y caballeros, fomentaban la mendicidad (Pirenne 1964,p.37). Grupos de mendigos recorrían las calles de la ciudad, y entre ellos se hallaban ladrones, prófugos de la justicia, y en general toda aquella gente miserable que parecía ser sinónimo de la vida de la brujonería y el vicio. La pobreza misma motivaba las increíbles condiciones de la ciudad y sus arrabales, y, por ende, las enfermedades se propagaban con inusitada rapidez por toda Europa.

La vida de las ciudades y su problemática hizo agudos problemas económicos de gran cantidad de hombres, y los caballeros, ahora, estaban entre la gente menesterosa. Huyendo de la pobreza de los señoríos, los caballeros, como los campesinos y los siervos, los barones y los terratenientes desplazados, creyeron salvarse llegando a las ciudades. Pero, antes que significar un mejoramiento en sus vidas, las migraciones volvieron a sumir a la gran mayoría de los desplazados en sus necesidades anteriores, no satisfechas aún. De esta manera los caballeros quedaron al margen de los nuevos cambios económicos. Poco a poco los corazones de los hombres que vivían al margen de la sociedad se lle

naron del rencor natural por esos muros que se elevaban por encima del reducido mundo feudal, que era, a pesar de todo, su tierra natal. La nueva clase de la burguesía aparecía a los ojos de los caballeros como una congregación de advenedizos, ocupados sólo en la adquisición de riqueza y en procurarse la comodidad a toda costa, entregándose a la poca cristiana especulación de bienes — (cf. infra "El caballero y las demás clases sociales"). Los mismos padres de la Iglesia lo habían condenado como actividad "peligrosa para la salvación del alma", alzándose en contra de los mercaderes, prohibiendo además la actividad del préstamo con intereses que se practicaba ahora con frecuencia (Pirenne — 1964, pp.27-42). Luego el desarraigo a la tierra de estos hombres burgueses — los hacía indignos de la confianza de los hombres provenientes del campo. El derroche de los burgueses chocaba con la rusticidad de los caballeros, la vida muelle de la ciudad, con las incomodidades del oficio caballeresco.

Los caballeros sufrieron el segundo golpe a su ya minada complejión. Orgullosos e incapaces de asimilarse a la sociedad burguesa, alejados por su profesión de los accidentes de la ciudad, quedaron reducidos a los ejércitos — ya raquiticos — de los señores feudales y a la milicia mercenaria y andante que servía a cualquier dueño. Las bandas de ladrones, evasión constante de la caballería, sembraron los caminos otra vez. Parecía morir una época, y pareció — también, por un momento, morir la caballería; pero, pronto, ante un nuevo hecho que hizo renacer la fiebre del heroísmo, la caballería pareció cobrar nuevo impulso. Renacimiento o estertor, que anunciaba su caída definitiva como — clase social, lo cierto es que las cruzadas volvieron a imponer, en la Europa que exhibía las vanidades del mundo, a la caballería, que veía extenderse ante sí su más grande, su última oportunidad.

Aun cuando se señala al siglo XIII como la época de decadencia del feudalismo (Romero 1959, p.50), como hemos visto, desde el siglo X aparecen cambios profundos en Europa que parecen tocar muy de cerca la base económica agrícola,

sobre la que se levantó el estamento señorial. La excesiva importancia, por ejemplo, que se da a las cruzadas para el restablecimiento de la navegación y el comercio contribuyen a presentar retardado el fenómeno de la decadencia feudal, y, naturalmente, el de la caballería. Pero ya al suspenderse las invasiones en el siglo X los puertos comerciales fueron abiertos de nuevo y las ciudades renacieron otra vez; éste acontecimiento que es importantísimo para la renovación económica europea, marca también un momento concluyente en la crisis de la nobleza feudal.

En efecto, las ciudades y su progreso económico destacaban una vida no sólo contraria al feudalismo, sino vuelta contra él, pues imponía nuevas fuentes de trabajo y nuevas necesidades, que desplazaban la primacía de la agricultura en la nueva sociedad (Pirenne 1964, pp.80-90; Bühler 1957 pp.181-182). Y aun en el caso de subsistir intereses que demandaran la agricultura, había ya también, desde el siglo IX, las granjas y las abadías cistercienses, con grandes extensiones de tierra y con una planeación innovadora, que nutría gran parte de las necesidades de los consumidores, sin imponer la servidumbre a quienes trabajaban en ellas (Pirenne 1964, pp.56-57). De tal manera, los campesinos fueron los primeros en mostrar que la base del sistema feudal tambaleaba, empujando a las ciudades, como hemos dicho arriba, ante las miserables prerrogativas que los latifundistas ofrecían. Fue la huida de los señoríos una cruzada por alcanzar una nueva condición.

Pero por encima de todos los factores que influyeron en la crisis del feudalismo se encuentra una razón más poderosa, que permitió que las causas aludidas antes se dejaran sentir sobre la nobleza señorial y los latifundios, sin que hubiera defensa posible contra ellas. Esta razón es la incapacidad de los señores feudales para asimilar los nuevos cambios que se estaban operando en la sociedad (Bühler 1957, p.173), su carácter impermeable a las renovaciones económicas ya para entonces evidentes, su menosprecio por la riqueza (cf. "El caba-

llero y las demás clases sociales"). En principio, el feudalismo, si bien poseía caracteres económicos precisos, no perseguía con la explotación de sus riquezas la ganancia o el lucro, sino únicamente su aprovechamiento dentro del mismo feudo. Sin mercados exteriores y con escasa importación de productos, el feudo resultaba una isla al margen de las actividades comerciales. Por eso Pirenne (op.cit.p.53; cf. también Bühler 1957, p.158) afirma que "la idea de ganancia, y aun la posibilidad de realizar una utilidad, son incompatibles con la situación del terrateniente medieval". Y es que, motivado por las invasiones, el feudalismo desde sus orígenes hasta ya pasado el tiempo de éstas, fue un organismo cerrado, concebido como una unidad independiente que podía bastarse a sí misma para subsistir, ya que creaba sus propios productos de consumo. Para eso, junto a las grandes extensiones de tierra proveedoras de la alimentación feudal, se habían creado los pequeños talleres o gineceos donde se hilaba la lana y se tejía y se confeccionaba la ropa; había también talleres de herrería, zapaterías y todo aquello que requería el feudo de primera necesidad. Este rudimentario sistema económico, el más poderoso, naturalmente, no podía subsistir por mucho tiempo sin ser afectado por el renacimiento que sucedió a la apertura de los puertos comerciales. Poco de las nuevas actividades realizadas en las ciudades pasó a los latifundios, a no ser los rumores de una nueva vida; por eso nunca hubo en el feudalismo una renovación de los procedimientos tradicionales y por eso, antes de atribuir a fenómenos exteriores la decadencia del feudalismo, habrá que citar siempre las causas interiores de su organización que se oponían a todo cambio. "La decadencia del sistema señorial -afirma Pirenne (op.cit.p.56)- no provino de ellos [de los cambios operados en la economía], sino de su gente".

En todo lo anterior salta a la vista un carácter típico en el feudalismo, que es su naturaleza obcecada por la pretensión de su superioridad de casta. A ella se debió su encumbramiento, y a ella también su decadencia. La clase -

señorial, al tiempo que iba desaprovechando las oportunidades de las riquezas poseídas, se iba poco a poco desmoronando, consumiéndose a sí misma, falta de la iniciativa para incorporarse a las nuevas transformaciones de la sociedad de Occidente. La clase feudal polarizó su interés en los valores tradicionales como la ambición de poder, anteponiendo estos valores a cualquier otro nuevo, no queriendo perderlos, toda vez que había ganado para la vieja sociedad europea la fama de su estirpe caballeresca.

Crisis políticas y comienzos de las cruzadas

Es bueno tener en cuenta la serie de agudos problemas socioeconómicos citados arriba, pues por ellos percibimos la problemática existencia que debieron tener los hombres del feudalismo y los caballeros. Por ellos también nos acercamos al tono general que prevaleció en la atmósfera de tiempos cercanos a las cruzadas, pues hay en todo el siglo XI una serie de hechos que nos hablan de un movimiento a punto de brotar. Es la indescriptible sensación de que todo cuanto acontece está a punto de derramar el vaso de la paciencia colectiva, y sin embargo, aun cuando los hechos que ocurren parecerían hacer restallar y minar los edificios, éstos resisten. La desazón y la intranquilidad hacen que el volumen de los hechos, movidos por oscuras y densas corrientes subterráneas esperen una señal, todavía no aparecida en el aire, para hacer brotar la histeria colectiva.

La iglesia, cuyo poder terrenal se ha acentuado, se entrega a la simonía, tan atacada entonces, y extiende su dominio en abadías y condados. El poder pontificio se encumbra hasta convertirse en poder político de primer orden, sólo comparable al Imperio. La influencia de Cluny se percibe en la independencia perseguida por los papas desde León IX (1048) (Hampe 1933, pp. 426-444). El imperio, por su parte, trata de alcanzar el antiguo poder carolingio del que es heredero. Sin lograr la extensión de los antiguos dominios de Carlomagno ni su poder, el Imperio, sin embargo, ha ganado en fuerza y cohesión. Dos son

los grandes poderes, y las divergencias no se hacen esperar. El Papa, descontento por la hegemonía del Emperador sobre el arzobispado alemán, trata inútilmente de atraer hacia sí a los arzobispos. Las hostilidades se acudizan y culminan en la querrela de las investiduras, en la que Gregorio VII excomulga al Emperador; no obstante todo esto, y a pesar de la suspensión del juramento de fidelidad a Enrique IV ordenado a los obispos y señores por el Papa, el Emperador resiste (Puiggrós 1955, pp.198-199; Hampe 1933, p.403). Sin embargo, el acto de excomunión de Enrique IV debió causar en los hombres fuerte zozobra espiritual ya que constituyó el momento de ruptura entre el reino de Dios y el reino terrenal. Historiadores contemporáneos como Otto de Freising presentaron los desórdenes del siglo XI como anuncio del fin de los tiempos (cf. García Pelayo 1952, pp.55-56).

La misma Iglesia ha recibido un golpe en Oriente al separarse de ella la Iglesia ortodoxa (Romero 1965, p.54; Weisenberg 1933, pp.225-260), pero por lo pronto no parece resentirse el hecho en los acontecimientos.

Por su parte los barones, además de sufrir los cambios operados por los burgos y el comercio, tienen que soportar la arbitrariedad de los reyes y las abadías, que en su movimiento de expansión invaden territorios feudales. Sin plena conciencia de los desórdenes, pero mostrándose afectados por ellos, las clases menesterosas hacen vivir en su seno las herejías, que son actos rebeldes inconscientes contra la Iglesia, la monarquía y los grandes señoríos feudales (Puiggrós 1965, p.286-297; Zaburov 1960, p.15). La desazón hace que los barones luchan contra esto y aquello, acercándose a amenazar peligrosamente la estabilidad de los poderes establecidos. Los caballeros valvasores se rebelan contra las arbitrariedades de la Iglesia y el reino, que absorben fácilmente los pequeños señoríos. Sabiamente el emperador Conrado II da la razón a los rebeldes, proclamando para los feudos la ley de la herencia, que los protege contra la confiscación (Hampe 1933, pp.410-411). Pero el acuerdo reporta beneficios mí

nimos, si se le compara con las necesidades apremiantes de los barones. Si—
 guen pleitos inútiles entre los mismos barones, duelos absurdos que hacen dis-
 minuir su riqueza, ya mermada por las crisis anteriores de la economía de la -
 tierra. Pero es ésta su manera de expresarse, su lenguaje para demostrar su -
 alegría o su descontento. Los apodos de "peleonero", "sin miedo", "sin tierra"
 "conquistador", popularizan la fama y las desventuras de los barones. Entre -
 ellos, los caballeros, acorados al mundo de sus dirigentes, los barones, lu- -
 chan en sus filas. La nobleza y la Iglesia tratan de intervenir para calmar -
 los arrebatos caballerescos y los pleitos entre los señores, que se convertían
 en verdaderas guerras, amenazando la tranquilidad pública. Por influencia de-
 Cluny, la Iglesia instituye la "paz de Dios" (Hampe 1933, pp.414-415; Zaburov -
 1960, pp.23-24; García Pelayo 1959, p.155), que prohíbe la lucha de los caballe-
 ros desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes. La rapidez con —
 que el emperador Enrique acoge el decreto demuestra los problemas que debió te
 ner con sus barones y caballeros.

La organización más estricta de los códigos caballerescos y la fundación-
 de órdenes de caballeros tienen también por finalidad controlar la exagerada -
 belicosidad de los barones, que han llegado al extremo de disputar los reinos-
 a su señor: el barón normando Guillermo el Conquistador, secundado por un orga-
 nizado cuerpo de caballería, cruza el mar y arrebató el trono inglés a Haroldo.
 El mismo Guillermo vuelve a imponer, con caracteres más drásticos, el régimen-
 feudal; para prevenirse de probables descontentos que los decretos puedan cau-
 sar entre los señores y barones, organiza un ejército fuerte de soldados de in
 fantería, junto a la caballería, adelantándose a las ideas de Maquiavelo (Ham-
 pe 1933, pp.442-443; infra, "Desamrición de la caballería..."). Otro normando
 Roberto Guiscardo, toma Durazzo en 1081, ante la vista corda del Papa, que - -
 cree con esto obtener la ayuda de Roberto para resistir al Emperador. Impulsa
 dos por los sucesos económicos, los barones tratan de conquistar nuevas tie- -

rras, y con ello dan el tono de intranquilidad que es característico en el siglo XI. Por eso tienen en parte razón aquellos que muestran a las cruzadas como una idea concebida por la Iglesia para arrojar fuera de Europa el peligro de los barones y caballeros (Zaburov 1960, p.27). Alejandro II bendice y absuelve a quienes luchan en la Reconquista de España contra los árabes. Gregorio VII incita a los barones franceses en 1073 a hacer una expedición a los reinos españoles, tomando posesión de tierras quitadas a los musulmanes. Este hecho es antecedente inmediato de las luchas que se librarán en Palestina. El papa Alejandro II aconseja las peregrinaciones de penitencia a Tierra Santa: en 1063 cerca de siete mil peregrinos llegan a Jerusalén (ibid., pp.29-30). Los gelyuquies, avanzando poco a poco a través del Asia Menor, ocupan las tierras vecinas al Imperio Bizantino. El emperador Alejo Comneno pide ayuda a Occidente por medio de Urbano II. Al finalizar ese mismo año de 1095 se reúne el Concilio de Clermont-Ferrand, donde el Papa incita al pueblo a la cruzada para rescatar el Santo Sepulcro. Cuatro años después es tomada Jerusalén por los barones cruzados y nombrado Godofredo de Bouillón "Defensor del Santo Sepulcro".

Sin embargo, además de los intereses políticos y económicos que indudablemente motivaron las cruzadas, el estímulo que movió a los hombres a la guerra-sagrada fue una idea de evasión, que se fundió con otras ambiciones, apareciendo en forma de encendida religiosidad en el intento de cruzada de Pedro el Ermitaño y en la llamada "cruzada de los niños". En la primera expedición, Pedro el Ermitaño, al frente de campesinos, siervos y mendigos, intenta llegar a Jerusalén. En Bitinia, antes de llegar, el ejército es exterminado fácilmente por los turcos. La cruzada de los niños es todavía más espeluznante. Un niño francés de doce años, Etienne, se embarca en Marsella, a bordo de siete naves, con un gran ejército de niños campesinos. Dos de las naves se hunden cerca de Sicilia y las restantes alcanzan a llegar a Egipto, donde los niños son vendi-

dos como esclavos por los propios aventureros que los llevaron. El hecho trata de repetirse, esta vez por niños alemanes, que incluso llegan a Roma, donde el Papa les concede permiso de hacer la cruzada cuando alcancen la mayoría de edad (Zaburov 1960, pp.229-230; Hampe 1933 p.639).

Junto al fanatismo religioso estaba tanto la sed de aventura que movió a gran parte de los barones como el impulso de conquista y la búsqueda de la fama; o sea, el espíritu caballeresco. Esta encendida idea de lo heroico motiva los hechos más importantes de las cruzadas. La cruzada primera reúne a los barones mejores de aquellos tiempos: Godofredo de Bouillon y su hermano Balduino; el normando Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo; Raimundo de Saint Giles; el conde Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia; Roberto de Normandía, primogénito de Guillermo el Conquistador. A ellos se debe la toma de la ciudad santa y la fundación de la Siria franca. Aunque divididos, los barones y sus ejércitos llevan el impulso de la cruzada hasta conquistar Edesa, Antioquía, Cilicia y más tarde Trípoli. Tanta es la fuerza de los barones en las cruzadas, que, además de fundarse el reino cristiano de Jerusalén sobre bases estrictamente feudales, el poder señorial forma los Altas Cortes, cuya supremacía pesa más en las cruzadas que el rey mismo (Grousset 1965, p.68-69). A la baronía se debe también la fundación de las órdenes militares, que tienen el papel principal en la defensa del nuevo reino, pero cuyas continuas enemistades entre sí van a determinar en mucho la caída definitiva de la Siria franca. La quinta y la sexta cruzadas vuelven a mostrar la preeminencia de los barones, pues ya que los turcos se han recuperado del cisma ocurrido entre ellos, es difícil para los desmembrados ejércitos volver a arrebatar lo perdido a las huestes de los infieles; sin embargo, logran algunas conquistas notables.

Protegida e impulsada por el brazo eclesiástico, la caballería entra definitivamente en su estado religioso. La iglesia, sirviéndose de ella, ha tomado a su cargo la renovación del código caballeresco, que, imbuido de espíritu-

ascético, entra a formar parte, ideológicamente, del Pontificado que impuso la "paz de Dios", incitó a los caballeros a combatir al infiel en tierras españolas y declaró la guerra a los turcos. Como orden instituida por la Iglesia, - la caballería ha venido perdiendo la libertad, recluida en agrupaciones cerradas, que naturalmente recuerdan las órdenes religiosas. Este es un cambio que, dada la crisis por la que atraviesa el feudalismo -antiguo protector-, muestra el poder eclesiástico interesado en disputar al poder señorial el patrocinio - de la caballería. Esto es evidente en hechos como el surgido a raíz de la querrela de las investiduras. El Papa determina la formación de la Orden de San Pedro, prometiendo el premio eterno a los que luchan contra Enrique IV (García Pelayo 1959, p.155). El primer llamado para marchar a Tierra Santa es oído y -seguido por los barones. No parece, por ello, exagerada del todo la idea de Zaburow sobre los fines de la Iglesia en las cruzadas si se considera la turbulencia de los tiempos y el peligro constante de los levantiscos barones (op. cit. p.27). La Iglesia no sólo se ha interesado por esa revoltosa clase social, que parece, en su intranquilidad, amenazar las abadías y a la propia Roma, no sólo ha permitido incursiones de los barones normandos por tierras pertenecientes al pontificado, sino que la Iglesia además ha acudido a los barones santificando su bravo impulso de guerrear. Ahora el pontificado funda las órdenes caballerescas, llevado por la misma idea de bendecir la belicosidad. - El Papa entra en arreglos con los caballeros y dirige a los "caballeros de - - Cristo" para que éstos sigan la ruta de la guerra sacrificio contra el enemigo turco. Con este llamado a las cruzadas la Iglesia se coloca a la cabeza del poder político, dirigiendo, desde Roma las luchas de Jerusalén. Y no es sólo un papel teórico el que desarrolla el poder papal, pues continuamente, y sobre todo a lo largo de las dos primeras cruzadas, el papado, desde Europa envía refuerzos a los barones de Jerusalén (Grousset 1965, p.34). Los patriarcas, representantes del papado en Jerusalén, causan, ellos y sus subordinados, proble

mas al nuevo reino franco. Godofredo de Bouillon, al tomar la regencia de Jerusalén, tiene que enfrentarse con Daimberto de Pisa, problema que Balduino I se ve forzado a aceptar, desplazando al patriarca y organizando el reino de Jerusalén.

Las cruzadas como solución a las crisis.

El papel que la caballería y los barones tuvieron en las cruzadas fue importantísimo, tanto desde el primer momento de la reconquista, como después, — en la colonización y organización de las tierras conquistadas y en las luchas que se siguieron para defender el reino de Jerusalén de los ataques turcos. — Las instituciones creadas en el reino fueron obra de los barones, cuyo sistema feudal fue rápidamente instalado en Siria, en parte para detener las ambiciones de la Iglesia, en parte, también, para sujetar el nuevo poder monárquico. — Con estos fines, se fundaron las Altas Cortes, formadas por barones, sin las cuales las decisiones del reino, como la concesión de feudos o la legislación, no podían llevarse a efecto (Grousset 1965, pp. 8-69). Así, la preeminencia de los barones dió a la caballería una importancia política y guerrera.

Pero a pesar de estas prerrogativas y de otra, como la preeminencia de los órdenes caballerescos, origin de tantas querellas (Hampe 1933, pp. 472-473), — el hecho es que no puede decirse que el mundo de los barones obtuviera provecho de su estancia en Tierra Santa. En principio parece ocurrir una separación, o cuando menos una divergencia, entre barones y caballeros (Zaburov 1960, pp. 91-92), anunciada ya desde la fundación misma de los órdenes (cf. supra, — "Cambio en la caballería..."). El hecho presenta a la caballería como clase — específicamente guerrera, como ejército, contrario en su caso al gobierno del reino formado por los antiguos barones (1). Otros hechos, como las ambiciones

(1) Los caballeros, aunque a veces en oposición al gobierno de los barones, no se escindieron completamente de ellos, y a menudo los encontraron unidos frente al enemigo común.

caballerescas, el orgullo renovado por la necesidad de defensa del reino, los pleitos entre las distintas órdenes, la falta de unidad en la organización militar, fueron origen no sólo de la caída del reino de Jerusalén (Grousset 1965, p.71) en manos de los turcos, sino de la organización del ejército, que deja ver la decadencia caballeresca. También las sucesivas guerras contra los turcos, en particular las que anteceden a la caída del reino, y las guerrillas entre los mismos cristianos, contribuyeron a minar el vigor y el contingente de los caballeros. La caída del reino de Jerusalén a manos de los turcos, en 1291, sólo permite ocupar a los cristianos la isla de Chipre y la de Rodas (Grousset 1965, pp.66.83), regresando los cruzados restantes a Europa.

Puede verse que las costosas inversiones que significaron las cruzadas para los barones y los caballeros, la Iglesia y el Imperio, no volvieron ni al poder de los que invirtieron sus fortunas en la empresa, ni mucho menos a Europa (Zaburov 1960, pp.256-257). Ello constituyó una sangría en lo que toca a la economía europea y a la del contingente mismo de quienes marcharon a Tierra Santa. Sólo una guerrilla entre los mismos cristianos, la de San Sabas -motivada por los comerciantes italianos-, da por resultado la muerte de veinte mil personas (ibid., p.245). Al caer Tripoli, los mamelucos, al mando del sultán Kalaún, exterminan toda la población cristiana de la ciudad (Grousset 1965, p.67).

Empujados por la crítica situación europea, los caballeros, y en general las clases afectadas por las crisis, habían puesto sus esperanzas en el viaje terrible a Tierra Santa; en él se abrían las nuevas posibilidades para una vida plena de riquezas y aventuras. La intranquilidad de la clase señorial, y sobre todo de la caballería, busca salida y la halla en el llamado de Urbano II, que concentra en histeria colectiva a los desplazados por los nuevos cambios. La histeria revela un descontento que les hace abrazar desesperadamente la causa cruzada. Es, pues, por principio de cuentas, un acto inconsciente de

rebeldía contra los poderes establecidos.

Pero en la cruzada a Tierra Santa había también motivos que hacían aparecer la empresa, a los ojos de los caballeros, como una solución milagrosa, -- pues junto a las características de aventura heroico religiosa, se ofrecían -- las esperanzas que alejarían a los caballeros del marasmo europeo. Era la -- gran oportunidad para darle, de nuevo, importancia a la caballería desplazada -- por los cambios sociales. Además se prometía a los barones y caballeros las -- tierras arrebatadas al enemigo. Oriente era, para la imaginación de los euro -- peos, una fuente de riquezas extraordinarias; el oro, las especias, las sedas, los perfumes y los objetos raros orientales hablaban de un lujo desconocido en Occidente, que despertó la ambición de los cristianos. Federico II de Sicilia antes de la sexta cruzada, impone en su reino una corte que imita las costum -- bres árabes. (Grousset 1965, pp.59-60). El ansia de aventura, fama y riquezas -- impulsaron a los caballeros y sus compañeros en desventura a seguir el llamado de la Curia, y fueron realmente los desplazados -- barones, caballeros, mendigos, siervos, campesinos --, los que mayormente fueron atraídos por las cruzadas. Po -- cos son los burgueses y comerciantes alistados en las primeras expediciones; -- no es sino después de que el ejército ha conquistado para la cristiandad los -- principales puertos del Mediterráneo y el Asia Menor, cuando los comerciantes -- intervienen para sacar provecho de los puertos abiertos al tráfico comercial -- (ibid., p.27). En el Tirante, nada menos, hay una crítica a los comerciantes -- genoveses que toman la isla de Rodas (Tirante, LXXXII, i, 175-1176).

Sin saberlo, y tratando de huir del influjo de las ciudades que orilló a -- la crisis a la clase señorial, los barones y caballeros abrieron posibilidades -- más vastas a la burguesía y a la posterior supremacía de las ciudades (Bühler -- 1957, p.191). En la empresa de Jerusalén habían puesto los barones su fortuna -- y sus esperanzas para librarse de los malos tiempos por los que atravesaba Eu -- ropa, y el resultado no sólo no produjo las ganancias soñadas, sino que preci --

pitó la decadencia del feudalismo y la caballería (1). Las duras condiciones que desde el siglo XIII comienzan a manifestarse tan crudamente en Europa nos hablan de la caída del orden tradicional (Romero 1965, p.201).

La solución de la aventura caballeresca de las cruzadas, surgida por la voluntad de Dios y puesta en boca del Papa, ofreció a los menesterosos la gran oportunidad para saltar por encima de la intrincada maraña de problemas económicos. Como por arte de magia o por milagro, la realidad dolorosa y problemática, que no se alcanzaba o no se quería entender, se trocaría en la felicidad de las tierras paradisíacas de Oriente que aguardaban a ser conquistadas. Más que una verdadera solución a las crisis, las cruzadas eran una salida por la puerta falsa de los sueños; por el mismo ardor con que fueron concebidas las expediciones como respuesta al mundo en caos, por la locura con que se abrazaron los hombres a ellas, son una evasión de la realidad, pues sin enfrentar los problemas de Europa, se trataba de encontrar en las tierras lejanas de Oriente la solución a problemas cuyos gérmenes llevaron a Palestina los mismos señores. La actitud de los barones, celosa de la tradición y omesta a toda actividad nueva, llevaba en sí una postura idealista y orgullosa ante el mundo. Esa actitud había sido la principal causa de sus desgracias, al oponerse ellos a la renovación (supra, "Crisis socioeconómicas..."), y ahora, ante la oportunidad de mostrar de nuevo su valor caballeresco en Tierra Santa, volvía otra vez a surgir, renovadas sus fuerzas, por ser las cruzadas una empresa eminentemente caballeresca y por polarizarse en las expediciones todas las esperanzas de salvación del estamento feudal. Con el vigor con que tercamente se defiende una causa perdida, volvió a imponerse la caballería. Fue, para las mentes de los hombres europeos caídos en desgracia, la respuesta que la volun-

(1) Algunas hermandades caballerescas quedan todavía después, en las islas; sin embargo, los turcos, dueños otra vez de Asia Menor, arrebatan el último reducto de los caballeros y llegan a las puertas mismas de Viena Grousset 1965, pp.116-119.

tad de Dios había concebido para el mundo en caos. La idea de la empresa caballeresca no sólo recogía las inquietudes de los caballeros, sino que, ahora implorada por el espíritu general, se nutría de los deseos rebeldes de la comunidad desplazada, de la ambición de conquista feudal, de las esperanzas de los siervos, de la sed colectiva de heroísmo y fama, cuyo claro sentido de evasión puede verse aquí. De todo ello fue representación la caballería desde entonces (Bühler 1957, p.152). Para alcanzar tal pretensión la idea del caballero — había tenido que recibir el influjo religioso, adquiriendo paulatinamente carácteres de santidad, que volvían sagrados sus móviles guerreros.

Una vez consagrada la caballería por la Curia, su germen idealista se hizo ostensible y colectivo, cada vez más como factor de la esfera del pensamiento teórico. Por el mismo proceso santificador, la caballería había perdido su carácter mundano, libre, aventurero y real; iba disolviendo sus rasgos de profesión y clase social dentro de la nobleza, para imponerse como actitud colectiva, receptora de la ética, movida por los deseos de evasión.

Finalmente, no sólo fue la solución de las cruzadas una huída de la realidad por estar basada en la idea de un cambio repentino de estado, sino porque las cruzadas mismas ofrecían un singular carácter de literaria proeza concebida por los cantores de la vida caballeresca; más que acontecimientos ocurridos en el tiempo y el espacio y motivados por circunstancias sociales y económicas, parecen haber brotado de las mentes encendidas por lo maravilloso. Ya la literatura caballeresca había invadido Europa, iniciando las mentes de los hombres en los normenores de la vida del caballero, despertando la imaginación a las proezas fabulosas que después parecerán cristalizarse en las de Tierra Santa.

En especial salta a la vista tal simbolismo cuando los hechos de las cruzadas se ven nanorámicamente. Son entonces los acontecimientos extraños, como los primeros intentos de cruzada (Zaburov 1960, pp.228-230), los que hacen pensar que estamos en el terreno mismo de los sueños; los descalabros sufridos —

por los ejércitos y el poco provecho de las empresas revelan lo quimérico de un sueño jamás realizado. Los impulsos más operantes dentro del mundo caballeresco feudal son puestos al servicio de las cruzadas, para realizar, de una vez, la gran proeza caballeresca esperada. Surge el Turco como un peligroso enemigo, como un gigante o como un ser terrible que guarda prisionero un tesoro perteneciente al caballero cristiano: la desmayada Tierra Santa, que ante el ataque del tenebroso enemigo repite las quejas de la doncella capturada. A oídos del distante caballero llegan las lamentaciones. El caballero sin par, decidido a liberar a la doncella, deberá sortear los peligros a través del largo camino, para, al final, de un solo golpe de su espada, derribar al enemigo de las mil cabezas.

Existe ya un hecho real, histórico, que ante los ojos de los hombres-caballeros de Europa parece borrar sus contornos y adquirir los perfiles nebulosos del sueño acariciado tanto tiempo, que hace despertar y encender las ambiciones heroicas. Es éste un hecho más que nos habla de la extensión con que se sintió el ideal del caballero. También revela que las pretensiones caballerescas peligrosamente habían dejado de tomar corporeidad de la realidad viva para nutrirse de la ética, habiéndose replegado al pensamiento simbólico, casi onírico, para ocupar una parte del espíritu humano cercana a la locura. Porque no son las cruzadas el resultado de una calculada preparación de los ejércitos y los planes de ataque, ni siquiera de la cuidadosa elección del contingente de caballeros; sino que, desde un principio hasta los hechos últimos, las cruzadas resultan una empresa con caracteres novelescos, hecha "en el viejo estilo de las expediciones caballerescas", por eso, "por haberse hecho sentir en tan gran medida el ideal religioso caballeresco en la apreciación de la política oriental, puede explicarse hasta cierto grado el escaso éxito de la lucha contra los turcos" (Huizinga 1947, pp.133-134). /

Las órdenes caballerescas y el patrocinio de la Iglesia

La oposición entre el Papa y la nobleza a raíz de la querrela de investiduras repercute en la caballería; representa el quebrantamiento de una idea — del mundo que analizaremos más adelante. Por lo pronto la caballería comienza a resentir la circunstancia de estar sirviendo a dos amos, hecho que se manifiesta en la controversia de los valvasores con los obispos (supra, "Crisis políticas y comienzos de las cruzadas") y también en el distanciamiento entre — los caballeros y los barones. La Iglesia había comenzado darse cuenta de la importancia de la caballería, y para atraerse a los caballeros había "dignificado a la caballería", presentándola "como un octavo sacramento" en el acto de la investidura, que era "como el bautismo del hombre de armas" (Martínez Ruiz-1944, p.198). La Iglesia también, al lanzar la encíclica de las cruzadas, apartaba del poder feudal a la caballería, que quedó bajo su patrocinio y dirección al fundarse, por determinación eclesiástica, las órdenes caballerescas, — que sólo estaban sujetas a la autoridad del Papa (Grousset 1965, pp.472-473). — Ello constituyó un cambio que hizo aparecer a la caballería minada en sus fuerzas e inclinada al sentido religioso, que por tanto tiempo había convivido con la ambición heroica del feudalismo.

En principio se agregaron deberes mucho más onerosos a los ya impuestos — por el feudalismo. Se organizó la caballería de acuerdo con el criterio religioso y en forma idéntica a la de las órdenes monásticas. La vida se cerró a los caballeros, que junto a los votos militares hacían el juramento de castidad, nobleza y ayuda a los necesitados. Poco a poco la pretensión eclesiástica de someter a los caballeros se va realizando. Los caballeros son ya parte — organizada y civilizada del estamento social, cuyos fines la caballería había — asimilado, perdiendo en ello su actividad anárquica. Las normas impuestas dan lugar al aprovechamiento de la fuerza guerrera necesaria para instaurar el orden social. "La guerra adquiere —dice García Pelayo— (op.cit., p.169) figur" —

de ejecución del derecho y...tiende a someterse a unas reglas de juego independientes de la eficacia militar o política de su aplicación" (1).

La maraña de los puestos y nombramientos en que quedan organizadas las órdenes caballerescas muestra una disposición casi-burocrática: los Maestres son una especie de rectores militares y religiosos, cuyo nombramiento disponen las altas autoridades eclesiásticas. Luego siguen los comendadores, que reemplazan al Maestre en su ausencia, y el clavero, especie de contador y administrador de bienes. Todos ellos forman los cuadros (cf. Descola 1954, p.98). Después de ellos los infanzones y caballeros forman con los sargentos y los escuderos el grueso de los ejércitos de las órdenes. Lugar aparte ocupan los capellanes y los donceles (cf. Aguado Bleye 1963, p.886).

Fundadas primero en Tierra Santa, las órdenes militares trajeron a Europa la pretensión de las prerrogativas que habían sido concedidas en Siria a la caballería. Después que el rey Balduino dió el Temple a los caballeros franceses -luego llamados Templarios- se sucedieron los favores otorgados a las órdenes. Bernardo de Claraval no sólo protege a los Templarios, sino que los ayuda a elaborar las reglas de la orden. Cuando las órdenes fueron implantadas en Europa, de nuevo recibieron el favor del Papa y de los reyes. La Iglesia concedía indulgencias a los miembros de las órdenes y decretaba beneficios territoriales a los caballeros; así en el siglo XIII los Templarios llegaron a tener 19,000 casas (*ibid.*, p.886). En Castilla los caballeros habían sido eximidos de tributo por Fernando III y Alfonso X (*ibid.*, p.859), y ya en el siglo XIV comienza a nombrarse a los caballeros castellanos para los puestos importantes judiciales y de gobierno (Bé 1946, pp.120, 123-124).

Las actividades de las órdenes quedaron circunscritas a la protección de los peregrinos, a la defensa de la Iglesia y a la asistencia de los enfermos y...

(1) Véase también Romero 1965, pp.205-206 y Descola 1954, pp.95-99.

los heridos en batalla (Aguado Bleye 1963, p.886) una vez que la fiebre guerra hubo decaído en Tierra Santa. Pronto los beneficios y las comanderías otorgadas a las agrupaciones fueron aprovechados, y la caballería inicia las actividades comerciales aprendidas en el contacto con los mercaderes italianos de Siria. Las comanderías "facilitaban la realización de cambios lucrativos. Así la Orden Teutónica se preocupaba tanto de sus transacciones financieras y comerciales como de la evangelización de los esclavos paganos, y los Templarios, a quienes los grandes confiaban depósitos de metales preciosos y de dinero, -- prestaban sumas considerables a los nobles, a los príncipes y a los reyes, hasta llegar realmente a ser sus tesoreros", (Sée 1961, p.26). Los Templarios -- "llevaban a cabo diversas operaciones bancarias y acumularon tantas riquezas -- que tentaron la codicia de Felipe el Hermoso, siempre escaso de fondos. El escandaloso proceso y la destrucción de la orden se debió a esta circunstancia" -- (ibid.)

En España y Alemania las órdenes terminaron teniendo tal importancia como colonizadoras y explotadoras de latifundios, que se llegó a considerar peligroso el relieve político que adquirieron los Maestres. Por eso los reyes tuvieron siempre el cuidado de intervenir en la elección de las personas para dichos puestos. Fernando el Católico sabiamente somete las órdenes a la Monarquía al adjudicarse la administración de Calatrava primero (1487), y después -- la de Alcántara y Santiago (cf. Beneyto 1961, p.145; Conde de Segur 1945, p.35; -- Descola 1954, p.98).

No sólo se dio el caso de ser las órdenes militares agrupaciones dentro de la articulación social, sino que su espíritu se había contagiado de la idea de ganancia y poder que impuso el encumbramiento de la burguesía. Aún en su agrupación dentro de la sociedad, las órdenes caballerescas muestran, como dice Beneyto (op.cit., p.144), su asimilación a la realidad social, pues la organización caballerisca en agrupaciones militares se debe al nuevo orden social-

que divide y limita las corporaciones profesionales en gremios. Olvidada la fiebre guerrera, la caballería adopta la vida muelle de los prósperos comerciantes. Como es fácil comprender, los deberes cristianos impuestos por la Iglesia y la sujeción demasiado gravosa que imponían la autoridad del Papa y las normas de los códigos caballerescos terminaron por dar el golpe final a la clase social de los caballeros. Por eso la trayectoria de la caballería es, desde el punto de vista social, la del paulatino sometimiento del conglomerado caballeresco. De ser una fuerza incontrolable, dispersa y amenazante del orden feudal, la caballería pasó a ser desde el siglo XIII, una organización sin vígor, al servicio de la sociedad.

El rompimiento de la unidad de los maravilloso y lo real.

El nuevo patrocinio eclesiástico de la caballería, la decadencia feudal, la aparición de las órdenes caballerescas y los desastrosos resultados de las cruzadas, son datos que conviene reunir, puesto que tienen un común denominador, que es la transformación espiritual que se opera en Europa. Como resultado de tal cambio, los acontecimientos políticos, como la querrela de las investiduras, muestran hasta qué punto ha llegado el rompimiento a tomar forma en la vida europea.

Desde la Alta Edad Media, los cismas, la separación de los fines de la nobleza y la Iglesia, la paulatina discensión de los caballeros de la organización feudal y la nueva economía burguesa, son ejemplo de una inconsciente y nueva idea del mundo, que trata de abrirse paso por entre los antiguos conceptos medievales. El antiguo orden religioso, que normaba las instituciones religiosas y la monarquía según el modelo del reino de Dios (cf. García Peláyo 1959, pp.97-98 y cap.VII), descubría su trasfondo unitario, por el cual el reino divino, valiéndose del brazo secular -el imperio y la monarquía- y del brazo eclesiástico, manifestaba su poder al mismo tiempo que mostraba la presencia divina en la tierra. La ciudad de Dios agustiniana podía decirse que se

realizaba en la realidad política (ibid., pp.44-54). Por esa idea, que unía en la mente de los hombres de la Edad Media lo terrenal y lo divino, la humanidad europea fue capaz de reunirse bajo la común denominación de Cristiandad. Por ella también la realidad se hallaba invadida de lo mágico, y los acontecimientos de la existencia se encontraban trascendidos por una fuerza sobrenatural, que podía orientarlos hasta hacerlos tocar la esfera de lo increíble. Es la extraña dualidad de lo fabuloso y lo histórico en la épica y lo que da a las primeras cruzadas un aire novelesco del que hemos hablado antes. Las primeras crónicas nacionales participaban también de tales rasgos maravillosos, a pesar de ser los primeros intentos medievales de disciplina histórica, así vemos que en La gran conquista de Ultramar, por ejemplo, se cuentan con suprema libertad los hechos acontecidos en las cruzadas mezclados con episodios novelescos como el del Caballero del Cisne.

Pero las cosas comienzan a cambiar, y la virgilia, cargada con la fuerza de la corpórea realidad, deslaza lo fabuloso a las regiones del sueño...o de la literatura. La realidad omnipresente de la vida cotidiana -los descabros de las cruzadas, la burguesía que pulula en las ciudades, la simonía y el clero religioso- inicia los sentidos de los hombres en la comprobación y el placer de la realidad inmediata. El reino de Dios no existe ya entre los hombres: la Cristiandad se ha dividido en estados, el poder político -representado por la monarquía y el Imperio- se separa de la jurisdicción eclesiástica, y la misma Iglesia, en su ambición de poder terrenal, da lugar a las profundas conmociones del edificio eclesiástico. La disociación de lo terrenal y lo espiritual ha ocurrido, y la existencia, así, ha perdido su subterránea vocación al milagro.

En la necia actitud de los guerreros de las últimas cruzadas, en la renovación de lo caballeresco y en la literatura del amor cortés, hay una lucha, casi sin convicción, por rescatar lo fabuloso y restaurar la unidad perdida, por

restituirle al caballero su validez como imagen de la fusión anterior. Ante tan desesperada actitud, el caballero se volvió un símbolo: una imagen que sirvió de receptáculo a categorías medievales que parecían no querer morir -lo heroico, lo santo-. El proceso tenía lugar en el plano metafísico, y la imagen era cada vez más discordante con la humanidad, al ritmo que ésta se iba alejando cada vez más de las mágicas tierras de lo maravilloso y el ser caballeresco - iba agrandando en su vuelo la distancia entre él y las posibilidades humanas.

X A esta separación entre lo fabuloso y lo real se refiere Huizinga cuando afirma que el arte, que había estado viviendo en la vida, dándole sus motivos estéticos a la existencia, deja de nutrir los hechos de la realidad, para ocupar un plano marginal en ella: "el salto se da allí donde comienzan a separarse el arte y la vida; donde se empieza a no gozar el arte en medio de la vida, como una noble parte de la dicha misma de vivir...el antiguo dualismo que separaba a Dios y el mundo, retorna en otra forma: como la separación del arte y de la vida" (ibid., p.55).

①

7.- DECADENCIA DE LA CABALLERIA: (Desde el siglo XIII hasta el Renacimiento)

La estilización de la caballería.

Huizinga localiza la escisión de la vida y lo estético "entre el Renacimiento y la Edad Moderna" y no, como parece resultar de lo anteriormente expuesto, entre la Alta y la Baja Edad Media. La confusión estriba en que, para Huizinga, el Quattrocento italiano, con su boato artificiosamente caballeresco, y la vida guerrera de la Alta Edad Media parecen concebir de una misma manera al caballero, y por eso, Huizinga equipara a Carlos el Temerario con Lorenzo de Medici, al afirmar que "ambos rinde el mismo homenaje al antiguo ideal caballeresco" (Huizinga 1947, p.55). Para nosotros ambas figuras, aunque cercanas en el tiempo, y las épocas que representan respectivamente, tienen una diferencia fundamental.

Los caballeros habían sido desplazados, ya en la Alta Edad Media, del ajetreo de la vida laboriosa, y su figura comenzaría a resultar gratuita - y aun opuesta - a una sociedad cuyo desarrollo se basaba en la paz. Con todo, se realizan las luchas en Tierra Santa, renovadas siete veces. El hecho sirve para mostrarnos, por un lado, el hecho más grande realizado por el espíritu caballeresco, pero las cruzadas también nos demuestran la decadencia de las organizaciones caballerescas (cf. supra, "Las cruzadas como solución a las crisis"). Hechos posteriores, como la pompa de los duelos caballerescos, los juegos de armas y las cacerías, los actos cada vez más teatrales de investidura al caballero, el lujo y la ostentación de las armas y armaduras, el boato en los palacios y las "cortes de Amor", muestran un renacer de lo caballeresco, sólo que la luz derramada sobre las formas de vida es una luz artificial; más un manierismo que una actitud verdaderamente vital, lo caballeresco se disuelve en costumbres cortesanas y aristocráticas (Romero 1959, p.176). La palabra caballero parece significar ya no 'guerrero' sino 'cortesano'.

Por no haber surgido todavía otro prototipo que tuviera la validez del caballero, y en tanto se restan otras categorías igualmente ideales, el caballero persiste en la Baja Edad Media adulterado por la vida cortesana a la que se asimila para no sucumbir, o para hacerlo más lentamente.

Los hombres, aun viviendo una existencia cuya realidad los oponía a la vida heroica, se negaron entonces a cerrar el ciclo de los tiempos caballerescos, revirtiendo de costumbres seudocaballerescas la vida, que insensiblemente se movía a otros intereses (cf. supra, "Las crisis socioeconómicas..." y "La caballería como solución..."). Pero la atmósfera de lo caballero cubre tan bellamente las formas de la vida en la Baja Edad Media con su boato y ostentación, que no permite ver el debilitamiento del espíritu heroico, eje central del caballero. No es sino cuando miramos de cerca los hechos y descubrimos, por ejemplo, las actividades comerciales de las órdenes militares, o la asimilación de los barones a las cortes reales, no es sino entonces cuando el fasto de la pretensión caballerescas aparece como el simulacro de una realidad que pertenece al pasado. Se ha tomado conciencia -y en ello su carácter de acción deliberada- aparece claramente de la representación ética y estética que ha venido a tener el caballero, y por eso la conducta y el trato social intentan regularse conforme a la vida exterior del caballero. A los torneos se les da un rasgo cortés, su rimiéndoseles la ferocidad.

Lorenzo de Medici, Mediano, hombre culto e inclinado a los placeres del mundo, cuya corte de poetas y artistas reunió lo más granado del quattro-cento, es ya un hombre típico del Renacimiento (cf. Brandi 1934, pp. 273-277). Carlos el Temerario, francés, último duque de Borgoña y último representante también de la temeridad del feudalismo contra la monarquía, es un hombre belicoso y lleno de ambiciones, que lo llevan a pretender disputar el trono al monarca francés (cf. Schneider 1934, pp. 170-172). Buen guerrero y de "aire bárbaro" (Huizinga 1947, p. 155), Carlos podía muy bien representar, los ojos de Lo

renzo el Magnífico, al auténtico caballero-guerrero, al modelo a seguir. Pero ¿no hay en todo esto un aire ficticio? ¿Podemos decir, como en la época de las primeras cruzadas, que lo estético y la vida continúan unidos en el dudoso acto de imitación que se presenta en Lorenzo de Medici y sus contemporáneos? No, definitivamente, pues ahí se trata de rehabilitar de una manera formal la vida caballeresca, salta a la vista la disociación que afanosamente se trata de soldar. El acto encaminado a unir los sueños y la vigilia resulta ya para entonces imposible de realizar. El movimiento que hace que la vida se penetre del arte, que haga anarcémosla artística, se logra en forma inconsciente por quienes la viven, no por remedar artificialmente las formas artísticas. En el primer caso, el hombre, distraído por la potencialidad que le dan sus propias fuerzas para perseguir valores —la santidad, lo heroico, lo bueno—, no puede ver cuanto su vida se asemeja a la realización estética; sin embargo, en su trayectoria describe el vuelo indescifrable que confunde la vida espiritual con la vida natural. Quizá sus fines ni siquiera sean tan altos y pueda decirse que el sentimiento del deber o la protección de sus semejantes lo lancen a la vida maravillosa.

En el segundo caso, el hombre, carente del vigor que le permite realizar las proezas que lo eleven, conoce la distancia que lo separa del ideal y ajusta sus actos a la forma del vuelo del otro, sin conseguir los fines que el hombre con alas trata de alcanzar.

Los siglos XII y XIII parecen significarse por presentar la distancia enorme entre el ideal caballeresco y la realidad, a través de la desesperada pretensión de unirlos. La capitulación del Reino Franco de Jerusalén y las derrotas de los ejércitos, debidas a la pésima organización; la caída del feudalismo y el surgimiento de las ciudades y de la economía mercantil son hechos que nos hablan de tal divergencia. ¿Qué diferencia tan grande entre la vitalidad, contagiada de euforia, de auténtica "juventus", como dice Bühler (op.cit.

1957, pp.89-90) con que los hombres acogen la idea de cruzada para lanzarse a Tierra Santa, la artificial recuperación de la vida caballeresca que se manifiesta en las cortes, que lleva dentro un sentimiento de añoranza por el pasado heroico. La separación entre la vida y el arte a que se refiere Huizinga, como podemos ver, no debió ocurrir después de florecer el ideal caballeresco-cortesano, sino antes; más que antecedente de tal escisión, el ideal caballeresco es consecuencia de los tiempos en que la vida y el arte decidieron recorrer distintos caminos.

Desaparición de la caballería en la Baja Edad Media.

El siglo XIII ve surgir el sentimiento nacional, que desmembra al Imperio y resuelve la oposición entre los reyes y la nobleza baronil. Existía la gran patria romano-cristiana, que abrazaba a la heterogeneidad de los pueblos de la Alta Edad Media bajo el denominador común de la Cristiandad (Spitzer 1948, p. 111), la cual, al sobrevenir el cisma entre el poder político y el eclesiástico, se ve reducida a las pequeñas patrias.

Los caracteres nacionales pueden encontrarse en los movimientos políticos que dan solidez a la monarquía en oposición a la antigua dispersión de los barones. La nobleza señorial, movida por la decadencia de la economía feudal, se acoge a la corte del monarca (Schneider 1934, pp.164-177), con lo que se da un paso definitivo hacia la unidad nacional. De tal asimilación de la nobleza a la monarquía proviene el entusiasmo por lo caballeresco que se deja sentir en la corte; los barones dan el idealismo en pago de su inclusión en la vida cortesana. Así, el entusiasmo por lo caballeresco que primero había sido popular, general como lo demuestra la fama y el origen de la canción de gesta, pasa a ser atributo aristocrático y moda de las cortes.

No hace falta decir que esta transformación en el mundo de los barones va en detrimento de su espíritu guerrero. De la característica original de defen-

sores, los barones pasan al estado de administradores, ocupando los puestos ministeriales al servicio del reino. Para desplazar el peligro constante que para la seguridad real ofrecía la nobleza armada — que por tanto tiempo monopolizó la actividad militar —, los reyes desarman a los barones, despojando en lo posible los antiguos ejércitos (Rösig 1934, pp. 406-407). La milicia entra en su etapa táctica y de aquí que el papel de la nobleza sea marginal. Carlos VII de Francia — al mismo tiempo que las ciudades italianas y el Imperio alemán — quita a la nobleza su función militar, y en el Ordenamiento de 1439 (basado en otro anterior de 1347) "priva a la nobleza del derecho de mantener tropas propias, y sólo el rey pudo tener soldados y nombrar sus capitanes" (Schneider 1934, p. 161). Del siglo XIV en adelante los nobles quedan reducidos a su papel político.

En el lugar de la antigua caballería baronil, el rey contrata a los ejércitos mercenarios, que recobran la importancia que habían tenido en los primeros tiempos del feudalismo. Ni siquiera un barón que en mucho recuerda la antigua grandeza señorial, como Carlos el Temerario, puede evitar el servirse de huestes mercenarias, que lo abandonan finalmente frente a Nancy, donde muere (Romero 1965, p. 97). Los mercenarios también hacen que disminuya la importancia militar de las órdenes caballerescas, y sólo en Alemania puede hablarse de verdadero poder militar independiente de la Orden Teutónica (Rösig 1934, pp. 343, 356). La infantería comienza a resultar más apta para la guerra por su ligereza, su capacidad para atacar y retirarse, su facilidad para andar por los territorios más escarpados (Maquiavelo 1952, pp. 588-589). Por emplear tales contingentes, los suizos y los españoles han adquirido fama de invencibles guerreros (ibid., pp. 582, 585-586) (1), y los soldados de a pie van desplazando poco a poco a las tropas montadas. La caballería, pesada y torpe, es relegada a

(1) Ya en Virante el Blanco se mencionan duelos a pie entre el héroe y sus enemigos. cf. III, i, 1126; LXIV, i, 1150 y ss.

segundo término. Las sólidas pero pesadas armaduras parecen volverse ya más un artículo decorativo que una necesidad para la guerra. Las trabajadas armaduras de fines de la Edad Media y principios de la Edad Moderna nos hablan de esa nueva función estética de las vestiduras, que ahora dan el toque decorativo a las ceremonias y a los desfiles. En los yelmos se labran, placa sobre placa, increíbles escenas o arabescos complicadísimos (véase Cirici-Pellicer 1965, pp.28-30); la armadura se llena de aditamentos, placas, petos y copas metálicas protectoras (cf. Grancsay 1964, pp.2,10). El forjador, para hacer las vestiduras, necesitaba tener "un conocimiento de la anatomía humana similar a la que poseía un escultor" (ibid., p.14). Todo ello volvía al caballero un hombre con pocas probabilidades de ser herido... pero, por tan tremendo peso, dificultaba el menor de sus movimientos. En el Amadís, se cuenta que un caballero, huyendo del Caballero de la Verde Espada, cae con caballo y todo en un río, "así que saliendo el caballo, el caballero con el peso de las armas ahogado fue" (Amadís, LXXV, iii, 757); también otro, en las mismas circunstancias, cae al foso del castillo (ibid., CXXIX, iv, 1008). Ocurre lo mismo en el Palmerín de Inglaterra (Palmerín, LXX, iii, 131). Si a esto se agrega lo costoso de tales armaduras, nos queda la duda de si estas vestiduras verdaderamente fueron utilizadas alguna vez para una actividad tan dinámica como la guerra. Y quedamos aún más extrañados cuando se nos dice que las armaduras fueron usadas en la guerra aún a principios del Renacimiento. Los trajes de acero comenzaban a ser anticuados, y los hombres que marchaban a la guerra comenzaban a negarse a usarlos. Los soldados ingleses "se presentaban a las maniobras y a las revistas sin armadura y demandaban un penique por milla, además del jornal de ocho peniques diarios; antes de usarla durante las marchas..., algunos las extraviaban deliberadamente" (Grancsay 1964, p.42). Todo eso parecía destinado a desaparecer, y así vemos que el uso de las ballestas y los arcos, las alabardas y las picas en el siglo XIV hace que se empiece a pensar en la insuficiencia de-

la antigua caballería. "La fuerza del ejército inglés [en el siglo XIV] basábase en la infantería...; en conjunto respirábase en Inglaterra el espíritu de una nueva época en la táctica militar" (Schneider 1934, p.133). A esto hay que agregar la aparición de los cañones, primeras armas de fuego, que datan de 1300 (Grancsay 1964, p.39).

De los primeros que observaron el anacronismo de los instrumentos de guerra fue Maquiavelo, crítico inteligente, hombre moderno de espíritu práctico, que observó la vida militar. Aun cuando concebía la guerra como un "arte", Maquiavelo subraya la importancia de la infantería sobre la vieja caballería y muestra las desventajas de los ejércitos mercenarios: los ejércitos mercenarios sirven a uno y otro bando en la guerra. Atraídos por el mayor sueldo, fácilmente traicionan a sus antiguos patrones, pasándose al bando contrario como en el caso de las tropas a sueldo de la reina Juana, a quien abandonan, provocando la capitulación del reino (Maquiavelo 1952, p.554). Por eso Maquiavelo explica detenidamente la conveniencia de formar los ejércitos con ciudadanos, organizando un sistema de servicio militar obligatorio, que evitará el pago (error de los Estados, que convierte a la guerra en una profesión, cf. ibid., pp.552-553) a la milicia, y que, sin embargo, evitará que los ejércitos, formados de individuos de la misma nacionalidad, queden traicionar a la patria. Añade que "el nervio de los ejércitos es indudablemente la infantería" (ibid., p.557); "debe tenerse a la caballería, pero como elemento secundario" (ibid., pp.588-589). Todo ello había sido percibido ya por algunos monarcas, y aun cuando las innovaciones no serían generalmente aceptadas sino mucho después, algunas de ellas estaban operando ya en la realidad histórica. Eduardo III de Inglaterra, en su lucha contra Francia, abandona la antigua táctica de la pelea individual entre caballeros por la nueva de los ataques en masa. En Crécy se usa la artillería y se duplica el número de los arqueros (Schneider 1934, pp.135-136). Se experimenta el sistema del servicio militar obligatorio, que-

no llega a imbuirse por los mismos gobernantes (cf. Brandi 1934, p.291). En Alemania y en Francia empiezan a organizarse ejércitos mandados por capitanes nombrados por el rey, y se hacen elebas. Los "lansquenetes" alemanes señalan los inicios de la organización militar de carácter nacional (ibid.; cf. Schneider 1934, pp.162-163). Esto ocurre en el siglo XV, en que las armas de fuego - causan admiración, aunque no el daño requerido. Los explosivos lanzan sus detonaciones, que parecen querer despertar con gran ruido a la nueva época que se inicia.

Algo, además, aparece en Maquiavelo que viene a revelarnos que él concibe de manera distinta lo caballeresco: es el rechazo de la vida militar, el desdén por el oficio de la guerra que comenzaba ya a aparecer entre los hombres de la Baja Edad Media. Maquiavelo dice que "no se puede considerar hombre bue no a quien se dedique a una profesión que exige, para serle constantemente útil, la rapiña, el fraude, la violencia y muchas condiciones que necesariamente lo hacen malo..., porque los que no saben vivir de otro modo, ni encuentran quien les mantenga, ni tienen la virtud de acomodarse a vida pobre, pero honrada, acuden por necesidad a robar en los caminos, y la justicia se ve obligada a ahorcarles..., la guerra hace al ladrón, y la paz le ahorca" (Maquiavelo 1952, pp.552-554). ¡Qué lejos estamos ya del panegírico constante del hombre de armas que nos muestra la épica! La voz ha cambiado, pero también los tiempos — (1). — La nobleza que irradiaba de la guerra, por obra de la rapiña de los ejércitos se ha transformado en el conglomerado que los hombres renacentistas repudian. Tal vez por eso también "lo caballeresco" ha tenido que despojarse de su carácter guerrero y adquirir maneras que, antes que manifestar la virilidad guerrera, se resuelven en costumbres y actos cortesanos.

(1) Ya en el Tirante el Blanco se dice que "todos los caballeros que quie ren bien usar y seguir las armas y la orden de ellas, por haber renom bre y fama, han de ser crueles y tener silla en medio del infierno" — Tirante, III, i, 1124.

España desde el siglo XIII

Hasta ahora hemos visto el desarrollo caballeresco sin tocar especialmente a España. Los hemos hecho así por diversas razones, entre las cuales la primera y más importante es la de que la caballería y el ideal caballeresco no nacieron en España, ni se desarrollaron con su carácter específico en tierras españolas. El entusiasmo por el caballero y su vida de aventuras le ha llegado a España de Francia. Borgoña, Champaña, Turingia, son focos de donde se propaga el culto al caballero, el ejemplo de la rebeldía de los barones (cf. supra, "Comienzos de la caballería"). No sólo por circunstancias de cercanía, sino por la carencia de verdaderas fronteras nacionales en Europa y en España, se produce la asimilación de cultura y civilización francesas en la Península. Francia, la envidiable gran potencia de la Alta Edad Media, extiende a España y Europa sus ideales cristianos representados por el caballero. El espíritu de cruzada contra el infiel de que se abanderaron los barones franceses en Tierra Santa, la forma existencial de sentirlo, se proyectan a España, en cuya Reconquista cotidiana se han limado las asperezas de la violenta oposición entre el cristiano y el infiel. La idea de cruzada, que había nacido por el contacto de los españoles con los árabes, volvió robustecida a España (1).

Los caballeros franceses entran innumerables veces a ayudar a sus hermanos españoles en la Reconquista, y es ésta una ocasión, repetida a lo largo de la Alta Edad Media, que evidencia uno de los caminos del influjo caballeresco-francés. Otra ruta fue el camino de Santiago -el "camino francés"- (Aguado Bleye 1963, pp.895-896). Aventureros, juglares y caballeros propagan en tierras españolas las leyendas célticas del rey Arturo y la Tabla Redonda. Del mismo-

(1) Resulta evidente que la idea de Guerra Santa fue llevada a Europa por los árabes por mediación de España. Cf. Benito Ruano 1951, pp.93-94; Zuburov 1960, p.28; Romero 1965, p.42; García Pelayo va más lejos, sondea los orígenes de la guerra Santa en las guerras de Israel, op.cit. pp.7-8.

modo se produce la divulgación de la poesía provenzal en la Península (Schneider 1934, p.126).

Cataluña eclesiásticamente -y por ello políticamente- depende de la Iglesia de Narbona (ibid., p.126). Así vemos asistir al arzobispo de Narbona y al primado de Toledo a la batalla de Las Navas de Tolosa (Descola 1954, p.95). Es inmediata la propagación de las nuevas ideas religiosas de Cluny en España. - El matrimonio de Alfonso VI con Doña Constanza, hija del duque de Borgoña, devota de la Orden de Cluny, inicia la introducción en España de nuevas ideas ascéticas. El hecho anterior y la fundación en España de nuevas órdenes religiosas dependientes de las ordenes ultrapirenaicas nos muestran la huella francesa (Aguado Bleye 1963, pp.890-891). Puede hablarse ya de un foco español de renovación religiosa, que deja a la Historia de España en la Baja Edad Media surcada aquí y allá de grandes figuras religiosas: Santo Domingo, Raimundo Lulio, Fernando el Santo. Bajo la autoridad de ellos se fundan nuevas órdenes religiosas, se renueva la cultura monástica, se infunde una nueva inyección religiosa a la Reconquista. Los frailes adquieren un papel militar, como ocurrió en Francia. Fernando III, el Santo entra en Sevilla al frente de tropas y clérigos militares (Descola 1954, op.cit., p.102). Santo Domingo crea junto a su orden una milicia que será la Orden Tercera. (ibid., p.117). El arzobispo Jimenez de Rada forma un ejército temible que ayuda en la batalla de Las Navas - - (ibid., p.95). Todo ello nos hace recordar hechos similares ocurridos en Francia.

Las luchas políticas que se libran en Francia repercuten en los reinos -- ibéricos, todavía en tiempos de la Guerra de Cien Años (Schneider 1934, pp.125-178). Navarra se enriquece bajo los Condes de Champaña, y es por eso codiciada por los reyes castellanos, hasta que por fin es capturada por Fernando el Católico.

Todos los hechos anteriores nos muestran por qué los reinos peninsulares estuvieron espiritualmente y políticamente más cerca de Francia que de ningún otro país de Europa, y, de este modo, la propagación de la civilización caballeresca francesa fue profundamente sentida en España. Salvo algunas variantes españolas, la caballería y las órdenes militares francesas se implantan en tierras ibéricas. Los Templarios y los Caballeros del Hospital tienen feudos y representación en España. Aguado Bleye (op.cit., n.887) refiere que la importancia de estas órdenes francesas en España es mayor que la de las españolas, no obstante haberse fundado ya las órdenes de Santa María, Calatrava y Montesa. Ramón Berenguer III, rey de Barcelona, pide en su lecho de muerte vestir el hábito de Templario (Descola 1954, p.96).

Pero el surgimiento de los incipientes Estados nacionales suple, al aparecer el siglo XIII, la comunidad de caracteres cristianos vigente en la Alta Edad Media. La dulce Francia y Castilla la gentil, vagos conceptos nacionales, se tornan más precisos en el transcurrir de la Baja Edad Media. A esta transformación y a los cambios políticos e ideológicos que la idea de nacionalidad trae consigo se debe que España aparte su destino de la historia europea.

En Europa, por obra de las derrotas de los ejércitos cristianos en Tierra Santa, declina el impulso de cruzada. El reino franco de Oriente vuelve a quedar en poder de los turcos. El desastre es definitivo para el ánimo caballeresco de Occidente, que ve así derribado al sueño de la grandeza guerrera de la Cristiandad. Las tropas de Luis IX de Francia, el Santo, son aniquiladas en Mansurah, donde el rey es hecho prisionero. Es la de San Luis la penúltima cruzada (Zaburov 1960, pp.243-246). Antes de cincuenta años, Occidente habrá perdido en Siria la mayor parte de sus posesiones, y los ejércitos cruzados se verán obligados a volver a Europa.

En España, entretanto, el espíritu de cruzada ha adquirido nuevo brío a través de la Reconquista. La lerta cruzada española no ha llegado todavía a -

su fin. Por la misma época es la derrota de San Luis en Africa, Fernando III-también, como el rey francés, llamado "el Santo"- ha tomado Sevilla, y poco después los moros quedan reducidos al reino de Granada (Aguado Bleye 1963, pp. 677-678). Como si reaccionaran al ocaso del espíritu caballeresco, sentido -- desde antes del siglo XIII en Europa, los reinos ibéricos --Castilla-León, Aragón-~~Cataluña~~, Navarra- lo renuevan en sus luchas de Reconquista. Las victorias conseguidas por Alfonso VII son continuadas en los reinados de Alfonso -- VIII y su sucesor Fernando III. Jaime I de Aragón, por su parte, consigue -- triunfos sobre los moros en las Islas Baleares y Valencia. Aragón, Castilla y Navarra libran juntos la célebre batalla de las Navas de Tolosa (ibid., pp. 677 678; 724-726). España, vuelta a sí misma, prolonga el impulso caballeresco. -- Queda sola --y de ahí su carácter representativo de la Cristiandad-- en su lucha contra el Islam; nada pareceⁿ significar para ella los descalabros de Tierra -- Santa. La Reconquista es dura en los albores del siglo XIII, pues los reyes -- de taifas hacen acudir en su auxilio a almorávides y bereberes de Africa (Romero 1965, p.67). La conquista de Sevilla dura 15 largos meses de asaltos y re tiradas (Aguado Bleye 1963, p.678). Hay un período de respiro en que se inte-- rumpen las luchas. En ese lapso los reyes españoles tienen que emprender la reconquista de su propio reino, contra el cual se han levantado los nobles. -- Los pleitos dinásticos, el papel casi exclusivo de los nobles en el ejército, -- los intereses particulares, han detenido la conformación de los reinos. Tam-- bién, como en la lucha contra los árabes, la monarquía avanza y retrocede, im-- pone treguas y deja sentir su poder sobre los levantiscos barones. Es largo y prolongado el camino hacia la unidad --toda gran esperanza necesita ser alimen-- tada mucho tiempo--, hasta que por último, y ayudada por la burguesía, la corona da un golpe definitivo a las rebeldes exigencias de los nobles, en la época de los Reyes Católicos.

El fin de la Edad Media es la época de las grandes oportunidades para España. Fernando, después llamado "el Católico", es nombrado rey de Sicilia en-

1468. Al año siguiente casa con Isabel de Castilla. En 1479 es designado rey de Aragón, con lo cual se realiza la unidad de los dos grandes reinos españoles. Renovado el entusiasmo patriótico de la Reconquista, los reyes toman Granada. Poco después de la victoria, Fernando somete a los nobles y hace depender del reino las órdenes caballerescas. Colón gana para España la supuesta — nueva ruta hacia las Indias. En 1503 el rey Católico es nombrado rey de Nápoles, después de arrebatarse el reino a Carlos VIII de Francia. Son los tiempos de la gran fama de los ejércitos españoles, que hacen intervenir en forma definitiva a España en Italia. Aprovechándose de la retirada de los franceses, — Fernando se apodera del reino de Navarra e impone su hegemonía política en Génova, Pistoia y el Milanesado (Conde de Segur 1945, pp.45-54). El espíritu conquistador del Rey Católico no decae con esa victoria, pues sus ejércitos logran otros triunfos en Orán, Bugía, Túnez y Trípoli y ayudan a los portugueses a sostener sus posiciones en el norte del continente africano (ibid., pp.37-45).

España ve ensanchar sus horizontes más allá de lo creíble; pero ¿no es la aventura caballerescas un hecho que cruza las fronteras de lo real? Rápidamente, en un siglo, se ven reunidos los reinos hispánicos, y las oportunidades parecen salirle al paso a España, que decide aprovecharlas todas. Llevado el pueblo español a límites de paroxismo guerrero, las circunstancias históricas se reúnen para que le sea concedido el cometido de depositario y guardia de la Limpia Cristiandad. Cuando la crisis espiritual es evidente en Europa, España vive una prolongación de los mismos caracteres que nutrieron la idea de la presencia de lo maravilloso en la tierra. ¿Cómo no pensar que España es el país elegido por la Gracia, si los hechos históricos muestran el destino trascendente, magnífico, que España parece llamada a cumplir? Cien mil soldados realizan la toma de Granada. Cardenales, nobles castellanos y aragoneses, una gran corte de obispos y diáconos dan a los ejércitos de los Reyes Católicos "escolta rutilante" (Descola 1954, pp.131-133). Aquella Granada a quien el rey Don -

Juan hablara como a una amada renuente cede finalmente a los requiebros del seductor caballero aragonés; el pueblo sigue con ojos encendidos por la pasión a su monarca conquistador.

La fiebre guerrera pareció consumir las fuerzas operantes de la sociedad española. La afición por el ejercicio de la guerra llega a hacer que raramente la profesión militar sea el ideal del hidalgo, en detrimento de cualquier otra ocupación (Beneyto 1961, p.151). La sociedad del siglo XV en España es esencialmente una sociedad guerrera. Los ejércitos españoles son reputados invencibles en toda Europa; Maquiavelo en su Arte de la Guerra habla de sus excelencias (Maquiavelo 1952, pp.582-585). La utilización de soldados mercenarios a mediados del siglo XIV se ve reducida en el siglo XV. Los ejércitos se forman de tropas nacionales, lo cual motiva una incapacidad del reino para retribuir a los combatientes con la concesión de feudos, como venía haciéndose desde antiguo. (Aguado Bleye 1963, p.865). El Ordenamiento de Alcalá, de mediados del siglo XIV, había estipulado ya el cambio: se pasaría de la retribución por "beneficios" al pago de servicios por un sueldo (citado por Beneyto 1961, pp.150-151).

Tales cambios fueron provocados por la general afición al ejercicio de las armas, afición reforzada en las guerras intestinas, la Reconquista y la lucha contra los nobles. También parece creíble que el Ordenamiento haya contribuido a la formación de ejércitos rurales, y aquí hay una diferencia notable entre la milicia española y la francesa. Ya para Don Juan Manuel, defensores son "tanto los nobles como los otros" (citado por Beneyto 1961, p.154). Se habla ya de "caballería villana", de retribuciones concedidas a "todo hombre libre que posea caballo..."; las exigencias de la guerra han dado, pues, origen a un grupo social intermedio, cuyos componentes, sin ser nobles, rozan de los beneficios de la nobleza (Bó 1946, pp.116-118). La calidad de caballero, al extenderse hasta las masas populares libres, la "población villana", hacía ge-

neral el espíritu combativo y reforzaba la fiebre caballeresca en España con la inyección del vigor popular. Sobre todo en Castilla, dirigente de las luchas de Reconquista y más cercana a las fronteras árabes, la caballería adquiere el matiz democrático más acusado (Martínez Ruiz 1944, p.208).

Las ciudades se pueblan de soldados, y la actividad militar es ostensible en todas partes. Ejércitos que salen de España, marchando con el júbilo del triunfo por las calles, soldados ufanos de su nueva condición caballeresca creentan con entusiasmo proezas desorbitadas por la encendida imaginación. Los espíritus más aventureros son atraídos por la profesión militar, con lo que se engrosan más y más los ejércitos. Por un momento se creería que España no es otra cosa que un pueblo presa de la locura guerrera, un país en ascuas. Los hombres abandonan feudos, oficios, "cuidados", por la aventura caballeresca. Estos hombres que con razón se sienten favoritos de la sociedad y del rey, ocupan las plazas y caen sobre los plantíos; obligan a los ciudadanos a darles alojamiento, dinero, armas, comida. Los espíritus más cuerdos, más burgueses, sienten demasiado onerosa la carga del soldado; ellos nos dan ejemplos de los atropellos del hombre de armas, como el cometido en Fuenteovejuna, dramatizado después por Lope de Vega (1). Los mercaderes y los burgueses llevan incluso a ofrecer dinero a los generales para que alejen sus tropas de la ciudad (Beneyto 1961, p.185). Pero es inútil, pues la soldadesca continúa sembrando la intranquilidad. Proliferan las sucursales de las órdenes caballerescas por toda España, y otras nuevas órdenes se fundan: Montesa, la Orden Tercera, la de la Banda, la de los Caballeros Hermanos de la Orden de Alcántara (Descola 1954, pp.95-99). España está en efervescencia.

Paralelamente a esta grandeza militar, la economía de los reinos comienza a desfallecer. La mala situación en que se ve la agricultura por el abandono-

(1) El hecho aparece narrado en Crónica de las tres órdenes militares de Radon y Andrada, de 1572.

de los campos, la falta de dirección en los feudos, la fuga de los artesanos, - la carencia monetaria que sobreviene al armar los ejércitos, el constante estado de sitio impuesto por la guerra, en fin, la desorganización económica, empujan presumiblemente a las masas a integrarse a las filas combatientes. Ocurren sublevaciones de campesinos en el siglo XV, que muestran la crisis de la economía natural (Beneyto 1961, pp.151-153). Moros y judíos son expulsados del territorio español, y con ellos se va la gran parte del impulso mercantil, de los oficios y profesiones, del espíritu burgués, impulso del mundo moderno - - (Castro 1963, pp.101-107). La Baja Edad Media española había asistido al fenómeno de la incompatibilidad entre el ejercicio del comercio y la nobleza. Guicciardini, a principios del siglo XVI, escribía que los españoles no se dedicaban a las actividades mercantiles, que consideraban vergonzosas, "porque todos tienen en la cabeza ciertos humos de hidalgos" (citado por Beneyto 1961, p.227). ¿No hemos oído esto antes? ¿No apareció tal actitud en la nobleza europea de la Alta Edad Media? Ciertamente, y es este uno de tantos rasgos que une a la historia de España, todavía en la Edad Moderna, con la legendaria Alta Edad Media. España, sin percatarse del peligro que significa el menosprecio de la economía, sigue soñando en su gloria guerrera, prolongada con Carlos V. El monarca ve reunidos bajo su mando España, el Imperio, Flandes, Nápoles, Sicilia, las Indias. Los hechos revelan a España su capacidad caballeresca, su militante religiosidad, su destino mesiánico. El Papa ha dividido el mundo por conquistar en dos partes, una de ellas corresponde a España. La decadencia económica va estrechamente ceñida, paradójicamente, a la grandeza militar. Socavados sus bienes terrenales, mermada la actividad productiva, queda España, sin embargo, tejer los hilos de su leyenda dorada. En esta época florecen los libros de caballerías.

SEGUNDA PARTE

EL CABALLERO COMO PERSONAJE LITERARIO

1.- MULTIPLICIDAD DE ASPECTOS EN EL CABALLERO.

¿Qué es un arquetipo? Un arquetipo es un ente imaginario, un modelo que representa el ejemplo de vida a la que todos debiéramos aspirar. Más que una representación plástica, el arquetipo es una idea que cuanto más metafísica - mayor explicación necesitan sus principios, más propaganda es necesaria para exponer los detalles de la aplicación de la teoría. De acuerdo a esta necesidad de interpretación y divulgación se escriben las guías, los tratados, los ejemplos, los doctrinales que mueven a los hombres a la imitación de ese ser inventado que, difuso en los preceptos, parece tomar una forma antropomorfa. La resolución literaria del arquetipo está entonces decidida, como también su constante preocupación didáctica, y por ello, por atenerse más a una disciplina que a la reflexión sobre la vida a la que se aplicará el doctrinal, el personaje arquetípico habrá de vivir de prestado, tomando del pensamiento teórico, del Ideal, sus actitudes y su lenguaje, sus fines y su trayectoria. Y como la fundamentación ética ha determinado la vida literaria del arquetipo, -- también ella habrá de establecer los principios estéticos; que para una mente de preocupación didáctica, lo bueno, por serlo, es también bello. El santo, el héroe, el sabio, el cortesano, son categorías arquetípicas que con una incansable tenacidad han sido repetidas en la literatura hasta volverse un lugar común espiritual, pero ello no nos habla de la eficacia de la enseñanza, sino de la vigencia de ciertas inquietudes humanas que no han alcanzado realización y plenitud. Al recoger anhelos latentes de perfección, el arquetipo destaca una necesidad espiritual de los hombres de retratar la vida que se -- considera perfecta.

Pero cuando conviven en una época como la Edad Media tantas y contradictorias actitudes mentales, cuando tales actitudes, son todas válidas, es preciso que una de ellas -tomando elementos prestados de nuevo-, haciéndose eco de las demás, se apropie de los caracteres de las otras para ampliar su vi --

gencia. El caballero fue el arquetipo del héroe en la Edad Media. A través de siete siglos hubo de llenarse de las cualidades ideales más extrañas a su naturaleza, que lo hicieron participar en la propaganda eclesiástica, lo volvieron representante de la rebeldía baronil contra la monarquía; a su figura le fue adjudicada por los menesterosos la imagen de la salvación, así como - la representación de la monarquía triunfante; en fin, de todos los movimientos más importantes de la Edad Media se hizo eco el caballero, y como toda - idea que quiere ser absoluta, el ideal del caballero necesitó ser nutrido de las inquietudes más diversas. Por eso la imagen caballeresca no está fundamentada por sólo una idea, sino que es un ente divisible y multiforme, una - rueda cuyos radios parten al concepto en tajadas, en donde vivieron los más-diferentes sueños de los hombres medievales: la vocación de santidad, el anhelo de heroísmo, la pretensión del amor absoluto, la protección del bien, y, sobre todas las ambiciones, la más grande de reunir en el arquetipo caballe- resco la suma de cualidades que harían al hombre perfecto. Dice Curtius de- la moral caballeresca que "el atractivo peculiar del ethos caballeresco con- siste justamente en esa fluctuación entre muchos ideales en parte emparenta- dos y en parte contradictorios" (Curtius 1955, vol.II, p.747). No es, pues, - el caballero resultado de un solo deseo, sino de una multiplicidad -y aun he terogeneidad- de pretensiones, que, adulterando su original denominación de- guerrero, lo convirtieron en prototipo de la vida medieval, haciéndolo ganar en amplitud lo que quizá perdía en profundidad y consistencia.

Esta condición multifacética del caballero nos lleva -ya en plano lite- rario- a considerar, desde ahora, su amplitud de caracteres, que sobre todo- se agudizaron entre el final de la Edad Media y principios del Renacimiento, época de transición en que se popularizan los libros de caballerías españo- les. También la mutabilidad del caballero es, entre otras, la razón por la- cual el caballero carece de armazón de carácter, de fundamentación psicológi

ca en los actos que desarrolla, y parezca a nuestra vista un ser sin centro, o con tantos, que caben dentro de él el héroe y la crítica de sí mismo, el cortesano (negación del impulso caballeresco), el santo y el seductor, como para convencernos que en este arbitrario personaje, toda categoría puede resultar válida y operante. Páginas y páginas recorreremos del Amadís, del Palmerín de Inglaterra, del Cifar o del Tirante buscando rasgos de personalidad, elementos para reconstruir el carácter, pero el caballero se escapa, se desdice, cambia de rostro y nunca lo conocemos como personaje. Gracián, un siglo más tarde, dirá del héroe que deberá "ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión" y "excuse a todos el varón [...] sondarle el fondo a su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fué un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le encontró término a la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito" (Gracián 1958, p.9). El caballero tiene el yelmo y la armadura que le ocultan la identidad, que lo encubren y lo pueden hacer que se deslice, insensiblemente, a otra identidad postiza, adquiriendo otro nombre. Aun los colores y los signos de su pendón y de su escudo cambian, inventando un nuevo caballero. Por eso el caballero se confunde con otros, se parece a muchos más que pueblan los caminos, es un "don caballero" que vive en el anonimato hasta que la hazaña, el hecho maravilloso, pueda despojarlo del yelmo que lo encubre para restituirle su nombre. Hay una complacencia de los autores por este continuo transvestismo caballeresco que lleva al caballero hasta el punto de batirse con el hermano, el hijo o el amigo tan querido (cf. - Amadís, XLI, i, 484-487; Palmerín, XXXVII, i, 64 y VIII, ii, 207 passim). Razón por la cual un ser malvado como Eutropa hace sembrar la confusión entre los caballeros, haciendo que caballeros del mismo bando luchen entre sí, con el fin de terminar con la caballería andante (Palmerín, XXXVII, i, 63-64).

Las armas no sólo defienden de la agresión, sino también protegen al ca

ballero del conocimiento. Estar al descubierto, sin armas, es estar a merced del enemigo —aun cuando sepamos que el secreto es no tener ninguno—. — Por eso, el caballero frente al caballero enemigo, en duelo, se niega a decir su nombre, o, como Vernao, se niega a decir en qué piensa (Palmerín, IX, i, 18). El acto de investidura, marca en el caballero el destino del eterno-juego de las personalidades, de la varia identidad. La carencia de individualidad, o de identidad, mejor, hacen al caballero remedo artificioso de un ideal ambiguo de la vida virtuosa, que pretende tomar forma para hacerse visible y creíble. ¿Qué más da que en la liberación de Oriana mueva a Amadís el amor, o la honra, o la búsqueda de la justicia, o, si se quiere, la independencia del rey? Podremos decir igualmente que Amadís casi toca la categoría de santo, en su carrera de derribar obstáculos, puesto que es en el amplio mundo teórico donde se celebra el brillante espectáculo de la caballería andante. Así, y ya que el caballero nos niega la posibilidad de penetrarlo, no nos queda sino mirar sus transformaciones para concluir cuántas bases arquetípicas informan sus móviles.

Originalmente el caballero precisa de un nombre, y como a Gilgamesh, al héroe de los libros caballerescos se lo dan sus propias hazañas, ya sea que descubra, invente o encuentre su propio nombre por ellas. Amadís, aun cuando se nos ha dicho que así se llama, primero es sólo el Doncel del Mar, y no es sino hasta después de haber librado batallas, que lo han acercado al reconocimiento de sus padres, que el autor y los demás personajes le llaman Amadís (Amadís, X, i, 353). Florestán no se descubre como tal "hasta que tanto en armas haya hecho" como sus hermanos (ibid., XLII, i, 487). Así también don-Galaor pretendía que "obras le dieran testimonio" para darse a conocer — (ibid., XXII, i, 418). Y el caballero del Toro —Pompides—, ocultó su verdadero nombre también, pues "que mi intención —dice— fue que ninguno supiese mi nombre hasta que mis obras lo manifestassen" (Palmerín, XX, i, 36). El caballero

de la Puente, al ser derrotado por Floriano huye sin que nadie pueda identificarlo "pues los hombres han de ser buenos para ser conocidos" (ibid., XI, i, 87). Puede también ser que el nombre le sea dado al caballero, como su propio destino, por una extraña voluntad que prevé las cosas, como en el caso de Espandian, que al nacer le aparecen las letras de su propio nombre en el pecho (Amadís, LXVI, iii, 668). Al caballero del Febo aparecen unos lunares en forma de sol (cf. Thomas 1952, p.97). El nombre, también por su vínculo con las hazañas, será denominación de la fama alcanzada por el caballero: el Caballero de Dios, el Caballero Atrevido, Guilán el Cuidador, el Caballero de la Puente, el Caballero Negro, el Caballero Amigo, el Caballero de las Doncellas, Roberto el Diablo. Pero ¿qué es el nombre para el caballero? No es como para Gilgamesh el propio ser, el destino (Bartra 1963, p.13), sino -ya que el caballero es un ser cambiante- la fijación en el tiempo de una serie de hazañas condicionadas por las circunstancias, y como la trayectoria y las hazañas cambien, también habrá de mudarse el nombre. Si se cambia de estado, de personalidad o de sentimientos, el título -que no es otra cosa el nombre- del caballero deberá cambiar. Amadís es primero el Doncel del Mar, luego Amadís de Gaula, más tarde, en concordancia con el viraje que sufre por la dolorosa carta de Oriana, será Beltenebrós el Ermitaño, nombre elegido por un anciano "de orden" (Amadís, XLVIII, ii, 537). Cuando las dudas sobre el amor que Oriana le tiene se han disipado, se habrá de llamar el Caballero Beltenebrós (ibid., LV, ii, 559). Pero cambian las circunstancias otra vez, y Amadís rompe con Lisuarte, y para ayudarlo sin que el rey lo sepa, Amadís se convierte en uno de los caballeros de las Armas de las Sierpes (ibid., LXIX, iii, 692). Prosigue Amadís sus andantes caballerías y torna a alterar su nombre por el de Caballero de la Verde Espada y Caballero del Enano (ibid., LXX, iii, 705); al volver a la corte del rey Lisuarte, todavía sin restablecerse la amistad entre ambos, Amadís se transforma en el Caballero Griego (ibid., -

LXXVIII,iii,775). Ya en Esplandián, (Esplandián, LXIII, LXIV, 467-468) al tomar el trono de Lisuarte se le llama Rey de Gran Bretaña. Como podemos ver, desde su condición de "caballero andante pobre" (Amadís, CXIX, iv, 948) hasta la de rey de la Gran Bretaña, Amadís no sólo ha ganado honra y trono, sino que ha mudado su nombre con una suprema libertad. Palmerín es sucesivamente el Caballero de la Fortuna (Palmerín, XVIII, i, 33-34), Palmerín de Inglaterra (ibid., -XLVIII, i, 83) y el Caballero del Tigre (ibid., I, ii, 89). Floriano es el Caballero del Salvaje (ibid., XVII, i, 26), el Caballero de las Doncellas (ibid., -XXII, ii, 247) y el Caballero Estraño (ibid., XXXVIII, ii, 299).

Lo mismo ocurre con Guillén de Varoyque (Tirante, I, i, 1063 y XVI, i, 1078) a quien, al cambiar de caballero a ermitaño y de ermitaño a caballero, se le llama "el ermitaño" o se le concede su nombre. Cifar es citado primero como el Caballero Cifar, luego como el Caballero de Dios, y más tarde se le llama el Rey de Mentón. Roberto el Diablo, al mudar sus malas inclinaciones por la vida virtuosa, se le cita como Roberto, Hombre de Dios (Roberto, XXI, 419). Esplandián también, se oculta con el nombre de Caballero Negro (Esplandián, IV, -406).

Para sus enigmáticos fines, el caballero igualmente oculta su nombre no dando ninguno, permaneciendo en el anonimato, técnica que Amadís de Gaula se sabe tan bien y repite hasta el cansancio, y que le vale la batalla donde está a punto de morir a manos de su hijo (Esplandián, XXIX, xxviii, 433-435). Pero no sólo en los personajes principales se opera la mudanza de las personalidades y los nombres, sino también las figuras de segundo plano, por reflejo de los protagonistas. Ribaldo, escudero de Cifar, es hombre rústico, de visión-práctica de la vida, discreto, pero medio ladrón, algo así como un pícaro, y nos lo demuestra en el pasaje en que se roba los nabos de una huerta (1), pero pronto es investido con el nombre de Caballero Amigo (Cifar, p.139, cap.97).

(1) cf. Cifar, 62, pp.112-113; y los estudios de: Richtofen 1954, pp. 61-62; Jules Piccus 1962, p.30; Menéndez Pelayo 1943, p.162; Thomas 1952 p.14.

Gandalín es, por el contrario, escudero discreto y fiel de su amo, cualidades que lo vuelven mensajero idóneo entre las tribulaciones de los amantes Amadís y Oriana, tercería tan frecuente en la literatura española (Amadís, LIII, ii, - 551 passim), más luego resulta el valeroso caballero que sigue el ejemplo de las hazañas de Amadís (Amadís, CIX, iv, 885, 888-9). En el mismo Amadís el ladrón encontrado por Balais "después fue hombre bueno, de buena vida y fue ermitaño" (ibid., XXVIII, i, 435). Tomás de Montalván (Tirante, LXXVI, i, 1167), hermano del famoso Quirieleisón, al ser vencido por Tirante "se metió a fraile en un monasterio de la observancia de San Francisco".

Abies de Irlanda, Arquisil, Trión de Monjaste, Balán el Gigante, el rey Arábigo, para no citar sino algunos personajes, en Amadís, (Amadís, IX, i, 350; - CVI, iv, 877; CV, iv, 874; 1031 y ss., CXXXI, iv; CXXXII, iv, 1035 respectivamente) y el capitán turco en Tirante (Tirante, XXXIII, i, 1100) al enfrentarse al bien, pierden como por iluminación su calidad de villanos para abrazar la bondad de las virtudes caballerescas.

Y no sólo el bien opera transformaciones, sino también lo hace el amor, que tiene el don maravilloso de hacer cambiar a las gentes. Este es el caso de la reina Calafia, la temible amazona pagana que es vencida más por la belleza de Esplandián que por la fuerza de las armas. Aun cuando no logra el amor del joven caballero, termina convirtiéndose al cristianismo, casada con uno de los caballeros de Esplandián (Esplandián, CLXXVIII, 555). La doncella Encantadora, maga temible, es presa del amor que la somete y la lleva a la muerte (Amadís, CXXX, iv, 1014). Las palabras del Caballero de la Gran Torre de la Ribera, señalan los estragos que la pasión amorosa ha hecho en él, al violar la promesa de su palabra, para retener a su doncella: "a mi mismo -dice- no me puedo sojuzgar" (Amadís, CXXX, iv, 1022 y ss.), palabras que nos recuerdan las quejas del ermitaño Beltenebrós, quien, apartando su ser de la trayectoria caballerisca, ha dejado, por el amor, de ser Amadís de Gaula. Leonorina,

disgustada con Esplandián al punto de no quererlo ver, al tenerlo frente a -- sus ojos siente que "son lanzadas fuera de sí las grandes cuitas" y concede -- el perdón a su amigo (Esplandián, CXVII, 518). En el hermoso pasaje de las In-
 3/ isulas Dotadas del Caballero Cifar, la Emperatriz Nobleza, enamorada de Roboán, echa en cara al caballero que el placer "tornástemelo en pesar y tristeza", -- haciendo cerrar las puertas de su "señorío"; y en alterada actitud determina ja-
 más salir de él (Cifar, 212, p. 276). A la reina Briolanja, en cambio, no la -- cambia el amor, sino que ella misma cambia la dirección de sus sentimientos, -- de Amadís a Galaor (Amadís, CXXXI, iv, 958).

Hemos dado sólo unos ejemplos escogidos al azar para mostrar la frecuen-
 cia con que las transformaciones se dan en el caballero y, como prolongación-
 de él, en otros personajes de los libros de caballerías. Tal parece que cual-
 quier hecho, cualquier circunstancia --frecuentemente sólo el capricho-- tiene-
 el efecto de dislocar los engranajes de la personalidad del caballero: tan dé-
 bilmente está la naturaleza caballeresca sustentada. Pero ni la repetida mu-
 tabilidad, ni la tentación literaria nos conceden el derecho de interpretar --
 la versatilidad del caballero y las demás figuras como otra cosa que la sim-
 ple regla del juego de los arquetipos que en la novela de caballerías se redu-
 ce a la aplicación del incremento del misterio y del interés que --rudimenta--
 riamente-- habrán de sorprender y entretener al lector. No siendo personaje --
 de rasgos psicológicos, el caballero poco tiene que perder en la continua --
 transformación, como poco tendrán de faltas los cambios en los personajes --
 transformistas de Lope, Tirso y Ruiz de Alarcón. Si Partinuples parece un --
play boy que vive de su amante la emperatriz, quien le procura toda suerte de
 comodidades, si el caballero seductor Galaor aprovecha, más allá de lo que de-
 biera esperarse, el agradecimiento de las doncellas que ha defendido, si Ro-
 berto el Diablo y Ribaldo han tenido caracteres de pícaros antes de convertir-
 se en caballeros, si Guillén de Varoyque es alternativamente "santo hombre" y

cruel guerrero, si Amadís, Esplandián o Tirante poseen la "discreción", los gustos y los modales del cortesano, es porque el ideal caballeresco es amplio y plano, y los autores de los libros bien pueden darse el lujo de inventar si tuaciones, introducir actitudes nuevas en sus personajes y adulterar, en fin, la esencia del caballero guerrero.

2.- EL CABALLERO GUERRERO Y EL DISCRETO.

Caracteres guerreros del caballero.

El caballero es un personaje comprometido definitivamente con el ideal. - Debe al arquetipo sus caracteres y su conducta, de tal manera que los diversos pasajes que se nos presentan de su vida nos lo muestran en la actividad de realizar cada una de las particularidades del ser ideal. Amplia como hemos dicho que es la imagen arquetípica, lo es también el campo en que se desarrollan sus aventuras. De acuerdo a ello resultan múltiples los móviles que lo echan a andar, ya que, dada la ambición caballeresca de abarcarlo todo, el caballero es guerrero, discreto, santo, etc. Importa, pues, desentrañar de entre todas, su personalidad como guerrero, ya que ésta fue la peculiaridad original de su figura, la que sirvió de punto de partida a sus ulteriores transformaciones.

María Rosa Lida (Lida 1952, pp.258-269) señaló algunos rasgos generales de los móviles de la fama en los libros de caballerías. En el Cifar, comienza diciendo, la búsqueda de fama va acompañada del deseo de medro. En el Amadís -y en el Palmerín de Inglaterra, agregamos nosotros- la fama y la honra son similares y equivalentes a la gloria ultraterrena. En Esplandián y Tirante a la idea del renombre mundano se antepone "la mayor gloria de Dios", por lo que el caballero se torna en cruzado. Fama y honra parecen tener para todos significación similar.

Estas diferencias, es verdad, existen en los libros de caballerías. Pero también es cierto que, a pesar de lo que digan los personajes en Tirante y Esplandián, la trayectoria de los protagonistas desmiente la supuesta idea de la gloria ultraterrena. El carácter del caballero como se nos presenta en los libros de caballerías está lleno de soberbia, de vanidad narcisista, de ambición por elevar el propio nombre sobre el de los demás, de ganar las más grandes empresas que nadie haya podido terminar. Basta mirar un poco de lejos a los caballeros, alejarse de la letra, para ver cuánto aman Esplandián y Cifar, Palmerín y Tirante y Amadís, la fama, el reconocimiento de sus hazañas. "La buena-

fama, se dice en Tirante, XXXV, iii, 1300, es más resplandeciente que oro". Si al
 gún personaje -junto con Don Juan- en la literatura española es buscador de fa-
 ma mundanal es el caballero. El renombre es una finalidad que, de tan eviden-
 te, tiene que sobreentenderse en el caballero; y aunque a veces parezca que al
 caballero lo mueve la inercia, oculta entre otros motivos permanece la fama. El
 caballero trata de ser un ejemplo, y para ello necesita de un público, tan-
 to en su lugar apartado de la Peña Pobre, transformado en ermitaño, como en la
 empresa contra el turco. A veces no sólo es ambición de fama, sino envidia de
 las hazañas del otro, lo que lo lleva a la proeza, como en Palmerín, donde la-
 fama de una empresa no lograda atrae a los caballeros para ganarla, peleando -
 el caballero con el amigo, con el padre, con el hermano (Palmerín, IX, i, 108).-
 El Caballero Extraño al oír los elogios del emperador a Palmerín, exclama que-
 se batirá con él para que "quede conmigo el crédito que dél tenéis " (ibid.,
 XXX, i, 51). También en el Amadís, LVIII, iii, 580, a Galaor, Florestán y Agrajes -
 "pesó mucho" la honra ganada por Beltenebrós. Las citas a que aduce María Rosa
 Lida servirían en todo caso para contrarrestar la excesiva arrogancia caballe-
 resca, anteponiéndole al caballero la persecución de la gloria de Dios y dis-
 culpando así su soberbia.

La fama es algo que el caballero puede permitirse -"la más noble de las -
 pasiones terrenas" dice María Rosa Lida-, pero hay algo que debe rechazar el -
 caballero acremente: los bienes materiales. A pesar de su interés por los "se-
 ñoríos", destacados por María Rosa Lida, op.cit., 1952, pp. 258-259), Cifar, ahora-
 el rey de Mentón, dice que las riquezas son "pérdidas para el cuerpo y para el
 alma" (Cifar, 158, p. 207). En Palmerín, (XLII, i, p. 78) se aconseja que el caba-
 llero no debe buscar señoríos en sus empresas, y si por sus hechos los obtiene,
 debe honrarlos, pues "natural es de las personas singulares codiciosas de fama,
 no honrarse tanto de los señoríos, cuanto ellos [los señores] han de ser honra
 de ellos. Se dice también que las riquezas han de ser "para dallas y no para-
 guardallas" (ibid., XXIII, i, 41). De Amadís se dice que era un "caballero andan

te pobre" (Amadís, CXIX, iv, 948) y "un caballero que nunca alcanzó sino armas y caballo", probablemente para acentuar los méritos del de Gaula, pues nosotros sabemos que ha ganado la rica Insula Firme, y que, además, es hijo de reyes - no tan pobres. El orgullo por la pobreza -emparentado con la idea de sacrificio que veremos más tarde-, como prueba del desinterés del caballero por los bienes y las riquezas, se destaca en el pasaje en el que Amadís, tomando el hábito de ermitaño para vivir "en un lugar muy esquivo y trabajoso de vivir", renuncia a su vida caballeresca para vivir en la Peña Pobre. Vestido de un "tabardo de gruesa lana", apenas si come un poco de pan y pescado (ibid., - XLVIII, ii, 525-528). En Tirante se habla ya más explícitamente de los bienes; ya se llama a alguno de ellos "dinero" y oro. El caballero debe despreciar los, y a aquel que los prefiera al servicio de la caballería, se le habrá de injuriar y privar de su investidura, llamándole traidor (Tirante, XXXIV, i, - 1102). Tirante, de acuerdo con estos principios, muestra su desinterés; ante el maestro de San Juan que pretende retribuirle sus servicios, él se excusa "con mucha gentileza... que no quiso recibir cosa alguna de lo que le daban" - (ibid., XIII, ii, 1207). Al despedirse del ermitaño, Tirante muestra su generosidad, pues "deja gallinas y capones y otras vituallas para más de un año" - (ibid., LXXXI, i, 1175), sin embargo sabemos que el caballero anda escaso de fondos, pues ha mandado a su criado, que se ha perdido después, a casa de sus padres "porque le faltaron dineros", a conseguirlos para poder él trasladarse a Escocia, donde debía hacer una batalla (ibid., LXV, i, 1152). Uno no entiende cómo, dadas las lastimosas circunstancias económicas en que se encuentra, lo haya podido aceptar la Orden de la Garrotera, que obliga en su reglamento a los caballeros, para ingresar en ella, a "poner allí todos sus bienes" - ¿Cuáles? Se pregunta uno. ¿Será que cede los bienes de sus padres? Y luego, ¿con qué dineros compra las "gallinas, capones y otras vituallas" que deja al ermitaño?

La generosidad es otra de las particularidades del caballero. Amadís reparte lo conquistado -señoríos y reinos- entre sus compañeros (Amadís, CXXIV, iv, -973), pues la conquista de feudos y castillos hace pensar al caballero que -- los bienes deben cederse a quienes conocen de ellos (Palmerín, LV, i, 97; LXXVI, i, 134).

Junto al desprecio por la riqueza, existen otras notas que caracterizan al caballero. Por ejemplo la voluntad. Amadís destaca su importancia al decir de sí mismo que "es de poco saber y gran voluntad" (Amadís, CXXIV, iv, 973). En otro lugar se dice que la voluntad merece ser apreciada, pues "de ella nace el efecto de lo bueno" (ibid., CXII, iv, 905-906). La voluntad del caballero es su esfuerzo por proseguir hazañas sin descanso; es la fortaleza que le nace más del corazón que del entendimiento y que lleva a Cifar a pasar de caballero rechazado por su señor a rey de Mentón. Es la fuerza que hace que Palmerín -- realice los hechos que ningún caballero ha terminado, y la que mueve a Tirante a ser nombrado "el mejor caballero" (Tirante, L, i, 1120-1121). Por esa energía ilimitada que nace al caballero del pecho puede decirse con Galaor que "no hay en el mundo más fuerte ni mayor cosa que el corazón del hombre" (Amadís, - - CXXXII, iv, 1033), pues es "el corazón el que da fuerzas" (Palmerín, LVII, i, 102). La voluntad hace al caballero enemigo de toda flaqueza, como también contrario a toda posición pasiva. El caballero debe rechazar toda comodidad, toda tranquilidad y, por ello, debe huír de la vida ociosa de palacio, pues el compromiso del caballero con la incesante aventura le impide el asueto. "Ca bien os digo, señor, que la mayor mengua que me asemeja que en caballero puede ser ésta: en se querer tener vicioso y no usar de caballería así como le conviene; porque dándose el hombre al vicio pónese excluído y desampárase de las cosas en que podría haber mayor honra de aquella en que está". Se dice en el Cifar, -- 122, p.167. Por eso "Algunos, sin razón, comenzaban a escarnecer su detenimiento" en la corte a Palmerín (Palmerín, LIV, i, 95), y Floriano "corrido de estar tanto tiempo en la corte, tomando licencia del rey... se partió" (ibid., LKV, i,

115). Asimismo Amadís, que a ruego de Oriana permanece inactivo en la corte de Perión, decide proseguir sus hazañas, abrumado por la murmuración de los envidiosos (Amadís, LXVIII, iii, 683), y don Bruneo, aun gozando las atenciones y la presencia de Melicia, deberá lanzarse de nuevo a la aventura (ibid., p. 680).

Por eso dice el anciano moro Abdallá a Tirante que "la virtud por ociosidad y delicaduras viene a menos" (Tirante, XXXV, iii, 1295). La voluntad del caballero es un fin en sí misma y es lo que hace que el caballero esté siempre cerca de la muerte (Amadís, LXXXV, iv, 818), luchando sólo por el puro placer de la hazaña. Tanta fuerza tiene la voluntad que parece sobreponerse por encima de los demás móviles que echan andar al caballero, de manera que parece que la honra, el amor, la búsqueda de fama incluso, no son sino datos, pruebas que al caballero le son impuestas para demostrar el temple de su espíritu.

En contadas ocasiones se da la edad de los caballeros, o se especifica el tiempo transcurrido para calcularla, pero poco importa, pues la juventud es otro de los rasgos que por evidentes uno tiene que sobreentender, dada la precocidad caballeresca de los protagonistas, en que se insiste en casi todos los libros de caballerías. Los hijos del rey de Mentón "eran de buen recaudo y de gran corazón", por lo que "todos se maravillaban mucho de... estos mozos..., teniendo que otros de mayor edad que no ellos no lo osarían cometer" [La derrota de los ladrones] (Cifar, 89, p. 132-133). Amadís muestra desde adolescente -le llaman el Doncel del Mar- el esfuerzo y la vocación caballeresca y "en esta sazón era de doce años y en su grandeza y miembros parecía bien de quince" (Amadís, IV, i, 328). En el episodio de Briolanja Amadís "no pasaba de veinte años" (ibid., XL, i, 481). Galaor comienza sus caballerías algo más tarde que su hermano, pues "siendo ya en edad de diez y ocho años, hizo se valiente de cuerpo y membrudo" (ibid., V, i, 336). De Esplandián se dice en Amadís, que, aunque tiene doce años, es "de buen donaire" y "muy bien acostumbrado de todas sus cosas", aunque no se alude a su vocación caballeresca - -

(Amadís, LXXV, iii, 758). Sus aventuras debemos esperarlas hasta el Esplandián, en que lo vemos ya "muy fuerte y muy bravo de corazón", "siendo tan mozo" y -- "de poca edad" (Esplandián, III, p. 406). Cuando Tirante el Blanco es nombrado "el mejor caballero" por el rey Enrique, se dice que tiene 20 años (Tirante, - LIII, i, 1127). Palmerín, no bien ha sido armado caballero --en los libros de -- caballerías esto ocurre en la adolescencia--, combate tan bravamente en los -- torneos, que sobresale entre los demás. El emperador considera que la bata-- lla realizada por Palmerín es la mayor de todas las que ha visto (Palmerín, - XI, i, 21-22). Oliveros y Artús "en los ejercicios corporales --ya en edad de -- 'menear armas'--..., ninguno igualaba a ellos", y se sobreentiende que son -- adolescentes, pues pocas líneas antes se hablaba de su niñez (Oliveros, V, i, - 452). Canamor es "un infante muy cumplido de virtudes y muy valiente caballe ro" (Canamor, Introducción, p. 527). Todo ello, pues, nos lleva a situar al ca ballero en la juventud, en una forma tan absoluta, que cuando el caballero de cide tomar estado y asentarse, cambia de nombre, y --lo más grave-- comienzan a aparecer en él signos de decadencia.

Sin embargo, a pesar de la fuerza ilimitada que le confiere la juventud-- al caballero, su vida se ve ceñida a un código caballeresco. Dice una de las normas: "Los nobles están más obligados para con el príncipe que los demás -- hombres", (Raimundo Lulio Príncipes 1949, cap. III, p. 139). Y también: "Es ofi cio de caballero mantener y defender a su señor terrenal" (Raimundo Lulio Li bro del Orden 1949, parte segunda, p. 32). La vinculación del caballero con el feudalismo (como vimos en la parte primera-- caracterizaron la figura caballe resca con la particularidad invariable de su sometimiento al rey, rasgo que -- aparece citado también en los libros de caballerías. "Temed a Dios, porque -- le debéis de temer, y obedeced al rey, porque le debéis obedecer" se dice en Cifar (131, p. 175). Amadís sufre una especie de destierro injusto por el rey, al que respeta y ha defendido en más de una vez (Amadís, LXIII, ii, 623). A Ci-

far le ocurre otro tanto al comienzo de la obra (Cifar, II, pp. 67-68). En Ti-
rante se señala que "la mayor infamia que el caballero puede cometer en este-
 mundo es ir contra su señor natural" (Tirante, XXVI, i.1094), y por muchas inju-
 rias o despojos que el súbdito sufra por parte del rey no deberá rebelarse —
 contra él. Las palabras son de Guillén de Varoyque quien añade que el caba-
 llero debe defender a su señor en caso de peligro. El mismo sirve de ejemplo
 de esto último cuando asiste y ayuda al rey de Inglaterra (ibid., VII, i, 1070).
 Pero el propio Varoyque dice al monarca que es "de flaca complexión" para lu-
 char contra su enemigo, y por tanto, hace que los nobles acepten la incapaci-
 dad regia, obligando al monarca a abdicar para dejar el trono al propio Gui-
 llén (ibid., XIV-XVI, i, 1076-1078).

El caballero parece decidir su propio destino con independencia del mo-
 narca, de suerte que las proezas de los libros de caballerías no son proezas-
 encomendadas por el rey, sino proezas elegidas libremente por el caballero. -
 (Esta libertad permite al caballero por encima de las normas caballerescas a-
 que hemos aludido) enemistarse y pelear contra el monarca, como en el caso de
 Amadís (Amadís, CVI, iv, 878). ¿Es ésta otra de las innumerables transformacio-
 nes del caballero? Evidentemente. Para nosotros lo que se dice —y aun lo —
 que se muestra— sobre la sujeción del caballero al rey, sobre los deberes del
 guerrero a su señor, son una mera fórmula medieval que los autores tienen del
 caballero y que aceptan en principio; pero poco después, al echarse a andar -
 la novela y al incrementarse la acción, muestran la poca convicción en estas-
 ideas. El caballero con su obligación con el rey se había vuelto un lugar co-
 mún; la épica había presentado de qué manera dicho deber funcionaba; pero ya-
 en la Baja Edad Media, sin saberlo tal vez los autores mismos, comenzaban a -
 ponerlo en entredicho. La idea de la autoridad medieval, del inflexible de-
 ber, cedia el paso a una racionalización sobre lo necesario o no del princi-
 pio de autoridad (cf. infra., "El servicio a la Cristiandad").

Hay otras figuras de las que emana autoridad por la sabiduría que las caracteriza. Son los ancianos, los padres y los consejeros. Nasciano, Perión, Don Grumedán en el Amadís son figuras de fondo que en algún momento intervienen decisivamente. Nasciano es quien concierta la paz entre Amadís y Lisuarte; quien descubre y perdona la unión secreta del protagonista y Oriana, que terminará en el feliz casamiento de ambos (Amadís, XIII, iv, 906-916). Perión, padre de Amadís, decide la resolución de paz o guerra con Lisuarte, aunque el problema pertenezca más a Amadís (ibid., CXIII, iv, 915). Don Grumedán, amo de la reina Brisena y consejero del trono, asiste a sus señores cuando obran injustamente, aconsejándoles prudencia y juicio, pues es "muy leal caballero y gran sabedor de todas cosas de honra" (ibid., LXIV, ii, 633), y, por último, - - acompañando a los reyes en sus últimos días (ibid., CXXXIII, iv, 1042). Pero — son estas intervenciones de las gentes mayores definidas por obra de las circunstancias, pues la libertad del caballero pasa frecuentemente por encima de ellos. Perión parece más servidor de la causa de su hijo que figura de verdadera autoridad, como se demuestra en el viaje que para ayudar a su hijo hace desde Gaula (ibid., CVII, iv, 880 y ss.). El ermitaño que ayuda al rey Enrique en Tirante, se transforma en el Caballero Guillén de Varoyque, es decir pierde su calidad de consejero, de anciano respetable para tomar en sus manos el destino de Inglaterra (Tirante, VII, i, 1070). Y es Varoyque, otra vez convertido en ermitaño, quien alecciona al joven y bisoño Tirante en las artes caballerescas (ibid., XXXI, i, 1098 y ss.). Pero ¿no son todas las figuras del consejero viejo una concesión a la figura del anciano respetable? Por un lado — hay toda una proliferación de ancianos sabios y consejeros en los libros de caballerías, y por otra parte la autoridad que representan las personas mayores no influye en la trayectoria ni en el cambio de juicio de los caballeros. Persiste la reminiscencia de la antigua vida medieval, pero también, más fuertemente, se agudizan las particularidades del caballero discreto, que si no -

alcanza la sabiduría, sí reúne en sí la discreción y el juicio que hace meramente decorativas y tangenciales las figuras de los consejeros. Los caracteres específicamente guerreros del caballero, que estudiaremos a continuación podrán acaso aclarar más esta idea. /

Agrajes, el guerrero.

Uno de los personajes más interesantes del Amadís y en general de todos los libros de caballerías es Agrajes. Parecería que a él no llegaron los artificios del ideal caballeresco a hacerse tan notorios como en los protagonistas; junto con don Galaor forma Agrajes el contraste necesario para resaltar la figura de Amadís, prototipo de todas las virtudes caballerescas. Agrajes muestra, quizá por su poco compromiso con el ideal del caballero, rasgos de carácter, y no es sino en el libro IV cuando éstos comienzan a tener relieve, cuando el personaje comienza a manifestarse libremente. Agrajes es un guerrero belicoso, un hombre hecho en la batalla, que ama el oficio de las armas, al grado de parecerle la guerra la solución única para las rencillas de los hombres. Desconfía de las soluciones artificiosas de paz entre Amadís y Lisuarte. El rey ha ofendido grandemente al de Gaula y a todos los caballeros-amigos, les ha herido la honra, y este hecho no admite arreglo alguno sino por medio de las armas. "Tengo por mejor la guerra conocida que los tratos y concordia simulada" (Amadís, XCIX, iv, 858) dice por eso ante la intención del de Gaula de arreglar la paz con el rey. Las palabras de Agrajes molestan a Amadís y surge el contraste: Amadís toma las armas cuando es necesario hacerlo y siempre contra una injusticia, pero ahora están en juego como en el Cid de Guillén de Castro el cariño y la fidelidad que debe al rey Lisuarte y el hecho de ser Lisuarte el padre de la amada; y por la otra parte, la honra lastimada y la injusticia cometida a Oriana al desheredarla. Lo asiste la razón en la lucha, sin embargo él es un discreto, es decir, un hombre que, anteponiendo el juicio a la precipitada decisión, piensa que "la concordia por algu-

na manera se podría hacer". Amadís reflexiona y ve que ya se han agotado todos los medios de concordia, y, por tanto, tiene que aceptar que lo último por hacer es la guerra contra Lisuarte. Y la guerra se hace. Ya en campaña, Amadís rehuye enfrentarse al rey, mas "de Agrajes os digo que su pensamiento estaba muy alejado del de Amadís": desea encontrarse con Lisuarte para vengar la afrenta hecha a los caballeros. "Y con esta gran rabia...muchas veces se hubiera de perder en aquella batalla..por matar o prender al rey Lisuarte" — (ibid.,CIX,iv,889). A la primera ocasión se lanza contra el injusto señor — gritándole: "A mí, rey Lisuarte, que yo soy el que más te desama" (ibid.,CXI, iv,899). Afortunadamente intervienen otros caballeros, que evitan un funesto desenlace.

El odio de Agrajes no se acaba en el choque contra el rey, y, cuando casi vencidas las tropas de Lisuarte, Amadís decide interrumpir la lucha por la llegada de la noche "que así podríamos matar a los amigos" que están entre los caballeros de Lisuarte, el impulsivo caballero exclama: "¿Cómo, señor primo, ahora que tenéis a vuestros enemigos vencidos y desbaratados y estáis en disposición de quedar el más honrado príncipe del mundo los queréis salvar?"— Amadís responde, de nuevo sensatamente; trata de apaciguar la impetuosidad ciega de Agrajes, haciéndole ver cómo la gente de Lisuarte está ya abatida, pero es inútil serenar a un carácter tan violento como el de Agrajes; ahora la agresividad del caballero se vuelve contra Amadís, a quien reprocha una piedad tan fuera de lugar: "Pues no queréis vencer, no debéis señorear, y — siempre seréis caballero andante, pues que en tal coyuntura os vence y niega la piedad". El rey Perión, antes que Amadís pueda contestar, interviene oportunamente, dispersando a todos los caballeros (ibid.,CXI,iv,902).

Agrajes deja sentir su rencor por Lisuarte otra vez más. Cuando sobreviene la reconciliación entre el rey y Amadís, Perión ordena a Agrajes que permanezca atrás de las filas "por la saña que conocía tener él con el rey Li

suarte y por no le poner en afrenta". El rey Lisuarte, saludando a todos los valerosos caballeros, extraña no ver a Agrajes entre ellos y pregunta por él. Perión interviene de nuevo con la excusa de haberlo dejado cuidando la retaguardia. Lisuarte insiste en verlo, y Amadís se ofrece para ir a buscarlo. Agrajes recibe a Amadís con palabras duras contra el rey; "quiera Dios que os sea mejor agradecido...este acorra...que los pasados, que no fueron pocos...pero...la pérdida y el daño sobre él ha venido, que así ha placido a Dios que sea, porque su mal conocimiento lo merecía". Pero "a vos place que le vea, -hágase". Ya caballero y rey están frente a frente, y Lisuarte se adelanta a abrazar a Agrajes. "¿Cuál ha sido para vos mayor afrenta, estar ahora conmigo abrazado o cuando estábamos en la batalla?" pregunta el rey sonriendo a Agrajes. El caballero, no depuesto todavía el rencor, contesta: "Señor, más tiempo será menester para que con detenida verdad pueda responder a esto que me preguntáis" (ibid., CXVII, iv, 933-934).

Por lo inusitado, es bello el retrato de este caballero que nos da Montalvo. No hay quizá en los libros de caballerías otro personaje tan convincente en la fuerza de su carácter, en su proceder y en su actitud fuera de la convencional caballería, en sus pronunciados tintes guerreros. Es la imagen del joven belicoso, entregado por temperamento a las armas. Es fresca su altanería y su actitud soberbia ante el mismo Amadís, de quien es contrapunto. Es, en resumen, un carácter bien dibujado, en oposición a los personajes de Cifar, Amadís, Palmerín, Oliveros o Esplandián no caracterizados por rasgos psicológicos. Por eso es relevante su figura entre tantos personajes de la caballería bretona. Los caballeros se pierden en el común denominador de la discreción, del bien, del juicio, del compromiso con el ideal caballeresco; -parecen tibios remedos del guerrero. Si no es por los continuos duelos, torneos y guerras que se refieren de los protagonistas, no podríamos saber por su carácter que son, originalmente, guerreros. Agrajes es el ejemplo de la tra-

vectoria no seguida en los libros de caballerías; si el discreto piensa para actuar, el guerrero obra apresurada y violentamente, sin reflexión de por medio. Y así es Agrajes. Inútil sería compararle con otros personajes, pues se distingue de ellos igual que de Amadís. Ni siquiera Tirante, el capitán, el militar de táctica e ingenio, podría acercársele, pues Tirante, lo vemos y se nos dice, "más tiene de ingenio que de fuerza" (Tirante, LXIV,i,1151), guerra conforme a nueva estrategia, reflexiona y practica nuevas tácticas, sorprendido de la "ballesta desencabalgada que ahora nuevamente han inventado" - (ibid., LXXXIII,i,1180). Tirante "más sabe de la guerra -dice el condestable al emperador- que cuantos hombres yo he visto ni he oído nombrar" (ibid., --- XXXVII,iii,1302; también cf. Alonso 1961, pp. 211-218). Su diferencia respecto de Agrajes, en última instancia, es la diferencia entre Aquiles y Odiseo, entre la fortitudo y el ingenio (Curtius 1955, tomo I, pp.246-250).

De esta suerte, faltando el carácter -o los rasgos predominantes- del guerrero, lo que permanece son las batallas del caballero, pero el espíritu épico, guerrero, se inhibe por su atadura al código caballeresco y por la nueva imagen cortesana del caballero que los autores tienen en la mente. Es cierto que, reunidos, los duelos y las batallas abarcan muchas páginas, pero analizando las batallas, éstas se describen con un sentido de la urbanidad que las hace semejar juegos galantes de un salón de la corte. Compárese, por ejemplo, el movimiento casi de ballet de las escenas en la corte del rey Lisuarte (ibid., CXI,iv,898-903); ^{el duelo} ~~la muerte~~ entre Lisuarte y los siete reyes (ibid., --- LXVIII,iii,686-687), aparece como una justa cortés: las doncellas asisten a la batalla desde las torres y arengan a los caballeros. La misma escena se repite frecuentemente en el Palmerín (Palmerín, LXI,i,109): se vuelve sobre los episodios en que las "lanzas fueron quebradas" conforme a un lugar común de la literatura caballeresca, se evita lo sangriento, salvo en el Tirante el Blanco, ~~novela valenciana del siglo XV~~, en donde se da pormenores de la bata-

lla, de las heridas y la sangre derramada y aparece la crueldad del guerrero (Tirante, XXIV, i, 1088). El propio Tirante nada menos dice que "todos los caballeros que quisieran bien usar y seguir las armas y la orden de ellas, por haber renombre y fama, han de ser crueles y tener silla en medio del infierno" (ibid., LII, i, 1124). También en este libro se dan pormenores de los usos, -- procedimientos y ordenanzas militares (ibid., LXIII, i, 1144; LXXVIII, i, 1170 y ss.; LXIV, i, 1150 passim). Pero en el Tirante, además de los rasgos que señalamos al compararlo con Agrajes, si bien persisten las normas del código caballeresco (cf., ibid., XXX-XXXVI, i, 1097-1104; LXXVI-LXXXI, i, 1170-1174 passim), se dan algunas características del nuevo militar que sirve ya a un fin determinado. La excelencia caballeresca es ya "dignidad militar" (ibid., prólogo, - p. 1061; también Alonso 1961, p. 207).

Se describen prolijamente también en los libros de caballerías las ceremonias de investidura caballeresca (Amadís, CXXXIII, iv, 1048; Palmerín, XI-XIII, i, 22 y ss.; Tirante, LXXVII-LXXX, i, 1170 y ss.; Cifar, 201, pp. 256-258), más por lo que tienen de espectáculo cortesano que por interés por lo guerrero. Este mundo híbrido, caballeresco cortesano, no es sino la encarnación de los conceptos del caballero ideal que quedaron reducidos a los códigos caballerescos, envejecidos, anquilosados y repetidos. Ya en el Esplandián, el protagonista rechaza la antigua caballería de su padre, tachándola de anacrónica e inoperante (Esplandián, XXIX, p. 434) y éste es un dato que, junto con el de Tirante, importa citar para ver la transición del antiguo caballero al guerrero movido por un interés expreso e inmediato. El arquetipo caballeresco de la Baja Edad Media aspiró a la perfección en todos los órdenes ("El caballero -- se dice todavía en el Tirante, XXXI, i, 1099- debe tener virtudes que a otro hombre no pertenecen"), y, a fuerza de reunir ambiciones diferentes y aun -- contrarias al guerrero, logró superar la figura de éste. El guerrero es una limitación de la imagen del hombre; es sólo un aspecto de él y, por tanto, --

se opone a la tendencia universalista del caballero que quiere reunir todas - las perfecciones en sí; el guerrero no es un arquetipo, sino un personaje social al que falta idealizar para llegar a serlo, para alcanzar la categoría - de héroe. Por eso es grande la distancia entre el guerrero y el caballero. - Sépara al guerrero del caballero el hecho de que el guerrero es sólo parte de la imagen caballescica, porque si la ambición heroica mueve al caballero, tam - bién existen junto a ella otras ambiciones. El personaje que nos muestran - los libros de caballerías posee las cualidades del caballero y trata de con - vencernos de su vida guerrera, aunque, subterráneamente, aparecen rasgos que se apartan de la vida del guerrero en la inhibición bélica, en las reglas del código caballescico y en la aceptación de nuevas formas de vida, que, admi - tiendo en parte al guerrero, pueden sin embargo ser más flexibles. Parecería que el caballero guerrero, ya incapaz de enfrentarse a los nuevos tiempos, tu - viera que salvarse por la inyección de las nuevas ideas renacentistas. ^{Se} No - obstante que existen asomos de crítica del caballero en las obras más inteli - gentes del género, también hay mucho de veneración, de amor, por su figura en todo este despliegue galante hecho a propósito de la vida guerrera.

Decadencia del caballero.

"Primaleón mirando a todos con los ojos por partes, estuvo mirando la mu - danza que el tiempo había hecho en toda aquella gente, que el emperador ya es - taba muy diferente de como solía, y Gridonia con mucha parte de su hermosu - ra perdida" (Palmerín, LII, i, 91).

Si se tiene en cuenta que a quienes Primaleón ve con ojos atónitos son - el notable caballero Palmerín de Oliva y Gridonia, esposa de Primaleón y anta - ño célebre por su belleza, se entenderá la desazón del caballero que, de pron - to, ante tamaña evidencia, parece darse cuenta de la huella que deja el tiem - po. Sí, porque ~~una~~ cuando el caballero parezca mostrar una potencialidad que iría más allá de los estragos del tiempo, sus aventuras deberán cerrarse. El autor, que ha exaltado los años mozos del caballero a la categoría de edad do - rada, identificando a la juventud con la caballería, deberá -¡oh dolor!- --

describir a sus personajes en trance de decadencia. La antinomia de la juventud y la vejez aquí se hará más ostensible, y, con toda la nobleza que puedan irradiar las figuras del anciano, lo cierto es que, para el autor, ellos no son sino hombres vencidos por el tiempo, hombres a los que los años han obligado a rechazar toda caballería. En el mismo pasaje, las noticias traídas -- por Primaleón a palacio causan tal entusiasmo en el emperador, que éste, exaltado, "da mil muestras dello", tan desmesuradamente, "que parecía cosa nueva en hombre tan sabio". Y es que el emperador "está blanco de la mucha edad" y carece ya de la cordura y, naturalmente, de la temperancia del caballero; nada hay en él que nos haga recordara aquelsin par caballero Palmerín de Oliva ~~Palmerín~~ (ibid., p.92). En el Amadís, ya en los últimos capítulos, se dice que el rey Lisuarte después de ser vencido por Amadís, está en "edad de reposo y sosiego", pues tiene "la voluntad envejecida". El hecho se demuestra poco más adelante cuando el pobre rey es engañado por unas doncellas que lo llevan preso en su navío (Amadís, CXXXIII, iv, p.1037-1038). La reina Brisena --aquella bellísima mujer del comienzo de la obra-- también muestra en su comportamiento las señales de la vejez; comete necedades que nos mueven a risa, como en el pasaje en que, al enterarse de la desavariación de Lisuarte, sale ella misma a buscarle con algunos caballeros, montada en ancas sobre el caballo de don Grumedán, quien se pregunta "dónde es huída [la] gran discreción regia" (ibid., p.1040). Las mismas desorbitadas actitudes aparecen también en el comportamiento del famoso caballero Guillén de Varoyque, ahora ermitaño, cuando es -- llamado a la corte por el rey de Gran Bretaña. Entonces al duque de Bataforte hace una broma ingenua el anciano, que reacciona en forma tan violenta contra el pobre duque, que el rey se ve forzado a meter al de Bataforte a prisión (Tirante, XIII, i, 1075-1076). La propia Urganda ha envejecido, y así se dice de ella que tiene "sus oanas cabellos por las espaldas" (Esplandián, -- CLXXXIII, p.560) y ella --la "sabidora", la maga-- es presa por las artes de la --

infanta Melia (ibid., CXXI, 521).

Mas así como se muestra la desmesura de la vejez en tan altos personajes, así también se describe el patetismo de esa edad en la estupenda escena del Palmerín de Inglaterra en que el emperador Trineo y la emperatriz Agriola, al pasar la noche, después de muchos años, en la cámara que presenciara las amorosas entrevistas de su juventud, "hízoles tamaña soledad [nostalgia] pensar en aquel tiempo pasado, que si entonces pudieran tornar a él de nuevo...lo hicieran entramos á trueco de su señorío". Los ancianos, de la mano, recorren los pasillos recordando cada lugar, cada ventana, cada pared de la cámara (Palmerín, XLIV, i, 78-79). Pero, en fin, estos ejemplos son la muestra del punto opuesto a la juventud caballeresca, y hay, en los libros de caballerías, otros matices entre estos dos polos que conviene anotar. Como telón de fondo, importa haberlos citado.

Todo parece indicar que la trayectoria de las aventuras caballerescas — inicia su oclusión cuando surge algo que detiene la carrera andante del caballero, cuando un nuevo estado le impide continuar sus hazañas, poniendo un di que a su impetuosidad. Los "señoríos", el gobierno de un reino, el beneficio ganado por la propia industria o concedido por el rey, señalan el establecimiento del caballero y lo desplazan de la actividad andante a un lugar fijo.— El guerrero incansable que desdeñaba a las cortes (Amadís, LXVIII, iii, 680 passim), para continuar sus aventuras, celoso de su fama, se vuelve ahora gobernante. El andante caballero Cifar se vuelve rey de Mentón "para quien la posesión de un reino representa la cumplida honra" (Lida. 1952, p.260). Y así sucede con Garfín a quien su condición de propietario de tierras lo hace permanecer al lado de su padre, pues dice Cifar que "No sois bien sano de la herida que tenéis" (Cifar, 103, p.148). Más adelante y a ruego de Roboán de salir a hacer caballerías, la petición "pesé mucho al rey, ca tenía que se no quería partir de esta demanda... y dijole así <<Roboán, por amor de Dios, —

que vos no queráis partir de esta tierra do hizo Dios gran merced a mí y a — vos, ca andando por tierras extrañas pasa hombre muchos trabajos y muchos pe- ligros, y aquí habéis vida holgada y todo se hará y se ordenará en el reino — así como vos mandareis» (ibid., 122,p.167).

Urganda la Desconocida aconseja a Amadís tomar "ya vida nueva, con más — cuidado de gobernar que de batallar". "Da reposo —continúa— a tus afanados — miembros..., que así como con tu sola persona...a muchos socorriste..., así ahora con los grandes estados...te convendrá ser de muchos socorrido" (Amadís, CXXXIII, iv, 1048). Sin embargo, previamente a su adopción del papel de go- bernante, hay un hecho que muestra la decisión que el caballero ha tomado de establecerse, y que señala un cierto sentido de independencia frente a sus ma- yores y, por tanto, una cierta madurez en él. Pues si, como hemos asentado an- tes, el caballero joven se caracteriza por la sujeción que impone a sus actos la voluntad de las gentes de respeto —el rey, el padre, el anciano discreto—; y si esta actitud es signo de inmadurez caballeresca, el matrimonio, que ven- dría a resolverse en la adquisición de señorío caballeresco y en su emancipa- ción del rey, señala rasgos de libertad en el personaje. (cf., infra, "Las — uniones secretas"). Aun cuando Amadís haya ganado para sí la Ínsula Firme y — sea llamado señor de ella, éste no es el hecho definitivo que le confiere li- bertad, sino que lo es el de su inminente unión con Oriana; por eso el distan- ciamiento entre el héroe y Lisuarte se torna en rompimiento cuando Amadís — —contraviniendo la voluntad del rey— libera a Oriana. El hecho ocurrido reve- la la libertad del héroe, puesto que del choque entre la caballería de Amadís y la de Lisuarte, la de éste es vencida, trayendo como consecuencia la fama y el encumbramiento de Amadís como señor. Las bodas entre los enamorados que — ocurren después nos muestran a Amadís, ahora sí, asentado definitivamente co- mo el señor de la Ínsula Firme. Ahora ya no son los personajes Amadís y Oria- na, caballero y dama, sujetos a la voluntad real, sino los señores de la Ínsu- la Firme, por lo que Amadís puede pensar que "ni la bondad de su padre en ar-

mas, ni la hermosura de su madre no igualaba...a la de él y Oriana" (ibid.,-- CXXX,iv,1018). El caballero está en la plenitud de su vida: ha adquirido renombre en todos lados, su discreción le ha valido ocupar dignos lugares en la corte de reyes y emperadores, posee bienes y riquezas, y ha obtenido el amor de la dama de su corazón. Sin embargo, en este momento el caballero comienza a experimentar un nuevo cambio. El matrimonio es un paso definitivo que no se realiza sin una transformación; si el seductor Floriano del Desierto cambia,-- por el matrimonio, a caballero "muy enamorado della [su esposa]..., que parecía no ser él" (Palmerín, L,ii,331-332), ¿qué no habrá de suceder con el caballero fiel, el amante virtuoso? (cf., infra, "Algunos personajes vistos ...").

Entonces comienzan a aparecer síntomas del cambio: el caballero va hacia la decadencia rápidamente, sin previa edad madura. Antes, como hemos visto,-- la quietud y el ocio de la corte desesperaban al caballero (cf.,supra, "Caracteres guerreros del caballero"), quien pronto salía de palacio para lanzarse a proseguir sus caballerías, pero ahora, después del desposorio, el caballero queda sujeto, no sólo a su reino sino a su esposa. Ante la marcha de los demás caballeros, que van a conquistar tierras dejando solo el reino, Amadís se queda en su casa. No acostumbrado todavía al sosiego que le impone su nueva condición de señor y marido, Amadís suplica a Oriana le permita ir a proseguir sus aventuras, siguiendo a sus compañeros, pero Oriana --al fin mujer, (y los libros de caballerías son misóginos)--, haciéndose la desvalida niega el -- permiso, pues "no tenía otra consolación ni compañía sino a él", con lo que -- Amadís "era puesto en grandes congojas", temiendo que "en aquella vida se podría oscurecer y menoscabar su fama"; de cualquier manera obedece a su señora, y, ^{al} ~~en~~ cambio: ~~a~~ su anterior vida andante, se dedica, junto con Grasandor, a la cacería (Amadís, CXXVII,iv,985). Es tal la sumisión de Amadís a su amada esposa --sumisión que es bien distinta a la del caballero joven por su dama--, que al aparecer una aventura que reclama su intervención, Amadís sale a es--

condidas de Oriana, pues teme enojarla y, para no vérselas con ella, le deja un recado con Grasandor en el que le pide perdón por la desobediencia. Como va desarmado, y como "si por sus armas enviase, Oriana lo detendría", toma las de un caballero muerto y se marcha a la empresa de Darioleta (ibid., -- CXXVII, iv, 987). Por causa de su esposa también desatiende sus deberes de amistad para con sus compañeros de caballerías, así, a la llegada de los caballeros amigos a la Ínsula Firme, Amadís se hace disculpar con ellos por mediación de Grasandor de no poder recibirlos en seguida sino hasta el día siguiente, pues la noticia del rapto de Lisuarte ha provocado que Oriana enferme y que el de Gaula tenga que estar en todo momento al lado de su esposa (ibid., -- CXXXX, iv, 1042). Las fuerzas del caballero, su anterior arrojo, su decidida voluntad sufren también una mudanza: ante el gigante Balán, Amadís siente miedo (ibid., CXXVII, iv, 990), cuando la batalla con Balán no es ni con mucho tan peligrosa como la que el propio Amadís ha tenido con el Endriago (cf., infra, "Dios de parte del caballero"). Como le ha quedado pendiente una empresa en Constantinopla, envía a su hijo Esplandián a cumplirla "por no estar en disposición de la cumplir" (Amadís, CXXXIII, iv, 1047).

Las tiránicas mudanzas del matrimonio no se detienen allí, sino que vuelven indolente al caballero más belicoso, al caballero más guerrero de todos, a Agrajes. ¡Quién lo fuera a decir! Habiendo contraído matrimonio con Olimpia (ibid., CXX, iv, 952), diez capítulos después, cuando una dueña llega a pedir ayuda al caballero para que libere a su hija, Agrajes parece molestarse por tan inoportuna demanda, pues pregunta a la dueña por qué no ha acudido al rey. Ante la respuesta de la mujer de que "el rey es ya muy viejo y doliente", Agrajes vuelve a inquirir si es lejos el lugar de los hechos. Gandalín, entonces, pide licencia al caballero para acudir en socorro de la dueña y su hija. Agrajes da su consentimiento, recomendándole a Gandalín "que en otra ventura no se entrometiese" (ibid., CXX, iv, 1021). Y esto ocurre con Agra

jes, el guerrero.

El autor censura esta nueva vida del caballero; por principio de cuentas, parece enjuiciar al matrimonio, que da al traste con la vida andante del caballero. Las tan esperadas bodas de Amadís y Oriana, ceremonia en la que se casan otras parejas, se despachan sin mayor detenimiento, contra la costumbre - establecida de la prolija descripción (ibid., CXXV, iv, 974); luego el autor se niega a dar los pormenores de la vida conyugal de los nuevos esposos, excusándose de que "comoquiera que hasta aquí como de enamorados se hacía dellos mención, ahora ya como casados se deben poner en olvido" (ibid., CXXX, iv, 1026). Más tarde, como siempre muy oblicuamente, a propósito del ejemplo de don Galaor que todos los caballeros debieran seguir, se lamenta de los que olvidan sus obligaciones guerreras una vez que han ganado fama y señorío. Como por asociación de ideas, después que se han contado los problemas conyugales de Amadís, el autor parece contraponer el destino de este personaje al de don Galaor -casado con Briolanja y señor de Sobradisa- quien, "considerando - que la honra no tiene cabo...,dejándolo todo aparte, quiso...tomar la empresa de ayudar a Dragonis" (ibid., CXXX, iv, 1024-1025). Es evidente que Montalvo se inclina por las aventuras del caballero que "lo aparta todo" por seguir su vocación; por ello, tal vez, las señales de decadencia se hacen más evidentes en Amadís. El héroe comienza a envejecer. Comienza a hablarse de las hazañas del caballero Amadís como ocurridas en un pasado remoto; se dice, por ejemplo, que ganó su espada "como el más alto y leal amator que en su tiempo hubo" (ibid., CXXX, iv, 1020), y, en cambio, se habla repetidamente de la esperanza que para la caballería constituye Esplandián (ibid., CXXVI, iv, 980-981 passim). De las hazañas que le están reservadas (ibid., CXXX, iv, 1017-1018), - tanto como de sus virtudes de discreto (ibid., CXIII, iv, 915 passim), de su belleza (ibid., XCV, iv, 843-844 passim) y, en fin, de sus sentimientos de piedad para con los demás (ibid., LXXIX, iv, 790). Si las bodas de Amadís pasaron ante nuestros ojos tan rápidamente, en cambio, la ceremonia de la investidura -

caballeresca de Esplandián será narrada ^{de manera prolífica} ~~prolijamente~~ (ibid., CXXXIII, iv, — 1047 y ss.). De nada servirá al caballero Amadís la grandeza anterior frente a la espada encantada entre dos puertas: el caballero señalado para obtenerla es Esplandián y, por tanto, Amadís tendrá que prescindir de tal aventura y pasar de largo como cualquier "don caballero" (ibid., CXXX, iv, 1019). La antitética ~~tesis surgida suavizada~~ entre Amadís y don Galaor, como representantes del antagonismo entre la vida muelle y la caballeresca, aparece ahora con otro matiz en la oposición de Amadís y Esplandián. No se suaviza el contraste, pues aunque se diga que Esplandián será prolongación de Amadís, lo cierto es que, para Montalvo, nada tienen que ver el uno con el otro, y el episodio de la espada entre las puertas es, por tal razón, significativo. Pues ¿por qué poner a Amadís frente a tal empresa si no habrá de ganarla él sino su hijo? ¿Por qué se describe a Amadís como cada vez más "aburguesado", y sin embargo se exaltan las futuras empresas de Esplandián? Es que el autor se inclina por la vida del joven caballero, como hemos dicho; se siente atraído por la impetuosidad, la inmadurez y la irreflexión del guerrero, ~~y censuran~~ ¹⁴ do en cambio la vida sedentaria de Amadís. El camino tomado por el de Gaula no es el que Montalvo piensa del caballero ideal; por eso se insiste en que las hazañas de Esplandián serán tan grandes, que los hechos de Amadís "muertos ante los suyos quedarán"; y no sólo eso, sino que se dirá "que el hijo al padre mató" (1).

Un episodio importante, que viene a mostrarnos las minadas fuerzas de Amadís es aquel en que, por última vez en la obra, Arcalaus y Amadís están frente a frente. Amadís, así como ~~rechazó~~ ^{no pudo terminar} la empresa de la espada de Esplan

(1) ibid., CXXXIII, iv, 1048. Este pasaje junto con otros, hace suponer acertadamente a Ma. Rosa Lida que en el primitivo Amadís el personaje principal en realidad moría a manos de su hijo: Lida "El desenlace..." 1966, pp. 149-150.

dián, tampoco puede vencer a su mortal enemigo Arcalaus. El de Gaula tiene - en prisión al encantador y le pregunta si, a cambio del perdón que le dará, - habrá de mudar su malvada conducta. Arcalus responde que ya es viejo para -- cambiar, si no es por razón de apremiante necesidad, por lo que cederá sus -- castillos y riquezas para que la miseria haga operar -si esto es posible- la transformación que lo haga inclinarse al bien. (Amadís, CXVIII, iv, 939). Más adelante y ante la petición de la libertad de su esposa, Arcalaus habla de ma- nera más categórica, negándose a hacer las paces con Amadís. No quiere ser - vencido por el Bien que representa Amadís, y lleno de ira diabólica amenaza - al caballero y a los suyos, que cumplirá "aunque tenga [Amadís] en su ayuda - aquella mala puta Urganda la Desconocida" (ibid., CXXX, iv, 1029). Además de la bella irrupción de las fuerzas del mal que en este pasaje se manifiestan, ¿no es este personaje -único enemigo a quien Amadís no vence y por ello más temi- ble- en su tenacidad malvada un ejemplo de la decadencia caballeresca más tre- menda, sobre todo si se recuerda a Brián de Monjaste, Balán, Trión, etc., a - quienes Amadís no sólo vence, sino convence de la virtud de sus fines (/)? - El enemigo persistente a lo largo de la obra, y a quien esperábamos ver en -- una absoluta derrota, es puesto en libertad, impotente nuestro caballero para inclinarlo hacia el bien ¿Es que el mal tiene raíces más profundas de lo que pensábamos, o Amadís está ya fuera de su capacidad caballeresca, o las dos co- sas? No lo sabemos, y por ahora, importa solo conectar el episodio con la de- cadencia caballeresca de Amadís.

Más claras, y con implicaciones de otra índole, son las ideas de Montal- vo en el Esplandián. Allí la diferencia entre el antiguo caballero Amadís y - Esplandián, el nuevo caballero, tiene mayores consecuencias. El hijo de Ama--

(/) En el Palmerín de Inglaterra, (Palmerín, XLIII, i, 76) hay un pasaje - similar. Eutropa la maga malvada, al ser vencida echados sus pla-- nes por los suelos, amenaza acabar con don Ovandos y sus compañeros, desapareciendo por último en una nube.

dís sirve a la defensa de la fe, lo que se destaca en la escena en que, para probar a su hijo, Amadís se le pone en el camino, encubierto, defendiendo un puente y retando a Esplandián para que sostenga duelo con él. Las palabras discretas de Esplandián son claras al respecto. Ya no es el tiempo de tales batallas -dice- en que Amadís y los demás caballeros solían probar su valentía con los lances. Esplandián "su honra de Amadís ni su fama no la querría, ⁿⁱ "Dios por tal vía me la de". Pues el passo nos quitáis, no nos quitaréis el - ¹⁶ campo que es harto ancho" (Esplandián, XXVIII-XXIX, iv, 433-435). "La diferencia -dirá mas tarde Esplandián- que entre él y mi habrá, será que las fuerzas que Dios me diere serán empleadas contra los malos infieles..., lo que mi padre no hizo" (ibid., XLVIII, 454). Amadís está ya frente a su propia muerte, y Esplandián vence a Amadís en el puente. Si la muerte del héroe de Gaula ha sido real en la obra primitiva o sólo una alegoría, es cuestión que dejaremos para otra ocasión, pero lo cierto es que la derrota sufrida por nuestro caballero a manos de su hijo equivale a una muerte "caballeresca", si se recuerda lo invencible del personaje. La decadencia a la que nos hemos referido lleva implicaciones ^{más} definitivas; por eso, y por más que veamos a Amadís curado de estas heridas, es a nuestros ojos un fantasma de lo que fue. Tomado Amadís como símbolo o como personaje, el hecho de su derrota a manos de Esplandián, vuelve irrecuperable su figura, por más que Montalvo -pisando los terrenos cervantinos- vuelva, tenaz y con cruel insistencia, a presentárnoslo vivo, engendrando en Oriana a Perión y presenciando "retraído, como habían quedado en olvido sus grandes hechos" (ibid., XXIX, 435).

La vejez, de Amadís, la decadencia del corazón, es descrita despiadadamente por Esplandián al referir que a su padre "faltando la edad, falta la virtud, la viveza del corazón, y falta la ganosa y deseosa voluntad, que todas las cosas acaba" (ibid., XLVIII, 454). El ciclo de Amadís queda cerrado cuando, por obra de una nueva transformación, Lisuarte, "levantado de su si-

lla real, tomó con su mano la corona de su cabeza, y púsola en la de Amadís, y quitándose el manto, le cubrió con él" (ibid., LXIV, 468). Amadís se ha -- transformado, ahora para siempre. La coronación y su nuevo papel de monarca operan la consagración definitiva y también su muerte. -¿a cuántas muertes -- tiene que sobrevivir un caballero andante?-. Parece más un monumento a su memoria, después de aquella "muerte" a manos del hijo, que un coronamiento a -- sus propios esfuerzos. Al caballero, al consagrarse como rey, se le cierran --definitivamente-- las puertas de la vida andante, se le priva del futuro, para que sólo sea recuerdo ejemplar, inmóvil. El homenaje es el acto póstumo de Amadís. Si el caballero es la gesta, el rechazo a todo descanso, el miedo a que la fama, -hermana de la fortuna en su condición mutable- se torne maledicente y ponga en duda la esencia del caballero, la consagración regia, por ser negación de todas estas cosas, acabará con el caballero, para "dar cuenta al mundo de su fama y honra" pasadas, que serán ellas mismas, por lo desorbitadas, por lo grandes e inimitables, impedimento de todo futuro y de toda vida caballeresca. Las palabras de Grasandor a Amadís, después del episodio de la espada encantada, bien pueden ilustrar el final de Amadís: "Descendamos de aquí --dice-- y tornemos a nuestra campaña, que según me parece por un aparejo llevaremos de aquí las honras y la historia de este viaje, y dejemos esto para aquel doncel que comienza a subir donde vos descendéis" (Amadís, CXXX, iv, - 1020).

3.- EL CABALLERO SANTO

Predestinación y "ardimiento" caballerescos.

Cuando se trata de analizar los fines del caballero, cuando se le pregunta cuáles son ^{los} ~~los~~ móviles verdaderos y fundamentales ~~del~~ ~~caballero~~, es frecuente que, ante tan variable personalidad como la caballeresca, uno se encuentre con un vario y contradictorio juego de motivaciones. Los no bien explícitos-fines del caballero hacen pensar si en su actitud de abarcar diferentes ideales humanos no habrá un anhelo más trascendente y si esta trascendencia no es tará muy cerca del ideal de santidad. Ambos anhelos, el del caballero y el del santo, tienen un similar cruce de los planos de lo beatífico y lo heroico; en la ascética y en la mística del caballero se cumplen los supuestos de la vida religiosa, en la militante lucha contra "el enemigo malo" hay caballería. El "santo y devoto" Nasciano entiende bien las escaramuzas de la guerra entre Amadís y Lisuarte, pues "primero fue caballero, y muy bueno en armas, - en la corte del rey" (Amadís, CIV, IV, 919). Guillén de Varo y en el Tirante y Daliarte en el Palmerín cambian con holgada libertad su condición de caballeros para vivir apartados del mundo o viceversa, y el mismo Amadís da en tomar los hábitos de ermitaño, cambiando su nombre por el de Beltenebrós. Y no sólo existe esta confusión en las identidades, sino que se dan frecuentes datos sobre la personalidad inspirada por soplo divino y sobre la religiosidad del caballero. Igual que el santo, el caballero tiene puesta la fe en Dios, rechaza los bienes terrenales; lo mismo que al fraile, se pide al caballero que sea casto y que tenga fortaleza de espíritu; el código caballeresco que inclina al hombre de armas al auxilio de los menesterosos parece tener un mismo origen que la piedad del "hombre de orden". El caballero y el santo luchan y derriban los obstáculos que aparecen a su paso y, por último, la aventura caballeresca y la huida del mundo del santo presuponen una similar actitud de evasión. Uno no puede apartar de la mente, al ver luchar a Amadís con

el Endriago, la figura de San Jorge. Hasta Tirante es "espada de virtud, la más noble que en el mundo sea" (Tirante, LKV-LXVI, iii, 1371). El caballero de las novelas necesita frecuentemente de lo maravilloso para exaltar lo extraordinario de su figura, y la magia tiene, por ello, un papel definitivo; las novelas recogen las tradiciones célticas a las que se ha incorporado el elemento cristiano (1), y, por otro lado reciben la influencia de la Hagiografía, la Patrología y las vidas de santos, como ocurre con Cifar y la historia de San Eustaquio (2). Ambición esencialmente medieval, el anhelo de santidad haría aparecer al caballero con caracteres más medievales de los que pudiéramos sospechar, con lo que gran parte del idel del hombre de la Edad Media habría de tomar forma en los libros de caballerías. Conviene anotar, por eso, algunas particularidades que el caballero toma del santo, señalando los puntos de contacto entre ambos ideales.

Desde el momento de nacer, aparecen en el caballero rasgos extraordinarios que nos hacen pensar más en el advenimiento de un santo que en el de un guerrero. El hijo tenido por la emperatriz Seringa y el emperador Roboán -- "fue llamado Hijo de Bendición, y ciertamente bendito fue entre todos los hombres de este mundo, ca éste fue homador de su padre y de su madre" (Cifar, -- 228, p.293). Nuestro Señor es quien guía a Roboán a las Ínsulas Dotadas (ibid. 206, p.265). Al pequeño hijo de Elisena, habido de amores secretos con Perión, lo nombran Amadís Sin Tiempo, "por que así se llamaba un santo a quien la doncella encomendó", y como a Moisés, ponen al niño en un arca sobre las aguas de un río (Amadís, I, i, 319). Antes de la primera entrevista de los amantes -- que engendran a Amadís, Perión tiene un sueño profético: alguien se dirige ha

(1) cf. Marx 1944, pp.21-28. Para la introducción e influencia de las tradiciones artúricas en España: Lida 1966, pp. 134-148 y Bohigas 1962, tomo III, pp. 124-194.

(2) No insistiremos más en este aspecto del Cifar, asunto ya demostrado por Wagner 1903, pp. 106-108.

cia: él y mete las manos en sus entrañas; las manos le sacan un corazón -en el sueño Perión tiene dos- que es arrojado a un río, apartándole el otro (ibid., I, i, 315). Perión se intraquiliza por el sueño y pregunta a tres clérigos por su significado. Uno de ellos descubre el sentido profético del sueño: el rey Perión tendrá un hijo de Elisena que será echado a las aguas, y otro hijo - más, de la misma unión, se perderá de sus padres (ibid., II, i, 320-321). Poco después Perión "halló una doncella más guarnida de atavíos que hermosa y dijo le: «Sabe, rey Perión, que cuando tu pérdida cobrases, perderá el señorío de Irlanda su flor» y fué que no la pudo detener", lo cual se cumple, - pues Amadís -la pérdida cobrada- habra de vencer al rey Abies de Irlanda - (ibid., IX, i, 350). El niño echado al río es recogido y criado por don Gandales, que lo nombra el Doncel del Mar, y "hacíase tan hermoso que todos los - que lo veían se maravillaban" (ibid., II, i, 321). Pronto otro hecho maravilloso ocurre: una doncella aparece a don Gandales, diciéndole que él guarda la - muerte de muchos caballeros. Esta es la misma doncella que ha hablado a Perión, y pronto vuelve a aparecer a don Gandales, pidiéndole la libre de un caballero desconocido. Gandales lucha contra el caballero, pero la doncella - vuelve a intervenir, separando a los contendientes. Ahora la mujer profetiza las excelencias del niño recogido por don Gandales: "Dígame, de aquel que hallaste en la mar que será flor de los caballeros de su tiempo. Este hará estremecer los fuertes, éste comenzará todas las cosas y acabará a su honra, en que otros fallecieron, éste hará tales cosas que ninguno cuidaría que pudiesen ser comenzadas por cuerpo de hombre. Este hará los soberbios ser de buen talante, éste habrá crudeza de corazón contra aquellos que se lo merecieren. ahora te ve... y cree firmemente que todo acaecerá como te lo digo". La doncella no es otra que Urganda la Desconocida, que habrá de asistir los - pasos de la carrera de Amadís (ibid., II, i, 321-323). Lo extraordinario circunda la figura de Amadís desde su nacimiento y niñez: algo sobrenatural irrumpe en la tranquilidad de la vida, señalando la aparición de un personaje que se ro-

dea de encantamientos, milagros, sueños proféticos, figuras de magos, y que tiene una belleza angélica que causa estupor. Una aureola de santidad parece desprenderse de Amadís, y esto queda bien claro desde entonces, por lo cual las extraordinarias hazañas causarán la admiración de todos, que aquí y allá tendrán en la boca la palabra "maravilla". No es extraordinaria su figura — por las excelencias de sus cualidades, sino porque lo maravilloso — las fuerzas que operan los milagros — lo acompañan y lo determinan. Elementos sobrenaturales y proféticos acompañan el nacimiento de Esplandián (1), tenido por Oriana a escondidas y fruto de relaciones secretas como su padre. Esplandián nace con extraños signos en el cuerpo: " «Pues ciertamente —dijo la doncella— algo tiene en los pechos que las otras criaturas no han » ». Entonces encendieron una vela, y desenvolviéndolo vieron que tenía debajo de la teta derecha unas letras tan blancas como la nieve y so la teta izquierda siete letras coloradas como brasas vivas, pero ni las unas ni las otras no supieron leer ni qué decían" (ibid., LXVI, iii, 668). El niño es arrebatado pronto por una leona que "tomólo con su boca entre aquellos muy agudos dientes suyos por los paños, sin que en la carne lo tocara" (ibid., p.669). Nasciano, un ermitaño, sorprende la escena y habla a la fiera ordenándole deje al niño. La leona "blandiendo las orejas como que la halagaba, se vino a él muy mansa y puso el niño a sus pies, y luego se fue, y Nasciano hizo sobre él la señal de la verdadera cruz, después tomólo en sus brazos y fué con él a la ermita". El ermitaño^{da} ("muy santo y devoto hombre... [y] era opinión... que algunas veces era de celestial manjar gobernado"; él cuida de Esplandián y lo hace amamantar — por la leona, por una cabra y una oveja (ibid., p.670). Luego se descubre que lo que decían las letras en latín era Esplandián, nombre que le ponen al niño (ibid., p.671). El ermitaño lo entrega poco después a unos parientes para que

(1) ¿Estarían estos datos ya en el primitivo manuscrito? cf. Rodríguez-Moñino 1956, pp.13-24 y Lida 1966, p.149-156

lo críen, y al cabo de cuatro años envía por él y "viólo tan hermoso que fue maravillado". La leona es mansa frente al niño y se vuelve su compañera de caza (ibid., LXX, iii, 704-705). El rey Lisuarte, un día andando de cacería, — sorprende al niño y a la leona atrapando un ciervo; "maravillado de aquello que veía", admirado de la belleza del doncel "el más hermoso que nunca vió", se dirige a Esplandián y después de sorprenderse nuevamente, ahora por sus — cualidades, termina por llevarlo a la corte. Interviene Urganda la Desconocida con nuevas profecías sobre el destino del niño: "él os meterá en gran placer y quitará el mayor peligro que nunca hobisteis...y aún te digo, buen rey, que este doncel será ocasión de poner entre ti y Amadís y su linaje paz que durará en tus días, lo cual en otro ninguno es otorgado", y "estas son maravillas de aquel muy poderoso Dios y guardador de todos nosotros" (ibid., LXXI, — iii, 715-719). Vuelven a aparecer nuevas profecías de Urganda la Desconocida (ibid., CXXVI, iv, 980-981) y de la Doncella Encantadora (ibid., CXXX, iii, 1017-18), quien reserva para Esplandián la espada mágica que sólo él podrá ganar (ibid., CXXX, iii, 1017-18). Por último Esplandián interviene, como se había previsto, en la paz entre Lisuarte y Amadís. El rey al ver de nuevo al niño y saber que es su nieto "toda cuanta pasión y enojo que hasta allí de las cosas pasadas tenía, así fue de él partido y tornado al revés" (ibid., CXIII, iii, 912). Similares circunstancias extraordinarias rodean la infancia de Palmerín de Inglaterra y Floriano del Desierto, sólo que aquí es más claro que se trata ya de un tópico al que no se da la trascendencia que tiene en Amadís y Esplandián. Palmerín y Floriano nacen de Flérida y don Duardos y pronto son arrebatados por un salvaje que los lleva para cebar sus leones. Hay como en el caso de Amadís y Esplandián, protectores hechiceros que asisten a los pequeños y que profetizan su destino: la Señora de las Tres Hadas y Daliarte (Palmerín, III— IV, i, 9-11; VIII, i, 16). ~~En torno a~~ Hechos sobrenaturales aparecen también en Tirante en derredor de Guillén de Varoyque: al rey de Inglaterra aparecen en

un sueño unos ángeles, aconsejándole que nombre general a Guillén (Tirante, -- V, i, 1068-1069), ^y (también "desde su nacimiento eligió Dios a don Claribalte" -- (Claribalte, I, fo. iii).

Todo lo anterior supone la predestinación caballeresca, el definitivo pa pel de la Gracia en sus aventuras, pues el caballero es una especie de enviado eleido para realizar la hazaña del Bien. La Gracia viene al caballero di rectamente, sin intermediarios -Urganda la Desconocida, la Señora de las Tres Hadas y Daliarte profetizan y presencian los hechos, sin intervenir-, sin que pueda decirse tampoco que es premio a los actos del caballero, pues ya se sabe que el caballero siempre habrá de vencer. Tampoco por obrar de acuerdo -- con la ética, puesto que él encarna la ética, y a los demás es "modelo y flor de toda caballería". ("Que si todos tales fuesen [como vos] -se dice a Amadís-, la desmesura y deslealtad no hallarían posada en ningún lugar donde albergasen y saldrían por fuerza fuera del mundo", (Amadís, LXXVI, iii, 767). Para ejemplo de todos se han escrito "las hazañas e historias de virtuosos y fuertes varones", dice el prólogo del Tirante). Junto a estas características -- gi previas, al correr de sus aventuras, levemente parece insinuarse por ^{su} ~~las~~ hazañas que el caballero algo tiene de libre albedrío, de voluntad, pues se insiste en que realiza sus hazañas sin mácula, limpiamente, como para evidenciar -- que, si bien es un ser predestinado, puede obrar según su voluntad (Esplandián, III, 406). Pero el caballero dirige sus aventuras con la vista puesta en el Bien, y entonces sucede que voluntad y predestinación se unen para mostrar que la palabra de Dios se cumple doblemente. Quizá por eso hay resquicios -- muy leves por donde se filtra a veces lo humano, evidente en el Tirante, sugerido en Amadís, Esplandián y Cifar. La ira de Amadís contra Lisuarte, el -- amor realizado en secreto entre Amadís y Oriana, la soberbia de Esplandián an te su padre, la conquista de señorío en Cifar, parecen querer recordarnos que los personajes algo tienen de seres humanos. Sin embargo, aún las fallas de-

carácter o los rasgos de la personalidad son disculpados: como en el caso del matrimonio secreto, en que la voz del santo Nasciano perdona a Amadís y a Oriana, pues se han jurado palabra de matrimonio (Amadís, LXXI, iii, 720; CXIII, iv, 909-910). La ira de Amadís contra Lisuarte es justa, pues la actitud del rey al pretender casar a su hija con el Patín, y la anterior afrenta de Lisuarte a Amadís y los caballeros, colocan al rey como servidor de las fuerzas contrarias al caballero, las fuerzas del mal. Los caballeros deberán armarse contra él y la causa de Amadís se coloca en lo justo. Para reforzar más la legitimidad del levantamiento se da otra razón: ha privado Lisuarte, además de todo, del trono a su hija (ibid., LXXXV, iv, 818). La oposición entre Esplandián y su padre que destaca Montalvo proviene de una más justa, más operante: división de la caballería que tiene Esplandián (Esplandián, XLVIII, 454), y por tanto el protagonista de la obra en cuatro partes, en esta quinta es desplazado, disminuidos sus valores. La conquista de señorío en Cifar no es sino la búsqueda de mayor lustre de la honra; bienes materiales y fama parecen tener un mismo valor y un similar significado para Cifar, Roboán y Garfín ya que son premio a las andanzas y sufrimientos del caballero, "ca bien hacer puede hombre ganar a Dios y a los hombre, y pro y honra para este mundo y para el otro" y "por ende debemos rogar a Dios que el por su santa piedad quiera que comencemos nuestros hechos con movimiento natural, y acabemos... a pro y a honra de nuestros cuerpos, y a salvamento de nuestras almas (1).

Hemos visto ya cómo el caballero rechaza el ocio que impone la corte - - (supra "Caracteres guerreros del caballero"), pero en ningún libro del género las causas por las que se desdeña "la vida viciosa" son tan claras como en el Tirante en esta obra, -razón insólita en un libro tan moderno- el desdén por el descanso es más radical y lleva al caballero a un acercamiento entre -

(1) Cifar, 229, p. 294; cf. Lida 1952, pp. 259-260, para algunos rasgos de realidad en el Tirante; Alonso 1961, pp. 203-253.

caballero y santo. Se pide mayor temperancia y más ascetismo al caballero. - Donde otros héroes -los de la Antigüedad sobre todo- zozobraron, el caballero deberá vencer. Si Aníbal, Escipión y Julio César cayeron por entregarse a la vida ociosa, olvidando el ejercicio de las armas, el caballero deberá luchar contra las tentaciones del descanso (Tirante, XXXV, iii, 1295-1296), que no es sino una trampa puesta por el demonio para ganar, por el ocio, la lujuria, la gula, la codicia, a los caballeros. Por eso "la paz es más peligrosa que la guerra, que a muchos virtuosos ha hecho daño por no haber adversario contra el cual la virtud tuviere ejercicio". El natural del hombre halla placer en el reposo, y el ocio insensiblemente se torna en costumbre, "y en la verdad no puede ser guerra más grave que es con las propias costumbres y corazón...- la guerra está toda dentro del muro, digo dentro del mismo hombre, y...esta guerra flaca de batallas, viniendo cubierta con manto de paz, trae mayor osadía que cuando viene con arneses de armada"; "uno debe ser el fin de la vida y del trabajo: siempre estar en guerra de enemigo visible e invisible" (ibid., p.1296). Para ello el caballero necesita de una fortaleza de espíritu sobrehumana, de osadía, porque "ardimiento -dice la emperatriz- es fortaleza de es píritu". Según ella, el ardimiento es tan necesario para los caballeros, - que sin él el caballero no podría llevar a cabo las empresas que está llamado a cumplir; pero también el ardimiento es elemento primordial en los santos y en el mismo Hijo de Dios, pues "por ardimiento que tuvo Jesucristo no dudó to mar muerte y pasión en la cruz para redimir a natura humana, dejando aparte a la Sabiduría, con la cual se pudiera excusar de la muerte, pudiendo reparar el pecado de Adán en otras muchas maneras...y el que quiere alcanzar la glo- ria del Paraíso le es menester que tenga corazón y ardimiento en pelear con el mundo y con la carne y contra los malos espíritus que continuamente le dan guerra" (ibid., LXXVII, iii, 1385). Así, los santos y el Hijo de Dios son pala- dines de la voluntad que vencen los vicios movidos por los malos espíritus, -

santos caballeros contra las tentaciones terrenales (1). La cercanía entre caballero y santo es clara y está dada por una asociación de ideas de la emperatriz: se habla del ardimiento necesario al caballero y se pasa a hablar de ardimiento de los santos; la vocación por la hazaña religiosa en los santos, militar en el caballero— iguala a ambos. Si se observa la trayectoria de Tirante al servicio de la Cristiandad, que estudiaremos en el siguiente paso, se verá el ejercicio de tal "ardimiento"; ahora sólo interesa mostrar el cruce de los ideales de santo y de guerrero. Se considera, pues, a los santos, caballeros de la fe, tanto como a los caballeros, santos de la guerra; por eso en el Prólogo de Tirante se cita a santos y a figuras bíblicas junto con personajes de la materia de Bretaña, dándoles a todos una misma cualidad: Josué, Judas Macabeo, San Juan Bautista, San Pablo, Lanzarote, etc., pues — "los santos bienaventurados...y mártires, por aumentar la fe católica, pelearon contra los infieles" también como Tirante (ibid., VIII, i, 1070). El propio Tirante se compara con San Juan Bautista en una disertación poco clara, pero que nos muestra la relevancia del personaje para el autor, que, en extraña mezcla, hace aparecer caracteres de santidad junto a rasgos de realismo psicológico: "como vino aquel profeta santo y glorioso [San Juan Bautista]... aregonar y denunciar el advenimiento de nuestro Redentor Jesucristo, así... yo vine aquí con firme fe...para socorrer...a toda religión" (ibid., XI, xii, 1204). En suma, la predestinación aparece en los libros de caballerías como rasgo fundamental de los protagonistas; se presenta en forma clara y evidente en el Cifar, el Amadís, el Esplandián y el Palmerín y más levemente en el Tirante, en donde la realidad —la psicológica y la ambiental— nos permiten ver el ejercicio de la voluntad, por encima de la idea —sugerida a veces— de la predestinación. En aquellos libros la fuerza del caballero es dada por Dios,

(1) En el Amadís se expresa incluso la idea de que Cristo es un caballero divino: "después de Dios, [Amadís es el] mejor caballero que nunca armas trajo", Amadís, LXXIII, iii, 137.

como dice Dramís a Amadís (Amadís, XLII, i, 493), lo cual hace que se confundan las categorías del santo y del caballero. En el Tirante, aun cuando el caballero sea un favorito de Dios como el santo, y a pesar del común ardimiento - en ambos, la figura del caballero toma otro camino. Si hemos citado algunos ejemplos del Tirante sobre la cercanía entre santo y caballero, ha sido para no perder por completo tales características, pues presentar sólo al personaje de Tirante como hombre moderno, militar, servidor de una causa, sería falsear su retrato. Quede, pues, el cruzamiento de la idea de santo y caballero en Tirante como telón de fondo, no como tópico repetido sin convicción, sino como idea manifestada a veces en los pasajes más insólitos.

Dios de parte del caballero.

El favorecimiento de la Gracia eleva al caballero virtuoso sobre los demás, hace resaltar su figura, convirtiéndola en el centro de atención de todos, de tal manera que cuando un caballero cae en desgracia, el hecho parece repercutir en un ámbito extenso; en el mundo entero, pues "no hay reino tan libre [insensible] que se pudiesen hacer alegrías" ante tal desventura; un solo caballero causa "la grande afrenta en que el mundo estaba" por la desaparición de don Duardos (Palmerín, XIV, i, 27). Por eso el rey a quien primeramente sirvió Cifar, después de haber desplazado al buen caballero, estaba "des-honrado y perdido y con gran vergüenza, no se atreviendo a enviar por el Caballero Cifar" (Cifar, 2, p. 54). Amadís, en su secreto refugio de Peña Pobre, hace mover en su busca a los caballeros más insignes, pues "la pérdida de tal hombre... tanta mengua en el mundo hará" que habrá de resentirse su ausencia - por todos (Amadís, I, ii, 535). Y es que el caballero es favorito de Dios, enviado de Dios para luchar contra el mal y para socorrer a los débiles, de ahí que el caballero sea necesario en el mundo. Naturalmente, por la misma causa, los actos del caballero están siempre dentro de justicia, y si lucha por alguna causa, ésta será siempre justa. Amadís, cuando reúne a sus compa-

ñeros para liberar a Oriana, Roboán ante el rey de Grimalet, Floriano en la batalla contra el Soldán Albaizar, Tirante en sus guerras contra el infiel: todos ellos obran de acuerdo con la justicia. Amadís frente al temible gigante Balán dice que lo asiste la razón de la "santa luz del Señor", ya que los hechos del gigante están "contra el servicio de Dios" (Amadís, CXXVIII, iv, 993-994). Roboán, sintiéndose culpable "por se perder tanta gente cuanto hoy murió por mí", pide perdón a Dios. Una voz del cielo le habla para quitarlo de temor, aconsejándole no desfallecer, "ca Dios es contigo" (Cifar, 224, pp. 285-286). "A Dios dice Tirante a su enemigo el Gran Caramín ha placido favorecer nuestra justicia, mostrando la excelencia de nuestra fe" (Tirante, LXIII, -iii, 1366).

Conforme a la causalidad de la Gracia el caballero prevé, seguro del respaldo divino, su victoria. Sentencia la derrota de sus enemigos, pues "quiso Dios que [todo] lo acabase" (Cifar, 77, p. 124; Amadís, XLVI, ii, 519), y su palabra a veces tiene título de ley, como cuando el Caballero de la Verde Espada rehusa dar muerte -insólito castigo- a un mal caballero "porque los malos vi viendo mueren muchas veces y pagan aquello que sus malas obras merecen... así se cumplirá como os digo" (Amadís, LXXV, iii, 758). Amadís advierte al usurpador Abiseos que se retire del trono de Briolanja antes de que sea tarde para su vida, pues de no hacerlo morirá sin obtener el perdón del Señor. Pero está visto que la ^{terca} ~~tesca~~ maldad de los usurpadores no cede fácilmente, y se entabla la lucha en la que no sólo son sus "carnes muy despedazadas" por Amadís, sino que ^{redime} ~~habrán~~ de ir al infierno por sus culpas no lavadas con la muerte - - (ibid., LXII-XLIII, i, 492-496).

Los enemigos del caballero caen dentro del mal, así como el caballero representa al Bien. Los enemigos son traidores, falsos, malos consejeros, - - egoístas, cóbardes, mentirosos, soberbios, de tentadores de la fe. Sólo la nobleza de las cualidades del caballero hace obrar el milagro de la conver-

sión del mulo, que al chocar contra el virtuoso caballero, es inclinado a la bondad, pues aun él no puede sino reconocer las cualidades extraordinarias — del caballero. Así Garadán reconoce "la bondad manifiesta" del Caballero de la Verde Espada (ibid., LXX, iii, 710). La reina Calafia, pagana y malvada, se torna cristiana y casa con un caballero compañero de Esplandián (Esplandián, — 41 CLXXVIII, p. 555). El Soldán Belagriz también se bautiza reconociendo la bondad de los caballeros cristianos (Palmerín, L, ii, 331-332), pues como dice el anciano Abdallá —preso de Tirante— "ya veo que a al fin la fe [cristiana] vence a infidelidad" (Tirante, XXXIV, XXXV, iii, 1294-1301).

La inspiración divina, unida a todas estas prerrogativas que Dios concede al caballero, es decir los caracteres del caballero santo por excelencia, están en ~~el carácter~~ ^{el comportamiento} y las aventuras de Amadís, pero hasta qué punto el carácter de santo llega a hacerse patente y a crear un símbolo sagrado del personaje, lo tenemos ejemplificado en el pasaje en que el héroe lucha con el Endriago. Allí el Bien toma cuerpo en Amadís. Todos los defectos y vicios del hombre están en el Endriago, de tal manera que el demonio entra en él. El Endriago es representación del Mal: ha sido engendrado por la aberración sexual del incesto entre el gigante Bandeguido y su hija. Para cumplir libremente — sus terribles amores han matado ambos a la esposa del gigante. El ser nacido de tal unión "tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había — conchas sobrepuestas...tan fuertes que ninguna arma las podía pasar., y encima de los hombros había alas...de un cuero negro como la pez luciente...y debajo de ellas le salían brazos muy fuertes así como de león...y las manos había de hechura de águila...y dientes [había] tan fuertes y tan largos que de la boca un codo le salían... [había] los ojos redondos, y muy bermejos, como brasas., toda su holganza era matar hombres y animalias ^vvigas..., echaba por sus narices un humo tan espantable que semejaba llamas de fuego...y olía tan mal que no había cosa que no emponzoñase., y aún más os digo, que la fuerza-

grande del pecado..causó que en él entrase el enemigo malo..." La madre, antes de nacer el monstruo, piensa que "sería aquel su hijo el más fuerte y más bravo...y tal fuese que buscaría manera alguna para matar a su padre y que se casaría con el hijo". El gigante, naturalmente pagano, pregunta a los tres ídolos que adora por qué ha nacido tal hijo. Los demonios responden que le han dado su figura y su albedrío y que será el peor de los seres vivientes.

En la lucha entre Amadís y el monstruo, los demonios que sirven al Endriago, entran "fuertemente en él" para hacerlo más fiero, viendo que Amadís pone más su pensamiento en Oriana que en Dios. La lucha es dura para Amadís, hasta que "enojado Nuestro Señor que el enemigo malo hubiese tenido tanto poder...quiso dar esfuerzo y gracia especial" a Amadís. Así el caballero mata al Endriago, pues "la sentencia que Dios sobre él [el monstruo] fue dada..., no se podía revocar...,pero quiero que sepáis que antes que el alma le saliese salió de su boca el diablo, y fué por el aire con muy gran tronido". Amadís — se le cita como el Caballero— cae como muerto, no sin antes pedir a Dios que tenga piedad de su alma. Luego Dios permite que Amadís cobre salud. La victoria sobre el monstruo es, pues, concedida a Amadís por Dios. "Ciertamente, señor, cosa es ésta de gran milagro, que yo nunca oí decir que persona mortal con el diablo se combatiese, si no fuesen aquellos santos con sus armas espirituales" (Amadís, LXXIII-LXXIV, iii, 727-738).

La simbología del pasaje es clara. Amadís requiere toda la concentración de sus caracteres de santo. Para ello necesitará de toda su fuerza y de la decisiva ayuda divina. La menor distracción del caballero significa la superioridad del enemigo, ni siquiera deberá poner su pensamiento en Oriana, — pues ello será una desviación del derecho pensamiento que el caballero debe poner en Dios. Predestinado y ayudado por Él para tal empresa, Amadís aparece como una figura celestial. Lo maravilloso y sobrenatural tienen en la escena un papel decisivo, pues la batalla es entre el Bien y el Mal. Lo ex —

traordinario está en la misma atmósfera: los ruidos del cielo, el mar embravecido, el humo que cubre a los contendientes y el asustado caballo de Amadís, que huye. Todo ello muestra no un clima gracioso, galante, cortés como es -- frecuente hallarlo en los libros de caballerías y en el Amadís mismo, sino -- que la escena nos sitúa en un mundo trascendente que retrotrae lo mágico religioso del concepto del demonio medieval. La representación ideal del personaje llega a hacerse simbólica en el pasaje, tal parece que, antes de ahora, -- Amadís hubiera buscado incesantemente al Enemigo, al ser al ~~al~~ actual enfrentarse, a la figura cargada de trascendencia que le diera, por oposición, su verdadera categoría buscada en el continuo cambio, descubriendo el Caballero, en la prueba de la lucha, su razón de ser. Antes, el espíritu de sacrificio por el amor de Oriana ha llevado a Amadís a vivir en ejercicio de ermitaño (Amadís, XLVIII, ii, 524-526) (/), pero sólo se ha acercado tanzencialmente a la santidad, adquiriendo el hábito y la ascética del monje, como Guillén de Varoyque (Tirante, I, i, 1063) o como el emperador de Constantinoula (Esplandián, CLXXVII, p. 554), más la actitud es artificial, pues no es el ideal del supremo Bien lo que los impulsa, sino a Amadís el sufrimiento del amor rechazado, al Conde de Varoyque sus propias culpas, y al emperador la vejez. Sin embargo ante el Endriago Amadís es, por inspiración, un caballero santo, el Caballero. Y lo extraño es que no se siente que en dicho episodio Amadís se haya apartado de su línea caballeresca; lo que sí ocurre cuando toma el hábito de ermitaño para convertirse en Beltenebrós y en los otros dos ejemplos del emperador y y Guillén de Varoyque. Y es que gran parte de la mística caballeresca provino de la religión, tanto que se llega a pedir al caballero que sea casto (Cifar, -- 129, p. 173; Tirante, XXXIV, i, 1102; Amadís, XL, i, 481). Por eso, repetimos, Amadís en tan significativo momento de su lucha contra el Endriago, no debe pen-

(/) Bohigas HGLH, 1951, II, 222 y ss., sostiene que este episodio es uno de los que indica la coincidencia entre Amadís y el Lancelot, pues ambos protagonistas, al ser rechazados por la amada, viven apartados del mundo.

sar en Oriana. A las armas del caballero se les da un significado sacro: las corazas son la Iglesia, el Yelmo el ánima, etc (Tirante, XXXIII, i, 1101). La vida caballeresca se llena de referencias a la religión. Tirante rechaza el pago de sus servicios, pero, en cambio, pide "que cada día hagáis decir una misa cantada de réquiem por mi ánima" (^{ibid,} Tirante, XI, ii, 1204). El acercamiento de Tirante —y en parte de Esplandián— a la santidad es realizado por el ejercicio de las armas, por la ascética del guerrero, como veremos a continuación.

El servicio a la Cristiandad.

En Esplandián y en Tirante, en efecto, la caballería ha tomado otro camino. Ambos caballeros sirven a una causa determinada, contra una amenaza real que se cierne sobre la Cristiandad. Ya a la luz de tal particularidad, los móviles de Amadís, Palmerín y Cifar aparecen con una fantasmal idealización, —acentuándose en ellos una mística caballeresca per se, que no encuentra enemigo real con el cual luchar. Los caballeros libran una tras otra batallas que les saltan al paso, y al hacerlo, sin motivo aparente, las normas del código caballeresco se resuelven en episodios en donde el caballero lucha contra el mal, y, a veces, contra lo que amenaza su amor. Esto nos lleva a la idea de la superioridad caballeresca, a la entereza del caballero por encima de todo problema, por encima inclusive del mal; las batallas no ocurren para que observemos la maldad del mundo o la utilidad de la empresa. Siguiendo sólo la voluntad o el corazón, el caballero lucha por su propia exaltación, por el gusto por la prueba que mostrará siempre la fuerte voluntad o el gran corazón del caballero, pero habrá de perder en ello la claridad de sus fines. — Con razón en el Tirante dice la princesa, rasgo sintomático que conviene tener en cuenta, en respuesta a la emperatriz que "el hombre ardido osado y animoso no sabe otra cosa sino morir como desesperado" (Tirante, LXXVI — LXXVII, iii, 1383-1386). Como desesperado, con el ardimiento del san-

to que muere por Dios. Similar a lo analizado antes con respecto a Esplandián (supra "Decadencia del caballero"), hay en este pasaje del Tirante una crítica de la caballería tradicional que interesa, pues el protagonista de la novela valenciana sería el ejemplo de la nueva caballería que propone Martorell, - en oposición a la otra, a la de Amadís, la que no tiene motivos operantes. Antes de Esplandián, por eso, en el Tirante hay ya un rechazo de la caballería-bretona (1). Entre los libros de caballerías es por ello Tirante una innovación, pues se da al caballero una motivación precisa, que es servir a la Cristiandad contra los turcos, derrotarlos y expulsarlos de Constantinopla y del reino de Jerusalén. Algo similar ocurre en el Esplandián, y con mayor claridad (2), puesto que en esta obra la crítica de Esplandián a la caballería de su padre posee caracteres más categóricos. (cf., supra, "Agrajes, el guerrero"). Tirante y Esplandián luchan ya por un motivo inmediato, operante, conocido, explicable. Tirante nos muestra el "trabajo" de la batalla, las artimañas e ingenio del protagonista, que conoce la táctica guerrera y que no desdén una buena idea de sus subalternos con tal de vencer (Tirante, I, ii, 1184--1185; LXII, iii, 1362-1363). Tirante nos entera de ese ejercicio de la guerra que no habíamos encontrado en otras novelas de caballerías, y que está, por tan distraído en su bélico ajeteo, muy probablemente lejano de Dios. Por eso, a veces se tiene que reforzar el celo religioso en palabras, actos y discursos como para que no olvidemos que, después de todo, Tirante es un caballe

(1) Parecen discutibles por eso las palabras de María Rosa Lida (Lida - 1955, p. 156, nota 1): "con anterioridad al Quijote, sólo el Esplandián contiene la crítica explícita de los amados modelos", pues recuérdese que según Riquer (citado por Alonso 1961, p. 251, nota 2), es lícito "afirmar que el Tirante es posterior a 1450, y que en su forma actual data de 1490", y la noticia más temprana del Esplandián es de 1510 según Gayangos (Gayangos 1963, p. XXV).

(2) Damos aquí la referencia del importante artículo de Gili Gaya "Las Sergas de Esplandián como crítica de la caballería bretona", BBMP, XXIII (1947), 103-111, que no pudimos localizar (citado por Lida - "El desenlace..." 1966, p. 151, y nota 4.

ro que lucha por la Cristiandad. Pero las guerras no nos atrevemos a llamarlas aventuras de Tirante son ya las de un guerrero moderno, las de un militar que sirve no sólo a una causa explícita, sino a un superior, que es el Emperador. Antes ha ido a la corte de Sicilia y con él ha librado el sitio de Rodas, y en Berbería ha servido al rey de Tremecén; pero en todos los casos — salvo en la primera y en la cuarta partes, en las que todavía hay rasgos de la caballería bretona en el personaje, — Tirante ha estado sujeto a un superior, sin poder él mismo librar batallas para su propio provecho, en contraste con Amadís, que conquista para sí la Ínsula Firme. Si algún protagonista de libros de caballerías cumple en realidad con el principio caballeresco de sometimiento del caballero a su señor es Tirante; no hay enojo ni distancia con el rey o con el emperador, no hay exilios injustos, ni rebeldías — intempestivas, y cuando un envidioso como el duque de Macedonia trata de poner en mal al caballero frente al emperador (Tirante, XXXII, iii, 1288-1289), no hay reproche después ni para el duque ni para el emperador que ha dado oídos al malvado, simplemente Tirante "no se curó de más, pues la verdad era sabida" (ibid., XXXIII, iii, 1292). Su entrega a la guerra es tal, que parece a veces no mirar por encima de lo que hace; no es, como Esplandián, el inspirado para luchar contra el infiel, sino el trabajador de las batallas que goza en su oficio; con razón el anciano moro Abdallá le profetiza: "de aquí en adelante sentirás doblado trabajo, (f) más que en el tiempo pasado, y de ello te alegrarás. Nunca has habido menester levantarte con tan gran esfuerzo, y el ánimo debe sobrepujar en tí asimismo por cuanto eres venido a grandes combates" (ibid., XXXIV, iii, 1296). Si la Gracia está de parte del caballero, en Tirante este don sería otorgado por premio a su labor, como galardón a sus actividades, pero no como algo previo a su trayectoria, como predestinación. — (Recuérdese que las aventuras de Tirante nos comienzan a ser contadas cuando éste es ya un mozo de cerca de veinte años, y que como caballero no se hace —

(f) El subrayado, naturalmente, es nuestro.

referencia a sus andanzas anteriores. Su prestigio data de su estancia en la corte del rey de Inglaterra). Es tal el "ardimiento", la voluntad por ir de una batalla a otra más peligrosa, que el Caudillo atribuye soberbia al ímpetu guerrero de Tirante. "¿ Pensáis -le dice- vos ser señor del mundo? bien os deberíais tener por contento [de lo que habéis hecho]...y tornaros en [a] -- vuestra tierra natural". Páginas más adelante el rey Escariano le dice otro tanto al héroe: "no sé, hermano, señor, tu próspera mano qué es lo que desea hacer, ni si has alcanzado la victoria que te está aparejada, la cual Nuestro Señor por su clemencia te otorgará, porque te veo encendido por ir a la batalla" (*ibid.*, XXXIII,iv,1566 y XXXVI,iv,1571 respectivamente). Tanto es su -- "trabajo" en la guerra contra el infiel, tanto su ingenio y su entrega, que -- llega a convertirse en héroe para la soldadesca, casi un santo para la mente popular: los soldados cristianos, al ver que Tirante no está entre ellos, --- pues se encuentra restableciéndose de sus heridas, "todos reclamaban el nom-- bre de Tirante, como si él fuese un santo", pues consideraban "que [lo que] ha bían alcanzado por la mucha virtud de la presencia de Tirante, por su ausen-- cia lo habían todo perdido". Envían una carta al emperador en la que ruegan "enviase el su mesías Tirante" y otra también al caballero para pedirle que -- se reúna con ellos, pues es "cosa cierta que a otro, después de Dios, no re-- clamamos sino a tu señoría"; "te suplicamos -finaliza la carta- que con tu -- vista nos quieras consolar" (*ibid.*, LXXVI,iii,1370-1371). Nótese, sin embargo, que los términos laudatorios que tratan de santo a Tirante no son dichos o es critos por ninguno de los personajes importantes que rodean al protagonista, sino por los soldados al mando del caballero. Después de que muchos moros se han tornado cristianos y han luchado a las órdenes de Tirante contra los ma-- los moros, Tirante pide a Nuestro Señor "le quisiese hacer tanta gracia que -- pudiese conocer los cuerpos de los cristianos entre los muertos porque...les pudiese dar cristiana sepultura..., y oyendo Nuestro Señor demanda de tan jus

ta causa y con tan justa y recta intención, le fue otorgada la dicha gracia - en esta manera, que todos los cristianos se volvieron mirando hacia el cielo con las manos juntas,...y los moros, por el contrario, estaban las cabezas a bajo y hedían como perros" (ibid., XXXIX, iv, 1577).

Esplandián posee rasgos de predestinación y, comparado con Tirante, tiene la inspiración que le hace luchar contra el infiel. Sus aventuras se desarrollan con independencia de su señor, como lo hizo su padre. Esplandián sirve a la Cristiandad en Constantinopla, pero no se somete al emperador, puesto que sirve a Dios antes que a nadie. El emperador mismo resalta tal cualidad - de Esplandián cuando dice que "después de Dios, vuestro gran esfuerzo me restituye la vida y la honra y todo mi gran estado" (Esplandián, CLXXVI, 554). Esplandián es, aunque posterior al Tirante, el personaje intermedio entre la santa inspiración de Amadís y el ejercicio militar de Tirante al servicio de una causa. "Las cosas que por servicio del más poderoso Señor se hacían, comoquiera que la fortuna adversas o favorables las trujese, no debían dar pensar ni dolor; porque si los cuerpos pereciesen...las ánimas inmortales gozaban del galardón que ello merecían...recibiendo muertes con tal martirio por aquel que de su propia voluntad mucho más cruel y amarga la recibió por nos - dar la vida" (ibid., CLXX, 550).

Pero para no exagerar el ideal de santidad en el caballero conviene un--deslinde sumario entre el arquetipo del caballero y el del santo. Es justo, - una vez que hemos asentado los caracteres de santo en los distintos persona--jes. pues nos hará ver hasta qué punto el arquetipo caballeresco impide la ab--soluta realización de santidad, o bien hasta qué punto, ante tal imposibili--dad, se santificó aquella caballería más virtuosa, más cercana y servidora de Dios. Porque por más inmensos que puedan parecer la bondad y el espíritu de sacrificio del caballero, ellos se terminan allí donde es vulnerada la honra caballeresca. Hay una susceptibilidad que no se deberá tocar so pena de desa

tar la ira del caballero. Puede ser la honra individual y personal, como en el caso de Cifar, Amadís y Palmerín, vulnerada por ofensa de otro caballero; o puede ser la honra colectiva, la "ofensa a la Cristiandad", como en el caso de Esplandián y Tirante. De una u otra manera el caballero siempre reaccionará contra el agravio. Amadís soporta a los soberbios, a los malos consejeros, y aun perdona a su temible enemigo Arcalaus, pero no puede sino reaccionar ante la ofensa de Lisuarte, ante la terca pretensión del Patín que pretende casarse con Oriana y, por último, ante el Demonio. Tirante sufre las traiciones y malos informes que de él da el duque de Macedonia al emperador, pero lucha fieramente contra los infieles, pues el servicio al emperador y su carácter cristiano lo obligan a ello. Con iguales motivos, pero con mayor convicción e inspiración, Esplandián realiza sus hazañas contra los turcos. Palmerín lucha contra cualquier caballero, aun contra caballeros infieles por la inercia que le da el código caballeresco. Y Cifar "por ganar honra y señorío" o sea por aumentar su fama, sirve al rey de Mantón.

Obviamente alejados estaban todos de la plena realización de santidad, aunque en todos perdurara. Distintas maneras de concebir el servicio de Dios, pero siempre las particularidades de la santidad alumbran al caballero. Es ésta una luz que no se apaga, que no cambia por estar basada en algo duro como el granito que es la Fe. La idea del guerrero sagrado, la imagen simbólica de San Jorge que volvía la lucha con el demonio en una empresa caballeresca, perduró por mucho tiempo. Dicha imagen habría de inhibir el impulso de la lucha per se para darle al caballero, en Tirante y Esplandián, realización en el cauce de las hazañas cristianas de Tierra Santa. La Iglesia al sacratizar la caballería fundando Órdenes caballerescas había dado un paso decisivo, el que con mayor eficacia había vuelto a la oveja descarriada al redil. La Iglesia, en cambio, había dado al caballero en pago de su sometimiento, la trascendencia de paladín de la Cristiandad (cf., supra, "La caballería como institución").

4.- EL CABALLERO ENAMORADO.

Función del amor en el caballero.

Tan profundo, tan insondable el amor. Pero también tan desconcertante - por contradictorio. Puede resolverse en mil aventuras y puede concentrar las mil inquietudes del hombre en un sentimiento ardiente por sólo una amada. -- Dispersión o sentimiento que integra, el amor es siempre una revelación, pues hace aflorar nuestra verdadera personalidad, esa que guardamos para entregarla en muchas aventuras, o, de una vez, en una sola. ¿Será el amor también para el caballero una prueba que nos revele su esencia última, los móviles verdaderos de su tornadiza personalidad? ¿O es el amor, como tantas otras, una faceta más que agregar a las muchas del caballero?

Principiaremos por ver el amor según nos lo presenta El caballero Cifar. Cifar ha perdido a su esposa Grima. En las aventuras que corre por encontrar la llega al reino de Mentón, a cuyo señor ayuda contra sus enemigos. Su comportamiento llena de agradecimiento al rey, que ve con buenos ojos el matrimonio de Cifar con su hija; pronto, pues, el caballero se casa con la infanta - (Cifar, 80, p.128), asegurándose para él la sucesión del trono. El viejo monarca muere poco después, y Cifar es nombrado rey de Mentón. Estando acostado un día en su cama "vinosele en mientes de cómo fuera casado con otra mujer, y hubiera hijos con ella, y cómo perdiera la mujer y los hijos" (ibid., 80-81, p. 126) ¿Que ha pasado con Cifar? ¿La ambición de riqueza aludida por María Rosa Lida ha influido en él (cf. supra, "Caracteres guerreros del caballero") para que olvide su anterior matrimonio? No se dice, pero suponer la visqueda de señorío como causa de los dos matrimonios del caballero equivaldría a subrayar demasiado una particularidad que, después de todo, no es completamente clara. Las ideas éticas y religiosas en el libro son robustas y, aunque ellas no hayan dado todavía trascendencia al caballero, existen aquí y allá, haciendo detener la acción en sentencias, consejos, discursos, etc. (cf. Piccus 1962,

pp.16-30). Más presumible parece que la enredada tópica bizantina sea la causa del olvido de Cifar y de sus dos matrimonios; se trata de despertar en nosotros el interés por la resolución del problema: ¿qué habrá de ocurrir cuando Cifar se case con la infanta? ¿Qué sucederá si Cifar y Grima vuelven a encontrarse, una vez que se han realizado las bodas del caballero y la hija del rey? El problema se resuelve de cualquier modo para beneplácito de todos los personajes: el caballero, con un pretexto bizantino también, no llega al ayuntamiento carnal con la infanta, pues, declara a su segunda esposa que ha prometido "a Nuestro Señor Dios...mantener dos años de castidad" (Cifar, 81-82, pp.127-128). Grima, como se esperaba, llega al reino y descubre que su marido está casado con la que ahora reina, pero guarda silencio. La reina muere antes de que el plazo de dos años de castidad se cumpla, y Cifar, libre de toda culpa, puede reunirse con Grima (ibid., 118-119, pp.163-164). Los hijos, -- perdidos también, han encontrado a sus padres, y la primera parte de la novela desemboca en un final feliz.

No se busca otra cosa en tales episodios que enredar las cosas para provocar el estupor de los lectores. Si los personajes cambian o caen en desmesuras como el doble matrimonio, todo ello está dentro de las reglas del juego narrativo. No hay rasgos psicológicos, porque tal cosa no está en los principios de la técnica del enredo. Más que ninguna otra novela caballeresca, el Cifar recoge los principios novelísticos, los lugares comunes, de las narraciones bizantinas, no importando cuánto los episodios puedan estar al margen de la ética. Por eso, como dice María Rosa Lida, el Cifar es "un no logrado maridaje de narración didáctica y de novela caballeresca" -- y bizantina, agregamos-- (cf. Lida 1952, p.259). Más que intención de burlar las normas establecidas sobre la fidelidad del amor y del matrimonio, los dos casamientos de Cifar muestran en su autor un interés mayor por la trama, en detrimento de los personajes. El autor, conforme a tales principios, se despreocupa del amor y

del cumplimiento de sus normas. Y la indiferencia vuelve a repetirse con similares circunstancias con el personaje de Roboán en las Insulas Dotadas (Cifar, 206-213, pp. 265-277). Roboán ha prometido a la infanta Seringa casarse con ella (ibid., 196, p. 251); no obstante, al llegar al reino mágico de las insulas, se casa con la emperatriz Nobleza, olvidándose, como su padre, de la palabra dada a Seringa. Luego de haber sido tentado y engañado por el demonio, Roboán es arrojado del lugar, sin que haya una referencia ~~en él~~ al olvido de Seringa, para que podamos suponer que Roboán, con tal exilio, es castigado por su volubilidad amorosa. Nobleza llora desconsolada y entona una dolorida canción, pero ya nada tiene remedio: el caballero se va en una barca, cantando también su desventura. Pocas líneas más tarde, Roboán aparece convertido en emperador de Tigrida, olvidando otra vez, pero ahora no un juramento, sino toda una boda. Otro ejemplo más de la obra nos muestra la ~~escena~~ ^{representación} que habrá tenido el tema del olvido conyugal en su tiempo: es el pasaje del caballero Atrevido (ibid., 110-117, pp. 155-161), similar al de Roboán y la emperatriz Nobleza. Hay, sin embargo, algunas diferencias: después de llegar al reino submarino, Atrevido es nombrado señor de él por la Dama del Lago. Poco después de vivir con ella, en uno de sus paseos, encuentra "una dueña muy hermosa, mucho más que su señora", a la que requiere de amores. Dos mujeres, — "cobijeras", malinclinan a la mujer para que acente a Atrevido, sabiendo que éste es marido de la reina. "El caballero tomóla por la mano y metióla a sus casas y fincó con ella una gran pieza hablando". En la escena siguiente encontramos a Atrevido cabalgando para su posada. La señora del reino del Lago enterada de la infidelidad de su esposo, se enfurece y se convierte en "un diablo muy feo y muy espantable". Un torbellino echa fuera de las aguas al caballero. Aquí hay ya un adulterio, una falta grave contra la fidelidad, y ello resalta por la cercanía de los dos hechos boda-infidelidad, lo que no admitiría sino castigo para el caballero. Pero esta infidelidad es atenuada,

mues la unión de Atrevido con la Dama del Lago, los encantamientos y las riquezas, "todo este hecho era obra del diablo", por lo que "no quiso Dios que mucho durase". La indiferencia por el amor, aparece aquí como indiferencia por la ética, pero ¿quién ha de pensar en nada de eso -la moralidad de los -- personajes, la fidelidad amorosa- si de lo que se trata es de contar historias que provoquen estupor, maravilla, manejando para ello tanto la vida de un santo como las tradiciones artúricas y las narraciones caballerescas?

Pero, fuera de Cifar, Roboán y Atrevido, quienes parecen no tener conciencia del amor, ¿las hazañas de otros caballeros son movidas por el amor? - Si nos quedáramos con la imagen de Amadís luchando con el Endriago (cf. supra "Dios de parte del caballero"), definitivamente tendríamos que aceptar que no, que al caballero sólo tangencialmente lo toca el amor, pues tiene que despojarse de todo recuerdo terrenal, de todo sentimiento amoroso para librar la hazaña caballerisca. Pero el caballero no es sólo la reunión de sus caracteres de santo, sino, ya lo hemos visto, un ser de mil caras. Por eso, a la vez que se cuenta en el Amadís la lucha del héroe contra el monstruoso demonio, se nos refiere la aventura -parte esencial en la estructura de la novela- en que Amadís reúne a sus hombres para liberar a Oriana. Sólo que muchos elementos confluyen en el episodio: el rey Lisuarte ha reñido injustamente con Amadís, obligándolo a despedirse, junto con sus compañeros, de la corte de Gran Bretaña. El rey también ha procedido con injusticia al no querer restituir la isla de Mongaza a Madasima. A esto se agrega el hecho de que Lisuarte deshereda a Oriana al quererla casar con el Patín. Este dato debe tomarse como móvil amoroso en Amadís, tanto como deber caballeresco, pues una de las normas del código caballeresco es defender a las doncellas de todo aquello que pueda dañarlas. A la par que la personalidad de Lisuarte va adquiriendo mayores caracteres de maldad (cf. infra, "Las oportunidades amorosas del caballero"), el tema del amor de Oriana va teniendo menor fuerza. Ante tal reunión de - -

afrentas por vengar en un solo hecho, ante tantos móviles que aparecen en la guerra entre Amadís y Lisuarte, la causa del amor que mueve al caballero a luchar por su dama se ve disminuida en importancia. De tal manera que cuando llega el momento del matrimonio por el cual el caballero se ve privado de su vida guerrera y andante (cf. supra, "Decadencia del caballero"), se vuelve cierta la impresión que teníamos de que al caballero sólo parcialmente lo impulsa el amor. Como si Amadís tuviera una personalidad pública -su vida andante- a la que hace estorbo el amor, una gran empresa religiosa que rechaza por completo el amor, y, por último, una vida cortesana a la que es esencial el amor.

~~(¿Qué nos dirán Esplandián, Tirante y Palmerín al respecto? ¿Será secundario el amor para ellos como para Amadís?)~~ Esplandián y Tirante son hombres dedicados al oficio de la guerra para engrandecer la gloria de la Cristiandad (cf. supra, "Agrajes, el guerrero" y "El servicio a la Cristiandad"). No obstante, en lo que respecta al amor son bien distintos. Tirante emprende una lucha tremenda contra los turcos, contra toda la Berbería, pero sostiene también otra igualmente tenaz por lograr los favores de Carmesina, la princesa. En la obra alternan, por tal motivo, los pormenores de la estrategia militar con la narración de los escarceos eróticos de Tirante y la princesa; corren ambas acciones paralelamente para detenerse con la conquista de Berbería por Tirante y la lucha final -por que, en verdad, el amor de Tirante tiene rasgos de agresión (cf. Tirante, XXXV, v, 1675 e infra "El caso de Tirante")- en que el personaje hace suya a Carmesina. Placer de mi Vida cuida bien de decirnos que ambas son conquistas guerreras, cuando reprende a Tirante por su mucha valentía en la guerra y su poco esfuerzo para obligar a la doncella Carmesina - (ibid., CXI, iii, 1432). En el pasaje en el que el caballero vence por fin a la princesa, ésta, gimiendo, habla de la fuerza de los "combates de amor": -- "guardad, señor -dice a Tirante-, que no deben cortar las armas de amor, no -

ha de herir ni llagar la lanza enamorada" (ibid.,XXV,v,1675). A Tirante, con trariamente a lo que ocurre con Amadís, el amor no le toca tangencialmente, - sino que le hace aflorar, aun en la cama, su misma cualidad agresiva, violenta, que muestra en la guerra. Si sus amores están aparte de sus conquistas, - no es por que él mismo esté dividido en dos, sino porque Martorell nos lo - quiere mostrar, tanto en el campo de batalla como en la cámara de su amada, - con una misma personalidad vigorosa, viva. Tirante no es tímido en el amor - como Amadís (cf. infra "Las uniones secretas"), sino fuerte y audaz. Ambas- figuras son una idealización del caballero, por cuanto reúnen las cualidades- del héroe con las del fiel y leal amador, sólo que en las dos obras la idea - del amor se manifiesta de manera distinta. En el Amadís el amor se expresa - -remembranzas del roman courtois- mostrándose el caballero débil, sometido a- la dama, y en el Tirante el personaje expresa su amor con toda su vitalidad.- Por algo dice Carmesina -cita que luego habremos de repetir (cf. infra "El ca- so de Tirante")- después de disfrutar del amor del amado: "ahora sé qué es -- amor, que antes no lo sabía" (Tirante,XXXVI,v,1677).

Poco hay que decir de Esplandián, digno sucesor de Amadís, para quien el- amor ocupa un lugar limitado. Esplandián y Leonorina se enamoran de oídas - (Esplandián,XXXIX,445-446) y se relacionan por medio de los mensajeros Carme- la y Gandalín. Se encelan (ibid.,XLIX,454-455) y se disgustan (ibid.,LXXX, - 481) antes de tratarse. Poco influyen estos amores tanto en la trama de la - novela como en el propio Esplandián. El amor es parte de la vida del caballe- ro, pero no una fuerza que lo mueva a grandes empresas (cf. infra "Las oportu- nidades amorosas del caballero").

En el Palmerín de Inglaterra el amor de una dama hace luchar a los caba- lleros. Por exaltar la belleza de su amada, el caballero se traba en batalla con el amigo (Palmerín,LXIII,i,112), y a veces con el mismo padre (ibid., LI,

i,90), pues "la orden del amor que en todo puede...hace negar las otras cosas por hacer lo que él quiere" (ibid., LXIII, i, 112). Pero el amor es duro con todos los caballeros: con Palmerín (ibid., XVII, i, 32-33), con Florendos (ibid., II, i, 89), Albaizar (ibid., LXXI, i, 126) y Dramusiando (ibid., LXIII, i, 111-112), - pues "las condiciones del amor son éstas: tratar mal a quien no lo merece, fa favorecer a quien no conoce su bien, negar sus engaños a quien de ellos se sa tisface" (ibid., LXI, i, 108). En esta novela, verdaderamente el amor mueve a -- los personajes, no sólo para librar batallas, llevando la bandera del amor, - sino que, por obra del amor, los loci amoeni menudean por toda la obra (ibid., XII, i, 72; XLIX, i, 85 passim), hasta que, sin poder soportar por más tiempo la- tentación, el autor describe escenas pastoriles francamente, con flautas y vi llancicos "tan bien compuestos, que no parecían de hombre de tan baja suerte" (ibid., LXI, i, 109) y Florendos y Floramán -claro, los nombres ^{por el momento} se convierten - en pastores (ibid., LXI, i, 109; LXXII, i, 128-129), con correspondientes lamentos, música de flauta y, como necesario telón de fondo, la ribera del Tajo. El lu gar común, la búsqueda constante del enredo novelístico, la trasnochada idea del sufrimiento del amor, los lances caballerescos; todo, se vuelve uno cuando, como en esta novela, el disparate se lleva a principio literario.

Las uniones secretas

Aunque la categoría del caballero es la del ser excepcional tanto en la guerra como en el amor. Aunque demuestre a cada paso su incommovible fidelidad, el caballero es capaz de sentir el goce de los amores secretos. Su figura enhiesta, a la que parece proteger de las tentaciones la gruesa armadura, - encuentra placer por las entrevistas furtivas. Por algo el demonio aparece - en el Cifar transformado en mujer, "la más hermosa del mundo" (Cifar, 207-213, pp.267-276). Los amores secretos corren a cada momento el peligro de ser des cubiertos. Nadie sabe por qué el caballero esconde su amor; por qué sus rela

ciones con la amada se realizan fuera de la luz, pues las bodas del caballero son, como dice Estefanía, "bodas sordas" (Tirante, LXI, iii, 1357-1358). Puede percibirse aquí el eco del amor cortés: Andrés el Capellán supone que "el amor rara vez dura cuando se lo divulga demasiado" (), porque "todos los amantes están obligados a mantener secreto su amor". Un trovador del siglo XII, Arnaud de Mareuil, cantaba a su dama:

"Si os dignáis concederme algún favor, oh la más querida de las señoras, sabed que sufriré la muerte antes que cometer la menor indiscreción. Ah, pido a Dios que condene mis días en el instante mismo en que cayero yo en la falta de traicionar el secreto de vuestras bondades" (citado por Lafitte-Houssat, p.87, también véase p.112).

Como continuación de tal tópico, el amor en secreto aparece en casi todos los personajes importantes de los libros de caballerías. Amadís oculta su enamoramiento ante los demás, y sobre todo ante el rey Lisuarte; Palmerín no hace saber al emperador y a toda la corte que ama a Polinarda. Tirante y Diafebus no manifiestan qué damas reinan sobre sus sentimientos. El prestigio del caballero podía hacer que éste solicitara el permiso del padre de la dama o al señor para casarse con ella, sin temor de ser rechazado; el caballero podría disfrutar del amor sin desazón alguna: el matrimonio resolvería el problema de la angustiosa espera de los amantes y evitaría problemas posteriores. Por ejemplo -y ya que la mujer es una persona que no puede tomar iniciativa, pues está supeditada a la voluntad del padre-, se evitaría el matrimonio concertado por el padre entre la dama y el caballero rival del virtuoso: de ser conocida la relación amorosa del protagonista con su dama, los padres no habrían de caer en el error de pretender casar a la hija con otro caballero que no fuese el virtuoso. Pero como los sentimientos amorosos quedan en secreto, Lisuarte decide casar a Oriana con el Patín, y para Tirante existe la amenaza de que el emperador case a Carmesina con un moro. Bien se ve que-

() De arte amandi, citado por Lafitte-Houssat 1963, regla 13, p.47.

por principio de conveniencia

las uniones secretas, sirven de impulso para que se incremente la acción de la novela; de tópico del amor cortés, el tema de los amores secretos ha pasado la novela como uno de los resortes principales para echar a andar la trama y sus pender el interés. Se retarda el momento del matrimonio entre los protagonistas (en todas las novelas las bodas ocurren en los últimos capítulos), poniéndose en evidencia que, sobre todo, las relaciones ocultas —en tanto no se realicen sexualmente los amores—, son un truco que habrá de mantener el misterio. Ya que el matrimonio es elemento esencial del desenlace, son, por principio, — las relaciones secretas parte de una técnica novelística encaminada a crear — un rudimentario suspense.

Pero luego que se admite tal principio narrativo, que regirá gran parte de los acontecimientos en las novelas, se percibe que, después de todo, no ha quedado resuelto del todo el problema, pues si dejamos al suspense como motivo único de las relaciones amorosas ocultas, todavía sentimos que hay algo — más que aclarar, algo levemente matizado de sensualidad que hay que explicar, y que, definitivamente, no entró en el engranaje de la maquinaria novelística. Las uniones secretas llaman la atención por lo insólito de que los amores secretos no son sólo ideales, sino que se realizan carnalmente, engendrando hijos que tendrán que vivir apartados de sus padres hasta que el matrimonio de éstos una a todos por igual. Ello habla de un misterio no ciertamente casto, que hace disfrutar a los amantes de un incentivo más al de sus propios sentimientos. El amor aparece más intenso así, cuando no unen a los amantes los lazos del matrimonio. Vuelve a aparecer la huella de los preceptos del capellán, quien dice que "entre esposos no pueden existir celos verdaderos, — sin lo cual no puede haber amantes de verdad", pues "el amor no puede extender sus derechos entre esposos. Los amantes, en efecto, se conceden mutuamente todo y gratuitamente, sin que los fuerze ninguna obligación. Los esposos, en cambio, están obligados por deber" (f.).

(f) De arte amandi, respuesta al fallo XXI de la Condesa de Champagne, citado por Lafitte-Hossat, p.63-65).

Siendo, como era, el matrimonio medieval más regido por la conveniencia, y determinado, por ello, por los padres o los monarcas, la magia, la libertad del amor, ^{en la} se encuentra ^{en la} ~~libre~~ de la mirada de las gentes mayores; aún más, el verdadero amor deberá burlar la tutela y la autoridad de los superiores. -- Aquí estamos ya no frente a un tópico, a una norma del amor cortés, sino ante una idea sobre el amor que exalta las características de libertad, y que goza en su condición de estar apartado de la ley, de la observación, de la mirada rígida de las personas mayores. La unión carnal, mantenida fuera de la luz -- por lo amantes, revela lo placentero del amor furtivo. Hay un extremo cuidado --un cuidado enfermizo-- por guardar las apariencias ante los demás y, sobre todo, frente a los padres y al rey. La más vueril demostración de amor, la más casta, deberá hacerse a escondidas. "Agrajes, que más que a sí la amaba [a Olinda], agradecióselo [el recibimiento], no le pudiendo besar las ma no, porque el secreto de sus amores manifiesto no fuese" (Amadís, LIII, ii, 546).

No, ya no se trata de un lugar común repetido sin convicción, sino de al go que rebasa lo establecido por una regla, algo más vivo. Hasta en tanto no se realiza la unión sexual de los amantes podemos pensar que se trata de un --tópico más, convertido en principio novelístico. Cabe que pensemos sólo eso. Pero una vez que los amantes llegan al ayuntamiento carnal, los hechos rebasan el lugar común, pues, como hemos dicho, desteje la personalidad casta -- que hubiéramos pensado de los protagonistas. Es ya una idea sobre el placer del amor furtivo que nos presenta una vitalidad que hasta ahora se manifiesta. La escena en que Amadís y Oriana realizan su amor en la floresta, es descrita con acentos suaves e ingenuos. Amadís, al ver la belleza de Oriana "en su po der", se turba "de placer y de empacho" y no osa mirarla. Ante la timidez -- del amado, "la gracia y comedimiento" de Oriana toma la iniciativa: allí fue-- "hecha dueña la más hermosa doncella del mundo. Y creyendo [los amantes] -- con ello las sus encendidas llamas resfriar, aumentándose en muy mayor canti-

dad, más ardientes y con más fuerza quedaron, así como en los sanos y verdaderos amores acaecer suele". Sin embargo, no falta el ligero toque de arrepentimiento después, que confiere al placer un matiz de necedad: se dice que habrían estado viviendo sus amores en la floresta por mucho tiempo, si los "pudieran sin empacho y gran vergüenza sostener". Gandalfín, antes de dejar solos a los amantes, da una nota maliciosa al episodio; al despedirse dice en secreto a Amadís: "señor, quien en buen tiempo tiene y lo pierde, tarde lo cobra" (Amadís, XXXV, i, 462-463).

El pasaje, aunque lleno de la dulzura del buen amor, de los "sanos y verdaderos amores", tiene un leve toque sensual y, como hemos dicho, un indicio claro del inmediato arrepentimiento que encontraremos robustecido más tarde; los amantes, no obstante, tienen entrevistas subsiguientes en el castillo de Miraflores, lejos de la mirada paterna, donde pasan ocho días (ibid., LVI, ii, 567) y, posteriormente a otras aventuras, tres días más (ibid., LVIII, ii, 580).

Ante las palabras de Urganda la Desconocida, que parece querer descubrir los secretos amores de Amadís y su amada, ^{ante la corte,} Oriana, "perdida la color, fue muy desmayada, pensando que Urganda, descubriendo algo de ella y de su amigo, serían en gran peligro y vergüenza" (ibid., LX, ii, 597-598). Los amores secretos han causado, al realizarse, un sentimiento culpable y un temor de ser descubiertos por la autoridad paterna. Estos sentimientos, unidos al cuidado de la honra femenina, llevan a Oriana, al quedar encinta, a sacrificar la honra de la Doncella de Dinamarca para salvaguardar la suya: se habrá de entregar a la Doncella el niño en cuanto nazca, diciendo que la criatura es de ella -- (ibid., LXIV, ii, 632-633). La burla de la vigilancia, la separación de los amantes de la autoridad paterna y real -- anteriormente explicada como uno de los factores principales de los amores secretos --, llega a hacerse evidente y a tomar mayor fuerza cuando Amadís, contraviniendo la voluntad del padre-rey-lisuarte, rescata a Oriana del inminente matrimonio con el emperador de Roma.

La fuerza de los amores secretos robustece a Amadís para luchar contra la auto ridad superior, y sobreviene el rompimiento entre el rey y Amadís-Oriana. El- sustrato de rebeldía a la superioridad y al poder de las gentes mayores, laten te en los amores secretos, se manifiesta en este hecho, que viola la autoridad y se opone definitivamente a ella. Pero ni aquí ocurren los acontecimientos - sin rasgos de culpabilidad por parte de los personajes. Amadís continúa ocul- sus sentimientos a sus compañeros y a su padre. Ya salvada Oriana de su matri monio con el emperador, vive, entre tanto, en la Ínsula Firme; sin embargo - - -fuera del palacio paternal, pesando sobre ella la culpa de haber violado el - mandato de Lisuarte y el miedo de que sus amores sean descubiertos-, decide - aislarse en una ala del palacio de la ínsula, donde no deberá entrar ningún va rón hasta que no se resuelva la oposición entre Amadís y su padre (ibid., - - LXXXIV, iv, 817).

La guerra de Amadís y sus caballeros contra los de Lisuarte y el Empera- dor resuelve el problema: la caballería de Amadís vence a la del Emperador, - primero, y después a la del rey (aunque a ésta no completamente, pues por pie- dad del héroe se suspenden las luchas ibid., CXL, iv, 902); ahora, después de que el padre, el rey, el superior, ha sido vencido por el joven Amadís, pueden ma- nifestarse libremente los amores, pues el caballero, probando sus fuerzas, su- madurez, su independencia, venciendo al señor, ha ganado ya la categoría de se- ñor. El caballero, en su nueva condición, que habrá de establecerse con el ma trimonio (supra, "Decadencia del caballero"), puede hacer público lo que antes, como rasgo de juventud caballeresca, había vivido en las sombras (ibid., CXLIII, iv, 906-917). Los encantamientos de la Ínsula Firme -el Arco de los Leales Ama dores, la cámara hechizada, las maravillas todas-, son deshechos después que - Oriana y Amadís, como se había profetizado, "huelgen en uno, y cuando el ayun- tamiento de ellos fuere acabado" (ibid., LXLIII, ii, 628; CXLV, iv, 976-978).

El amor en secreto es un rasgo de vitalidad, pues tanto tiene rasgos del erotismo de lo oculto, como es manifestación de la rebeldía contra los mayores. Hay, además, circunstancias que nos muestran a los personajes con sentimientos de culpabilidad, lo cual significa que los amantes saben que están obrando al margen de las reglas morales establecidas, que sus actos muy probablemente que dan fuera de las normas de castidad del código caballeresco. Sin embargo, y a despecho de todo esto, los amores secretos se cumplen; o sea que tanto se admiten los amores que violan el código como se acepta, también, la "desobediencia" de los personajes a los superiores. En ambos casos aparece la rebeldía como característica, y por eso podemos afirmar que es la rebeldía la causa esencial de los amores secretos.

Otros personajes en el Amadís viven también los amores secretos que luego se convierten en matrimonio establecido. Tal sucede con Perión, que engendra a Amadís en una entrevista secreta con Elisena (ibid., I, 1, 315). Apolidón y Grimanesa se fugan de Roma, cuyo emperador es hermano de la doncella, pues los amantes no tenían "esperanza de ser sus amores en efecto venidos por ninguna ruisa", por más que Siudán, el emperador, recibe bien al caballero (ibid., prólogo, ii, 503-504). Sarquiles y Gadanza, en sus entrevistas secretas, descubren los planes malvados de Gandandel y Brocadán, tío de Gadanza (ibid., LXIV, ii, 634-636). En todos estos ejemplos no hay el menor asomo de censura por la manera oculta con que se manifiesta el amor, y en el episodio de Sarquiles y Gadanza el amor secreto no sólo no es criticado sino que sirve al bien, pues por él son descubiertas las verdaderas intenciones de los falsos consejeros. Otros casos en que el amor carnal aparece en la obra nos muestran una indulgencia del autor por lo erótico (cf. infra, "Las oportunidades amorosas..." y "Algunos personajes vistos como seductores"), mas, por ahora conviene analizar las relaciones amorosas secretas en los personajes principales de otros libros de caballerías, pues los rasgos de sensualidad, de vitalidad, en el Amadís se - -

pierde en otras novelas posteriores. Los principios rígidos de la castidad caballeresca, las normas del código caballeresco, influidos por el ascetismo religioso, perviven en el Amadís como referencias, como telón de fondo en los discursos que tratan de hacernos presente la vigencia de las ideas ascéticas, pero al echarse a andar la novela, al caminar el personaje e internarse en la maraña de aventuras, lo humano le sale a flote, mostrando que las reglas sobre el amor, sobre la castidad, resultan ser estereotipados principios, incluso para un género que pretende recobrar el tiempo perdido de la Edad Media. En el Palmerín y en el Esplandián, sin embargo, se muestra diferente visión del amor, pues los protagonistas, de pronto, no realizan el amor secreto.

En el Palmerín de Inglaterra los protagonistas Polinarda y Palmerín conciertan una cita nocturna. Pero las primeras palabras que la amada dice al caballero llevan, por principio de cuentas, un reproche a Palmerín por orillar a la dama a acudir a la entrevista "a costa de mi honra"; luego pide que "si la intención con que decís que me servís es tal como las palabras lo muestran, bien podéis dar cuenta al emperador vuestro agüelo y mío, y al príncipe Primaleón mi padre, que tendrán por bien casarnos a entrambos, ... [pues] vuestras cosas son de tan gran merecimiento, que no se les puede negar nada". Palmerín, después de largo diálogo, accede que así se haga, y los amantes hacen el juramento del desposorio ante la reina de Tracia y de Dramasiana (Palmerín, -- XXXV, ii, 286-287), aunque el público matrimonio ^{se realiza} después (ibid., L, - ii, 331). En el Palmerín las uniones ^{secretas} se han vuelto un lugar común; ~~pero no pertenecen al buen amor como en los libros de caballerías anteriores sino al mal amor.~~ Se ha despojado al tópico de su vitalidad, de su rebeldía, para que funcione sólo en las figuras de fondo, como oposición al casto protagonista. Es más, si se menciona la relación secreta de don Duardos con la maga Argónida, de donde nacen Pompides y Daliarte (ibid., III, i, 9; XIV, i, 26-27), es para volver sobre algo que ha ocurrido en el Primaleón, en donde los amores

secretos habrían de aparecer todavía en los personajes principales (1).

En el Esplandián ni siquiera hay referencias de matrimonios secretos, y mucho menos ocurren estas uniones en los protagonistas (cf. supra "Función del amor..."). Como para dejar claro que aquí el amor no sucede en secreto, Esplandián, al saber que Carmela trae una embajada de Leonorina para él, hace que la mensajera, renuente a hacerlo en presencia del rey de Dacia, dé el recado ante el de Dacia, pues "yo tengo por mi corazón propio este rev..., delante dél ma decid todo" (ibid., LX, 463-464).

Carmela urde una estratagema, por medio de la cual Esplandián entrará en la cámara de Leonorina encerrado en una reliquia mortuoria. Pero los amantes pasan el tiempo en discursos corteses, viéndose largamente y hablando ante la reina Menoresa. Llegada la noche, Esplandián tiene que volver a su escondite y los amantes "con poco cuidado de su...deleite" se despiden, sin siquiera haber pensado en la oportunidad de una unión carnal (ibid., XCIV-XCV, 491-492). Las censuras a los matrimonios secretos de los libros de caballerías comenzarían (2) ya a surtir sus efectos en las nuevas obras caballerescas del siglo XVI, en los años anteriores al Concilio de Trento, y de esas críticas se harían eco el Palmerín y el Esplandián. Representantes de nuevos tiempos, pues, en los que la renovación religiosa se dejaba sentir aun en la literatura. La castidad, más severamente vigilada por los hombres del siglo XVI dejaba atrás el goce de vivir, la vitalidad que había querido manifestarse libremente, y que, de pronto, fue inhibida por la renovación ascética.

(1) Otras referencias de amores secretos se hallan en Palmerín de Oliva, primeros capítulos, primera parte, seguramente; Pfimalción, LV, i, 29, 3, y Espejo de príncipes y caballeros, ejemplos citados por Thomas, 1952, pp. 68-71 y 92-95.

(2) Críticas citadas por Thomas, op. cit. pp. 115-123.

Las oportunidades amorosas del caballero (1)

El protagonista de los libros de caballerías es un ser de grandes cualidades: posee la valentía, el esfuerzo y la voluntad, que lo separan del común de los caballeros; como es joven tiene la impetuosidad de los hombres de su edad, pero también la discreción que le permite obrar en forma mesurada y de acuerdo con la justicia. Es, por ello, un caso de excepción en la común antinomia entre la juventud y la sabiduría. Sus costumbres, su trato con los demás, su uso de la palabra, lo vuelven una persona agradable, graciosa, en los círculos sociales de la corte (cf. supra, "Atraves el guerrero").

Todo ello coloca la figura del caballero muy por encima de sus semejantes y le confiere una naturaleza atractiva a todos. Pero, además de eso, el caballero posee una seguridad de sí mismo, una fe en la verdad de sus propios fines que le da un cierto tufillo pretencioso. Si a ello agregamos cualidades como la búsqueda de fama, la intención del caballero de elevar su nombre sobre el de los demás, a uno no le queda la menor duda de que el caballero es vanidoso. Para contrarrestar tan feo vicio, los autores de los libros de caballerías nos dan aquí y allá pormenores de la humildad del caballero, su generosidad con los demás, su piedad por los débiles, el respeto ^{que muestra} por los ancianos, la turbación ante el halago que le dirigen los otros, etc. Pero como las andanzas caballerescas son tan frecuentes, y como en todas ellas brillen las extraordinarias cualidades del caballero, la exaltación del personaje termina por hacernos pensar que toda su pretendida humildad no es sino una falsa modestia, de la que se sirve para hacer resaltar aún más su figura. El caballero tiene, finalmente una belleza que causa "maravilla" en los que lo conocen, y que - -

(1.) Lamentablemente no pudimos consultar el libro de Justina Ruiz de Conde El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías, que nos habría sido de suma utilidad en este capítulo; únicamente tenemos de él la referencia de M^a. Rosa Lida en Romance Philology - III (1949-50), núms. 2 y 3, pp.224-225.

transforma en amor la admiración, que originalmente pudieran causar sus cualidades de discreción, en las damas. La hija del rey de Mentón se preocupa tanto por la suerte de Cifar, que el padre, ante tal actitud, se muestra sorprendido y, más tarde, habrá de proponer el casamiento de la infanta con el caballero - (Cifar, 71, p. 120). El caballero está casado con Grima - con quien ha procreado dos hijos -, sólo que, por bizantinas circunstancias, la mujer se ha perdido de su marido. Roboán, poco después de haber prometido matrimonio a la princesa - Seringa, entra al reino de las Insulas Dotadas, donde se le dice que la fama de sus muchas cualidades ha llegado al reino; por su renombre la emperatriz lo espera para hacerlo señor de las insulas (ibid., 206, p. 265).

Amadís enamorado de Oriana, no sólo despierta el amor de su señora sino - el de Briolanja y Grasinda. En algún momento, el caballero puede valerse de - su singular presencia para librarse de ser prisionero de alguna dama (Amadís, - XXXIII, i, 453), pero prefiere vivir toda la vida prisionero, o morir, a cometer tal desacato al amor de su dama. Algo similar ocurre a Palmerín, salvo que - aquí se insiste en la desesperación de la dama que, de mil modo^s y con mil razo- nes, trata de convencer al caballero. La dama llega al extremo de encadenar a Palmerín y llevarlo a su cámara, "declarándole muchas veces su grandísimo de- sseo, rogándole mucho que del todo no la quisiese matar, pues su edad más era para gozarse con ella que para desechalle así" (Palmerín, LXIV, i, 114). Sin embargo la actitud de Palmerín es terminante, y seguirá fiel a su amada Polinar- da. La belleza de Esplandián provoca tal amor en la reina Calafia, que, "con- aquella vista tan ablandada y tan quebrantada [estaba], como si entre mazos de hierro anduviera" (Esplandián, CLIV, 547). Así también Leonorina, disgusta- da con Esplandián, al verlo, siente que "el corazón era ablandado de gran dul- zura" (ibid., CXVII, 518). Tirante, alegre y lleno de vida, despierta el inte- res de la emperatriz, que lo alaba y le sugiere una probable relación amorosa - entre ambos (Tirante, LXV, III, 1370). La Viuda Reposada también es otra de las-

oportunidades perdidas para Tirante. La mujer se enamora del caballero e interviene continuamente para que la unión secreta de Carmesina y Tirante no se realice, ya levantando a todo el palacio con la excusa de ruidos, al presumir la entrevistas nocturnas de los amantes (ibid., CXIV-CXV, iii, 1438-1440), ya metiendo habladurías entre ambos para separarlos (ibid., XCV, iii, 1407; CL, iii, 1496-1497); pero como tal técnica no funciona, declara su amor a Tirante, con los pechos de fuera, fingiendo que llora por la desventurada Carmesina, a quien "estas tetas dí a mamar". Ante la inmutabilidad de Tirante, la viuda se desnuda ante el caballero para acostarse con él, mas "como Tirante la vió desnuda en cama, prestamente saltó de la cama y abrió la puerta de la cámara y fué a su posada" (ibid., CLII-CLIII, iii, 1497-1499). Margadina, reina de Tremecón, enamorada de Tirante, le declara su amor (ibid., XXXIII, iv, 1555). Antes de sus aventuras por el Mediterráneo, Tirante, muy caballero bretón, ha simpatizado con la doncella Agnés, peleando por el joyel de la dama con el Señor de las Villas Yermas (ibid., LIII, i, 1126), durante las bodas del rey de Inglaterra.

¡ Cuántas damas-dueñas y doncellas- enamoradas del caballero! Aquí y allá, y con el pretexto de la defensa a desvalidas doncellas, se mencionan las oportunidades que surgen al caballero en sus aventuras. La corte comenta su belleza, su valentía, su discreción. Él sabe comportarse y tener amena charla con las damas, como Amadís en la corte de Constantinopla (Amadís, LXXIV, iii, 741-745), o como Galaor quien toma de la mano a Briolanja "sin ningún empacho, como aquel que no se espantaba ni turbaba en ver mujeres" (ibid., CXXI, IV, 959). Diafebus habla tan desenvueltamente a las damas "como si toda su vida fuese criado entre ellas" (Tirante, IV, iii, 1237) y Tirante "entre mujeres es muy agradable" (ibid., I, iii, 1329). El caballero, conociendo a las mujeres, puede aconsejar al bisoño enamorado tal como lo hace Tirante con Feline (Tirante, XIV, ii, 1209; XV, ii, 1211). La experiencia amorosa de Tirante -de la que por cierto no se nos da noticia- llega a tomar rasgos de tercería (ibid., II, ii, 1185-1186; --

III,ii,1188), pues concierta la boda del príncipe Felice con Ricomana (ibid., xvii,ii,1218).

Sin embargo estos sólo son datos que nos muestran la irresistible personalidad del caballero virtuoso; él no es un seductor aunque tenga las dotes y la vanidad necesaria para serlo. Son otros quienes siguen el camino de los múltiples amores, quienes cifran en la conquista física de la mujer sus esperanzas amorosas. Son, en general, figuras de contraste al caballero, pues oponen a la fidelidad del virtuoso su "libre voluntad" para el amor; muestra la concentración de las cualidades amorosas del caballero por oposición a ellos.

No obstante todo lo cual, y sin perder de vista la función de contrapunto original en estos personajes de fondo, algo de la vitalidad de la vida sensual se filtra en ellos. Y hay a veces una secreta simpatía por esa vida libre y vital, que aunque opuesta a la vida ejemplar no es del todo censurada por los autores. Son pequeños montículos entre la vasta extensión de la fidelidad caballeresca, pero nos muestran una fase importante, por insólita, de los libros de caballerías. En el Amadís se cuenta, por ejemplo, que Lisuarte, en su juventud, después de defender a la doncella Celinda de sus enemigos, engendró en ella a Norandel. La unión con Celinda se realiza, tal parece, poco después de haberse casado Lisuarte con Brisena (Amadís, LXVI,iii,665-666). Esto se nos cuenta a raíz de aparecer, de pronto, Norandel. ¿Para qué introducir a la mitad de la obra este nuevo personaje, que poco habrá de intervenir en la acción? Evidentemente Norandel es un pretexto para referirnos la aventura secreta de Lisuarte. Pero ¿con qué fin? La razón parece estar páginas más tarde, y no precisamente en la persona misma de Lisuarte: Oriana da a luz a Esplandián, escondidas de su padre. (Antes, Amadís y sus caballeros han partido, disgustados con el rey, a la Ínsula Firme). Florestán y los suyos -compañeros de Amadís-, han invadido la ínsula de Mongaza, que Lisuarte no ha querido restituir a Madanima (ibid., LXVI,iii,667-668). Los rasgos de "villano" (en el sentido-

actual) van acentuando ^{de} en Lisuarte, y aunque no se podrá decir que es un villa no completo, ahora se aleja más el rey del buen camino, pues ha hecho que los amantes se vuelvan a separar; y, por si fuera poco, se menciona una aventura amorosa que diferente de la unión de Amadís, nos muestra un Lisuarte adúltero. Parece que todos estos datos negativos del rey fueran dados más para ilustrar ciertos rasgos de la unión de Amadís y Oriana que para describir ^{la} una trayectoria psicológica ^{del rey.} En suma, parece que Lisuarte cambia de rey bueno a rey injusto para utilidad de la obra. Sus rasgos de desagradecido monarca habrán de probar la paciencia de Amadís, su injusticia habrá de resaltar la generosidad de Amadís, su unión secreta disculpará la unión secreta de Amadís. Se entiende que la unión secreta de Lisuarte no se mencionara antes, cuando no era necesaria, sino ahora que tiene el efecto de atenuar ante nosotros la culpa que los ^{protagonistas} amantes puedan tener por sus amores secretos, antes del matrimonio.

La aventura de Perión con la hija del conde de Selandia (ibid., XLII, 1, — 487-489) difiere de la de Lisuarte con Celinda, aun cuando ambos episodios posean rasgos en común. Perión realiza el enlace con la doncella antes de haber contraído matrimonio secreto con Elisena; lo sabemos porque a propósito de esta doncella se menciona una espada que reaparece en el episodio de Elisena, — pues "fue la que después pusieron a Amadís en el arca, cuando lo echaron al — mar", por tal motivo, el episodio tiene mayores atenuantes para la conducta de Perión. En principio, la hija del conde es la que, sin Perión presumirlo, se introduce en la cámara del joven rey y lo sorprende dormido. La doncella, ante el estupor y la rápida negativa de Perión, insiste en ofrecerle su amor. — La hija del conde toma entonces una solución: se matará con la espada de Perión allí mismo para enfurecer a su padre contra el caballero. "Estad, que yo haré lo que queréis", exclama entonces Perión. Así fue engendrado Florestán, — hermano mayor de Amadís. Florestán sí es un personaje importante; ha aparecido como caballero misterioso, atrayendo, por su fama, la belicosa tentación de

don Galaor (ibid., XLI, i, 482-483). Galaor va a buscarlo y pelea con él, sorprendiéndose al saber que con quien lucha es su hermano. La batalla se interrumpe y ambos se piden perdón (ibid., pp. 484-487). Aquí el tema de la lucha entre hermanos ha desplazado a la explicación del origen de Florestán. Contrariamente al anterior episodio, el amor secreto se da para que entendamos quién es Florestán y como antecedente del motivo central de la lucha fratricida. Seguramente el sentimiento de los lectores quedaría conmovido por este último tópico, según nos lo muestra la frecuencia con que aparece en los libros de caballerías (Amadís, XI, 1, 356-358; Palmerín: XXXI, i, 62; LI, i, 89; VIII, ii, 207; - - - LXXXVI, i, 152 passim). Este motivo central después se habrá de explicar de alguna manera, aunque sea a costa del rey Perión (1).

Hay, pues, circunstancias atenuantes en el rey Perión, y, además, su aventura amorosa ¿no es una nota que sirve ~~de atenuante~~ ^(a los amores de Amadís y Oriana) a los amores de Amadís y Oriana?

Algunos personajes vistos como seductores.

Cuando el caballero se da cuenta de las oportunidades amorosas que surgen a cada paso en su vida andante, cuando, movido a añadir a su gloria la fama de gran amor, se lanza a aprovechar todas las ventajas eróticas que le brinda su irresistible personalidad, el caballero se vuelve un seductor. Ya lo hemos dicho, pero conviene insistir en ello, pues el menor descuido, la menor distracción del caballero frente a su compromiso caballeresco es capaz de obrar la transformación en él. Algunos personajes de los libros de caballerías, que tienen la misma esencia original que el caballero virtuoso, se separan del - -

(1) Cabe anotar aquí el paralelismo entre Perión y Lisuarte, y también la preferencia del autor por el primero: ambos son reyes y padres de Amadís y Oriana, respectivamente; ambos engendran hijos fuera de sus matrimonios, pero ¡cuánta diferencia en la simpatía que provocan! Perión aparece poco, pero siempre como el padre ejemplar, siempre en ayuda de su hijo Amadís, aun en contra de Lisuarte; Lisuarte, ya lo hemos visto, tiene, contrariamente, rasgos de "villano" en algunos pasajes.

amor fiel y se vuelven contrapartida de aquél. Uno de ellos es Galaor, hermano de Amadís. En ningún lugar se nos ha dicho que sea diferente de su hermano. Ambos se han probado en batallas singulares, y han provocado la admiración de todos por sus hazañas. Aun han combatido el uno contra el otro sin sobresalir mayormente ninguno de ellos. Pero, de pronto, don Galaor, después de vengar la muerte del padre de Brandueta, ve la oportunidad de disfrutar el amor de ella y "antes que la comida viniese, ni la mesa fuese puesta, descompusieron ellos ambos una cama...siendo dueña aquélla que de antes no lo era, satisfaciendo sus deseos, que en tan pequeño espacio de tiempo, mirándose el uno al otro la de su floreciente y hermosa juventud, muy grandes se habían hecho" — (Amadís, XXV, i, 427-428).

Amadís y Galaor corren juntas algunas aventuras caballerescas. En una de ellas ambos caballeros son engañados por Madasima, señora de Gantasi, quien los tiene presos y sólo los libertará si prometen despedirse de la corte de Lisuarte. Un anciano caballero aconseja a Amadís que, ^{para obtener la libertad, volve a la} pues "sois muy hermoso..." ~~haced~~ ^{haced} buen semblante y llegados he a la dueña [Madasima y] requerirla de casamiento o de haber su amor en otra guisa, que ella es mujer que ha su corazón — cual le place". La resouesta del fiel Amadís no se hace esperar: prefiere la muerte a ser infiel a Oriana. El viejo caballero se dirige entonces a Galaor — con las mismas razones, "y él fue muy alegre cuando lo oyó", aceptando de inmediato enamorar a la dueña. Como la hermosura de Galaor causa admiración en la dama, las cosas salen como se había previsto. La mujer desea hacerlo su "amigo" "y aquella noche durmió don Galaor con Madasima, que muy hermosa y muy rica era, e hijadalgo, mas no de tan buen precio como debía". Galaor engaña a la señora de Gantasi, elogiando su belleza, prometiéndole volver y hacer cuanto ella quiera (ibid., XXXIII, i, 452-454). El caballero, ya libre de la prisión, mediante la estratagemma de un juego de concepciones, burla la promesa dada (ibid. XXXVIII, i, 472). Queda hecha, pues, la diferencia entre los personajes de Ga—

laor y Amadís. Este será, de aquí en adelante, el "leal amador"; Galaor el — amante voluble. Pero no debe verse en ellos, por el contraste destacado en el pasaje, una reprobación a don Galaor tan dura como cabría pensarse. El mismo Amadís no impide que don Galaor seduzca a Madasima; sólo lanza una desesperanzada censura al hermano: "Dios ponga en vos —dice— más vergüenza que miedo". — Para que nos enteremos de que la conducta de Galaor en el episodio aludido no es causada sólo por la necesidad de librarse —y librar al hermano— de prisión, se nos muestra al caballero, nueve páginas más tarde, en otra aventura amorosa. Después de despedirse de Amadís, Galaor va en busca de un misterioso caballero para vencerlo en combate. Una doncella lo guía hasta él. Galaor, en el camino, intenta disfrutar del amor de la doncella, "mas ella no quiso" (*ibid.*, XLI, i, 484).

Esta aventura reúne a Galaor con Florestán, pues el caballero misterioso no es otro que Florestán, hermano de Galaor y Amadís, y a quien protege una dama llamada Corisanda. El encuentro no es casual, pues los dos personajes, de "libre voluntad" para el amor, serán opuestos a la fidelidad amorosa de Amadís. Ambos, después de ganar Florestán la justa de las tres doncellas, gozan los favores de dos de ellas (*ibid.*, XLIII, i, 501). Antes, don Florestán se ha despedido de la dolorida Corisanda, quien llora la partida de su caballero. Florestán, como Galaor/antes, ha prometido a su amiga "que lo más pronto que ser pudiese la tomaría a ver", aunque se olvide de ella al poco tiempo y, después, al conocer a la reina Sardamira, se enamora verdidamente ~~de ella~~ (*ibid.*, XLII, ii, 484), y acabe por casarse con ella (*ibid.*, CXX, iv, 952). Siguen el encuentro de los dos caballeros con Amadís y —rasgo sintomático de la diferencia entre — Galaor-Florestán y aquél, la empresa de los Leales Amadores, de la que Amadís sale victorioso con notable diferencia de su compañero Agrajes. Amadís invita a sus hermanos a que pasen la prueba del Arco, pero ellos, que han demostrado su afición por los deslices amorosos, se niegan a evidenciarlo, pues "que no

somos tan sojuzgados a esta pasión [del amor] que la merezcamos acabar" ----
 (ibid., XLIV, ii, 507-508).

Los tres caballeros se separan, siguen sendas aventuras y vuelven a encontrarse en la corte del rey Lisuarte, de donde Galaor, junto con el gigante Cildadán, es llevado a la insula de Urganda la Desconocida. Allí ^{ambos} son atendidos por doncellas que van todos los días a visitarlos a sus prisiones, "en la cual visitación se dió causa a que ellas fuesen vengadas de dos hijos: el de don Galaor, Talanque llamado; el del rey Cildadán, Maneli el Mesurado" (ibid., LIX, ii, 590).

En otro episodio posterior parece haber una velada censura al caballero que corre por igual las aventuras eróticas y las guerreras, pues don Galaor, por primera vez, es engañado por una dama. El caballero encuentra a Dinarda, hija del temible Ardán Canileo, sin saber que la doncella anda en busca de Amadís para matarlo. Dinarda, por su parte, sí se entera de que el caballero es Galaor, hermano de Amadís, y, para no ser conocida de Galaor, "le miraba con ojos amorosos y hacía señales a su doncella loando la gran hermosura de él". Galaor, sin desconfiar de ella, "según su maña, en aquel caso no tenía el pensamiento sino como a su grado de ella por amiga la pudiese haber. Y en dueñarla tornó". Norandel, quien acompaña en estas aventuras a don Galaor, descubre la identidad de la doncella, al tratar de seducir a la compañera de Dinarda. Norandel lo comunica a Galaor quién es la dama, mas el enamorado caballero no hace caso de las palabras del amigo, pues ha caído en las redes tendidas por la malvada mujer. Para él, Dinarda es "la mujer de cuantas yo vi que más me ha contentado y no la quiero partir ahora de mí". Norandel logra por fin realizar sus deseos con la compañera de Dinarda, y ambos enamorados acompañan a sus damas hasta un castillo en donde las damas, "echando la puerta colgadiza", dejan afuera a los caballeros, burlándose de ellos desde las ventanas (ibid., LXIX, iii, 699-701).

Esta es la última aventura amorosa de don Galaor, antes de su matrimonio con Briolanja (ibid., CXXIX, iv, 1003); ~~ya~~ ^{ya} muestra al caballero recibiendo una lección de la que presumiblemente sale correído de sus dispersas aficiones amorosas, pues no se ^{vi} vuelve a ^{estudiar} a otros amos de él. Sólo se menciona que, al tomar a Briolanja de la mano, va en la corte de la Insula Firme, Galaor lo hace "sin ningún empacho, como aquel que no se espantaba ni turbaba en ver mujeres" (recuérdese la timidez de Amadís, la actitud del amante de encubrir su amor frente a los demás y aún en la corte. cf. supra, "Las oportunidades amorosas...").

Otro personaje en el Amadís con declarados caracteres de seductor es el caballero de Creta (ibid., CXXX, iv, 1013-1015), quien sirve a los designios divinos de castigar a la doncella Encantadora -encantadora en el sentido de maga, porque de hermosura "muy poco la natura la había ornado"-, ya que la mujer utilizaba la magia con fines malvados. El caballero de Creta era "hombre hermoso y asaz valiente en armas, de edad de veinticuatro años", causa por la cual Encantadora, que ha reunido una buena fortuna en tesoros, se enamora de tal manera del caballero que, siguiendo "su voluntad tan desordenada y vencida" se entrega a él, haciéndolo su señor y dueño de sus tesoros. El de Creta decide seguirle el juego a la dama, mostrándose amoroso en todo momento "más por el interés que por su hermosura", hasta que "él, considerando que en tal parte como aquella tan extraña y apartada, siendo señor muy poco le anrovechaba", usa sus facultades de manera más encendida y, halagando y diciendo dulces palabras a Encantadora, un día, "como otras muchas veces, abrazándola, mostrándole mucho amor, dio con ella de la peña ayuso tan gran caída que toda fue hecha piezas". Luego, el caballero se apropia de todo cuanto encuentra, aun de los servidores del castillo, y se marcha a su isla de Creta. Todo esto ocurre por voluntad de Dios, "permitiéndolo Él", aunque del castigo que Dios decide dar a la doncella el caballero "nada de esto no sabía". ¿Y todo por qué? Porque la donce--

lla se divierte sujetando con sus encantamientos las "fustas que en el mar pasaban" y haciendo pelear a unos caballeros contra otros. Por otro lado, el caballero de Creta, como Florestán -ya no digamos Norandel-, queda sin castigo. En el caso de Galaor -por más cercano al compromiso caballeresco de Amadís, -- tal vez- se menciona un hecho que puede entenderse como escarmiento a su conducta, pero en estos dos personajes ¿qué ocurre? Florestán es un personaje de relieve y, por eso, no parece posible que haya sido olvidado por el autor. El caballero de Creta sólo aparece en este episodio, es verdad, pero en él tiene el papel más importante. La idea del castigo que aparece en la punición de Encantadora no opera en el de Creta. ¿Es que es mayor el pecado de la magia negra que el de burlar -y matar- mujeres? Presumimos que sí, pues el autor se olvida -es decir no le concede importancia al hecho- de decirnos tanto de lo que opina de este play boy del siglo XV, como del comportamiento de don Florestán. Por mucha fe que se tenga en Dios, no deja de parecer discutible que mande como instrumento para ejecutar un castigo nada menos que a un seductor, y a un seductor interesado. ¿No será que, más que utilizar como instrumento al caballero de Creta para castigar a la maga, se hace uso de la maga para recrear un tema por el que se tiene inclinación: el del seductor? ¿No son muchos los datos que tenemos para presumir una no del todo oculta predilección por el burlador de mujeres, al que, por otro lado, no parece enjuiciarse mayormente? Después de todo, el "castigo" que recibe don Galaor es muy leve, ya que el caballero se repone pronto de él, tan pronto, que él y su compañero Norandel Norandel marchan "riendo mucho uno con otro de la respuesta de Dinarda y de su huésped y de la gran saña de Norandel" (ibid., LXIX,iii,701). Además, atando cabos, si a esto se agrega que el autor en otro lado pone a Galaor como ejemplo de la caballería a la que el matrimonio no logra alejar de sus deberes caballerescos (cf. "Decadencia del caballero"), podrá verse la indulgencia con que es tomada la conducta amorosa de don Galaor. ¿Ejemplo de la caballería andante -- don Galaor? ¿alguien que ha mostrado su inclinación por burlar mujeres? Si ad-

mitimos el olvido tenemos que admitir también la indiferencia -¿o tal vez una secreta preferencia?- para con la vida del seductor.

En el Palmerín de Inglaterra, contrariamente a los pasajes citados del Amadís, aparece ya una clara y dura crítica al seductor en la reprobación continua que se hace al proceder de Floriano, hermano de Palmerín. Resulta evidente, por principio de cuentas, que Floriano es una repetición del tema de Galaor, una copia -exagerada, como veremos- del contraste Amadís-Galaor. Pero resalta una diferencia fundamental en este punto, pues el Palmerín, no obstante la influencia recibida, cuenta los hechos del seductor desde otros tiempos y con otra visión.

Así como Galaor -y Florestán- es contrario a la fidelidad amorosa de Amadís, Floriano lo es de la de Palmerín. Sólo que Floriano recibe un escarmiento -en el caso que lo fuera el de Galaor-, mayor que el recibido por el hermano de Amadís, y de manera más manifiesta, pues queda en el más penoso de los ridículos en que pueda dejarse a un seductor: frente a las damas a quienes ha querido conquistar. Las damas -francesas- han urdido juntas un plan para avergonzar al enamorado caballero, pues "quien sirvió a [tantas damas] y las dejó quejosas, bien será que halle alguien de que se queje", dice una de las cuatro damas a Floriano (Palmerín, XLVI, ii, 323).

Floriano del Desierto tiene una larga y placentera vida de seductor. Enamora y consigue el amor de las damas más diferentes. Sus mutables sentimientos -porque se enamora de todas a las que corteja- son parte de esa cualidad caballeresca pretenciosa y segura de sí misma, pero que el caballero virtuoso no aprovecha (cf. infra., "Las oportunidades amorosas..."). Sólo que en Floriano esta particularidad funciona por motivos contrarios a la caballería. Floriano corteja a Targiana, hija del Gran Turco, pues se ha enamorado de ella, "cosa contraria a su condición, que para con ellas [las damas] so-

lía tener [voluntad] libre" (*ibid.*, LXXXI-LXXXVI, 1, 140-148). En la prueba de la copa encantada -nótese la influencia de la prueba de los Leales Amadores del Amadís-, que al tenerla en las manos un caballero virtuoso y fiel se torna transparente, Floriano es puesto en evidencia como inconstante amador, pues la copa "tornóse en las manos [de él] tan magra y oscura, que al parecer de todos nunca tanto lo fuese" (*ibid.*, XCII, 1, 161).

En la corte de Constantinopla conoce después a Leonarda, virtuosa dama con quien habrá de casarse más tarde, y rápidamente se enamora de ella, al grado de no poder conciliar el sueño esa noche (*ibid.*, X-XI, 11, 212-214). Pero más tarde se olvida de ^{la dama} ella. En la aventura con la jayana Arlanza, su predilección por las conquistas amorosas vuelve a manifestarse, y es ella causa de que esté a punto de morir. Floriano llega a un castillo, del que salen cuatro doncellas que lo reciben con halagos, llevándolo al interior del castillo. "Como ellas fuesen hermosas y lo recibiesen muy bien, y su voluntad fuese holgar con aquella compañía, iba tan alegre que ningún recelo se le acordaba...que esto es natural de hombres de voluntades libres". (Aquí vuelve a haber otra similitud con la aventura de Galaor y Dinarda). La gigante Arlanza, "de edad de diez y seis años, fea, mas tenía buen aire", lo recibe, tan bien amablemente, aunque está dispuesta a cumplir el mandato de su madre, por el cual el caballero quedará dormido para ser llevado a la muerte. Floriano se alegra porque cree que pronto habrá de disfrutar los amores de la gigante. Arlanza se retira y ordena que las doncellas le sirvan la cena y lo lleven luego a reposar. El caballero, al ver la belleza de las mujeres, vuelve a entusiasmarse, ahora por una de las doncellas, tan hermosa "que le hizo olvidar de todo...sin acordarse de lo que de antes le ocupara; porque su condición era en aquellos casos perderse por lo que hallaba más cerca" (*ibid.*, XII, 11, 217-218). Arlanza manda a la doncella en cuestión que le dé un anillo, que el caballero rápidamente se pone y queda, por él, encantado. Arlanza, tocados sus sentimientos por la belleza de Floriano, se arrepiente más tar

de, ya en la fusta que habré de llevar al caballero a la muerte; le quita el anillo sin poder resistir por más tiempo el amor. Las miradas de los dos, al despertar él, se encuentran, y los enamorados llevan a efecto sus deseos. -- Una vez que la gigante declara los fines por los que Floriano fue dormido y llevado en la nave, y promete seguir al caballero, Floriano se olvida de ella y como viajan juntos y corren mil aventuras, la pobre Arlanza tiene que sufrir pacientemente el desparpajo de su caballero ante otras damas (ibid., XIV, ii, 222-225). Una de tantas aventuras es la de las cuatro doncellas, a quienes gana el caballero en una batalla. Como Arlanza ha traído en su compañía a las cuatro servidoras del castillo, Floriano viaja con nueve mujeres. Naturalmente corteja y obtiene los favores de una de las doncellas de Arlanza, y así sigue con las demás, haciendo gala de su prodigalidad erótica con todas las mujeres del séquito (ibid., XXIII, ii, 252-253). Floriano no detiene allí sus conquistas femeninas, sino que parece querer abarcar la totalidad de las damas que encuentra, pues halla en su recorrido, siempre acompañado de Arlanza y las demás, a otras cuatro doncellas francesas, las gana en batalla y se enamora de las cuatro, sin saber cuál de ellas es la causa de sus nuevos sentimientos. Sin embargo, las damas francesas se burlan de él al final, reprendiéndolo por su conducta y riendo del chasco que le han dado (ibid., XLVI, ii, 302-323), como ya hemos dicho.

Por fin, después de haber dejado a las damas, llega a Constantinopla y se casa, por deseo del emperador, con Leonarda, la virtuosa dama que había conocido antes allí mismo. Y quien "hasta allí vivió essento y libre, de allí adelante de muy enamorado della quedó tan cautivo, que parecía no ser él" — (ibid., L, ii, 331-332), llegando el nuevo caballero a rescatar a su esposa de la prisión de la sierpe. "Los hombres —se dice— que mucho tiempo fueron libres, si se vienen a enamorar, son más enamorados que los otros que lo acostumburan" (ibid., LI-LII, ii, 334-340).

Queda de manifiesto que el seductor Floriano merece una censura por su conducta. Se reprueba su "libertad", anteponiéndole la ejemplar conducta de su hermano Palmerín, que no sólo es fiel sino que realiza su amor hasta celebrarse el matrimonio (cf. supra, "Las uniones secretas"). En cada aventura amorosa de Floriano se habla de lo censurable que resulta su comportamiento. El autor se ocupa del problema con mucho detenimiento, tanto que en la segunda parte de la novela, las aventuras de Floriano desplazan a las de Palmerín, y puede decirse que Floriano es el personaje principal de ella.

La reprobación del amor carnal tiene, pues, un lugar destacado en el Palmerín. ^{transmisión de} El ~~recazo de~~ los amores secretos en Palmerín y Polinarda, la censura de los amoríos de Floriano —y su figura lindante en lo caricaturesco—, así como la celebración del matrimonio caballeresco dictado por un superior —el emperador—, todo ello nos habla de una nueva idea, más drástica, más inflexible, de la sensibilidad amorosa. En el Amadís, no obstante ^{el} su idealismo, ^{el cual ya quisiera} su aspiración por la santidad que convierte al personaje en un iluminado (cf. supra, "Dios de parte del caballero"), ^{el} permite el matrimonio secreto de Amadís, las aventuras amorosas de Galaor, Florestán y el caballero de Creta, las uniones secretas de Sarquiles y Gadanza, de Perión, y los amoríos de Norandel. Hasta la adúltera conducta del rey Lisuarte es tomada con benevolencia: no es la unión secreta del rey lo que nos mueve a mirarlo con antipatía, es su ingratitude para con Amadís y sus caballeros, su intención de desheredar a Oriana, casándola con otro caballero que no es Amadís; su injusticia, en fin, merece mayor censura que sus adúlteros amores. La castidad caballeresca de Palmerín, la incisiva censura que merece el comportamiento del seductor Floriano, la ausencia de lo carnal, en fin, revela el nuevo ascetismo del siglo XVI que iba cambiando la imagen del caballero, haciéndola más etérea, menos humana y cada vez más distante del hombre común. El divorcio entre el ideal y la realidad ya era definitivo.

El caso de Tirante.

Cuando el caballero corteja insistentemente a su dama para que se entregue a él; cuando concentra gran parte de sus fuerzas en la posesión de la amada, llegamos al cruce esencial entre el caballero y el seductor. El caballero no ha perdido sus cualidades de leal amador; no hay en su corazón más sentimientos de amor que los que le provoca su dama; sus sueños y sus fiebres revelan una figura única, la de la amada. Sin embargo, el personaje se ha alejado de la imagen convencional del caballero, de la castidad caballeresca, al porfiar obstinadamente ante la mujer para que le entregue su cuerpo. Todo esto ocurre con Tirante. La libertad con que se entiende el amor en el libro rebasa, por desconocerlas, las fronteras de la castidad, pues el caballero ha perdido su timidez, su ingenuidad, adquiriendo, en cambio, la vitalidad de lo sexual. La cualidad del seductor, para el cual la posesión física de la mujer se impone de tal manera que impide ver cualquier otro móvil, aparece en el caballero, cobra vitalidad en él, quizá con mayor fuerza, puesto que el momento de la satisfacción de sus deseos se retarda, alimentando más las ansias eróticas del caballero. Y el caballero acosa desesperadamente a la dama son sus requerimientos, se vale de "mediadores", algunos de los cuales están a punto de perderle, arregla citas nocturnas, poniéndose en peligro de ser descubierto, y como la voluntad de la dama es inflexible, tenaz como la del caballero, él insiste, culpando a la doncella para quien los muros de la castidad son más fuertes que el amor. La dama parece ceder, inflamada también de amor; atrae hacia sí al caballero en la cita nocturna, "bésame los pechos -le dice-, por mi consolación y tu reposo" (Tirante, LXX, iii, 1377). ¹²¹ ~~Me~~ Tirante no deberá avanzar más. La vitalidad del caballero irrumpe en forma de alegría, luego que ha pasado el peligro de ser descubierto (1). Saltando desde su escondite; de nue-

(1) ¿Es la alegría de lo sexual un aspecto del Tirante en el que puede verse la influencia árabe? cf. Nicolau D'Oliver 1961, pp.142-143.

vo a solas con la amada, la levanta en brazos, y "bésola muchas veces en los pechos y en los ojos y en la boca...y llevóla bailando por la cámara, y le dijo: -Tanta beldad y discreción jamás vi en doncella del mundo". (*ibid.*, LXXXIV, iii, 1391-1392).

Pero nada puede, aparentemente, doblegar a Carmesina, quien, siempre temerosa de la osadía del caballero, riñe con él (*ibid.*, XCV, iii, 1407), tratando de convencerlo con palabras de que desista de su empresa, alegando su virtud de doncella y su respeto por Dios (*ibid.*, XC, iii, 1431). Tirante decide obrar sorpresivamente y, de acuerdo con Placer de mi Vida, servidora de la princesa, se introduce en la noche a la cama de Carmesina, quien cree que es Placer de mi Vida que yace junto a ella. El caballero junto al cuerpo amado, comienza a tomarse licencias. La princesa grita sorprendida al darse cuenta del engaño, despertando y poniendo en movimiento a todo el palacio. (Luego, ante el emperador y la emperatriz se dirá que es una rata lo que asustó a la princesa). El caballero huye, saltando desde una ventana, y se rompe una pierna (*ibid.*, CXIV-CXVI, iii, 1438-1443). Como acertadamente dice Dámaso Alonso, *op. cit.* p. 231, el episodio parece una escena de vaudeville. Pero, además, ¿no nos trae a la mente otras escenas donde el seductor, tomado de sorpresa, tiene que huír escapando por la ventana?

Más el caballero sigue siendo representación de la fidelidad amorosa. -- ¡Cuántos escauceos, huidas, avances y retrocesos, peligros y accidentes en la conquista amorosa! Parecería que el momento de la satisfacción erótica no llegara a realizarse nunca.

En la obra se ha venido dando una gran importancia a lo sensual, mostrándose aquí y allá el predominio del amor carnal en los personajes, en casi todos ellos: las entrevistas de Tirante y Carmesina, la libertad moral de Placer de mi Vida, que vive los amores de los protagonistas, disfrutando como dice Sergio Fernández de Celestina (Fernández 1961, pp.23-42)- del amor transferido-

cuando presencia las escenas más íntimas de los amantes, sin perder por ello - la gracia y la simpatía (Tirante, LXI, iii, 1356); el encendido amor y la declaración de la Viuda Reposada a Tirante (cf. supra, "Las oportunidades amorosas..."); las "bodas sordas" de Estefanía con Diafebus (Tirante, LXI, iii, 1357-1358); los amores de la "gentil vieja", la emperatriz, con el escudero Hipólito - - - (ibid., CXXXIII-CXXXIV, ii, 1465-1474); la "tercería" del mismo Tirante con Felipe y Ricomana que lleva al punto de inducir al tímido príncipe a que fuerce a la novia momentos antes de la ceremonia del matrimonio (ibid., XVII, ii, 1218); la obsesión de Martorell por los pechos femeninos, que tan acertadamente observa Dámaso Alonso (Alonso 1961, p.247), etc. La sensualidad tiene un importante papel en la obra, como puede verse. Tirante, en sus escarceos eróticos con la princesa, parece representar esa sensualidad, esa vitalidad conformada con su carácter de fiel amante. Y si recordamos que en ninguna otra novela caballescaca como en el Tirante el amor es contado como una lucha (cf. supra, "Función del amor..."), veremos que, sin quererlo tal vez, se han puesto dos figuras contrarias frente a frente, unidas -quién lo dijera- por el amor. En la desesperada y larga lucha entre Tirante y la princesa se ha tenido la oportunidad de hacer el contraste de los dos personajes. Cuando, después de desesperados avances y retrocesos, el caballero está a punto de lograr su conquista, tomamos conciencia del antagonismo y de la representación que las dos figuras han cobrado, quizá sin quererlo el autor. Entonces parece que ella ya no es Carmesina sino la Castidad, y él ya no es Tirante sino la Vitalidad. La lucha final tiene lugar, y el acto de realización amorosa, de sometimiento de la doncella, posee violentos caracteres: más parece estupro que acto de amor. Poco después, vencida la princesa, la Castidad, ella dirá, coronando los esfuerzos de su ardiente amado: "ahora sé qué es amor, que antes no lo sabía" (ibid., ^{Tirante} -- XXXIII, XXXVI, v, 1674-1677). Ha triunfado el amor carnal, la Vitalidad, y por la lucha nos hemos enterado de que el amor es el que se conoce a través del sexo,

el amor es carnal. Pero, entiéndase, no es que Martorell —o Joan de Galba— haya querido hacer una alegoría, ni que ^{de} haya tomado a los personajes como símbolos, sino que la lucha que los enfrenta hace aflorar en ellos su esencia.

La victoria del amor carnal, fuerte y sin ambages, parece, pues, conciliar el interés erótico del seductor con el del fiel caballero. Por algo la conquista amorosa de Tirante se realiza cerca del final de la novela, pues — ¿quién sabe si, en el caso de que la victoria ocurriera pronto y fácilmente, el deseo ya satisfecho de Tirante se renovara, haciéndolo perseguir nuevas conquistas?

- CONCLUSIONES

¡Cuántas transformaciones ha sufrido el caballero; Desde su rudeza original de los tiempos de las invasiones hasta su papel de favorito de las damas - de la corte, ciertamente ha caminado mucho. A cada momento le han salido al - paso hechos que lo han violentado -la vida es una eterna lucha-, obligándolo a cambiar. Rebelde, primero, a la renovación de la burguesía, paulatinamente es sometido por la Iglesia, que lo hace asimilarse a la nueva sociedad. Las Órde - nes caballerescas, con su administración casi burocrática y sus actividades co - merciales, muestran que un cambio se ha operado en la caballería. El hecho - que provocó tal cambio en los caballeros debió haber tenido la fuerza de una - conmoción. Algo sucedió en el viaje a Tierra Santa que los hizo volver cambia - dos por completo; algo como un hondo suceso espiritual que, de pronto, ^{los convirtió} ~~lo hizo~~ tomar conciencia del mundo que los rodeaba, de sus necesidades materiales y el modo de ^{conseguirlos} ~~conseguirlos~~. Desde la heroica primera cruzada hasta los líos mercan - tiles de los Templarios hubo una trayectoria espiritual que no es suficiente - mente clara. Lo único que percibimos de ello es que el caballero volvió con - sus impulsos heroicos minados del todo. En su lugar había nacido en él la ten - tación de la riqueza.

Antes, había ocurrido la sublimación de lo caballeresco hasta llegar a con - vertirse en ideal, y, probablemente, la intención del caballero real, del gue - rrero, por ajustar su vida a lo heroico del ideal lo había impulsado, junto - con otros móviles, a perseguir el heroísmo en la empresa de Jerusalén. De - ella volvió derrotado, consciente de que, aunque la hazaña que había emprendi - do tenía todos los caracteres de una proeza religiosa, Dios no había estado - con él. Quizá por las derrotas sufridas en Jerusalén también hubiera tomado - conciencia de que la hazaña heroica y maravillosa era imposible de ser realiza - da, de que el heroísmo era una quimera. La idea del caballero, el ideal caba - lleresco, pareció encenderse más, pero ya no como conducta valiosa a seguir, -

sino como símbolo de las ambiciones e inquietudes del hombre que no podrían -- realizarse, quizá nunca más. La vida diaria con sus móviles inmediatos se separaba del ideal caballeresco más y más, a la vez que el ideal del caballero se elevaba a esferas inalcanzables. El ideal caballeresco, entonces, tuvo pocos puntos de contacto con los hombres, si no era por esa función espiritual del hombre, tan parecida a los sueños, que es el arte. Renace el caballero en el arte de la Baja Edad Media, bien que ahora en forma distinta: se le viste de cortesano, se le atribuyen rasgos de discreto, suprimiéndosele su rudeza -- guerrera: el "ardimiento" caballeresco ahora tendrá que ir acompañado de la inteligencia. No es que antes el caballero no hubiera alternado con la corte, sino es que ha surgido una nueva idea del hombre por la que, para ser valiosa una conducta, deberá adoptar la elegancia de las costumbres del cortesano. Armaduras de laboriosidad increíble, penachos multicolores y pendones pintados a maravilla cubren al nuevo caballero, al caballero cortesano. El caballero ha adquirido en su nueva modalidad las preocupaciones amorosas, y la fuerza que demuestra en la batalla se vuelve debilidad ante la dama. Poco queda de la antigua figura caballeresca: sólo su acendrada religiosidad y la rebeldía -- revancha caballeresca -- contra todo aquello que pudiera vulnerarlo o detenerlo.

Estos últimos factores -- la religiosidad, la rebeldía -- aparecen en los libros de caballerías. La religión es elemento constante, huella indeleble de los antiguos tiempos, que no logra perderse en las novelas de caballerías. La religiosidad del Cifar y el Amadís aparece reforzada en el Tirante y el Esplandián con nuevas ideas del servicio del caballero a la Cristiandad; por eso se ha dicho que éstos ^{tienen} una mayor modernidad con respecto a la caballería -- tradicional, per se. Sin embargo, con toda la renovación de la que se hace representante Esplandián, con toda la modernidad del arte militar de Tirante, -- ¿no resultan un nuevo anacronismo estos caballeros cruzados en los albores de la Edad Moderna?, ¿no es el colmo de los caracteres religiosos de un personaje

la idea de cruzada, cuyos ímpetus habían decaído ya en el siglo XIII? Ya la anterior oposición —fue, aun en su tiempo, radical oposición en realidad?— entre el moro infiel y el caballero cristiano resulta falsa en la Baja Edad Media, en una Europa que se había abierto al tráfico comercial. Los europeos — concertaban tratos mercantiles, especulaciones de compra venta de especias y otros objetos, con los moros (cf. Zaburov 1960, pp.252-255). Fueron, quizá, las nuevas ideas de renovación religiosa en la Península (Descola 1954, pp.142-143) las que provocaron este retorno a la idea de cruzada del Tirante y el Esplandián.

Todo ello nos muestra la importancia fundamental del espíritu religioso — en los libros de caballerías, al punto de poder afirmarse que es la característica fundamental del caballero, la que lo lleva a empresas como la de Amadís o como las de Esplandián y Tirante.

Fruto de la renovación religiosa en España es también la desaparición del amor carnal en los protagonistas del Esplandián y del Palmerín, pertenecientes al siglo XVI. En el Amadís y en el Cifar aparecen rasgos de sensualidad mirados con indulgencia o indiferencia, rasgos que el Tirante muestra en forma — franca. Este libro es muestra de la vitalidad del amor sexual, de la alegría de vivir la sensualidad sin asomos de culpabilidad, al grado de parecernos que Tirante, encarnando la Vitalidad, triunfa sobre los envejecidos ideales del — amor casto. Por muchos motivos, el Tirante es un caso extremo de las novelas — de caballerías, y uno de estos motivos es el de exaltarse en el libro el amor carnal en forma tan decisiva. Es el Tirante un ejemplo de lo que la libertad — del siglo XV pudo fraguar en su seno, la muestra de la ruta no seguida después, ya que el siglo XVI, por obra del nuevo florecimiento de la ideas religiosas, — inhibió el amor carnal en el caballero, haciendo a Esplandián y a Palmerín representantes de la castidad absoluta.

Con todo, el amor no es tan importante en el caballero y en las novelas de caballerías como parece. Ocupa parte de la vida del caballero: aquella que se realiza en la corte, donde tantos episodios suceden, pero en la trama de las obras no es esencial, sino que es un tema anexo al grande de las luchas del caballero. A diferencia del roman courtois, por ejemplo (cf. Lafitte-Houssat 1950, pp.95-97), en las novelas caballerescas españolas los hechos del caballero no están subeditados al amor.

El otro elemento de la Edad Media que aparece en los libros de caballerías es la rebeldía. Hasta en su vida andante, largamente contada en las novelas, llega la rebeldía del caballero a hacerse notoria: el caballero se marcha dejando padres, bienes, "cuidados", para mostrar soberbiamente que lo rechaza todo para vivir una vida accidentada; para señalar cuánto él está apartado de la vida muelle a la que todos los demás -los superiores, por principio de cuentas- aman. En el Amadís los caracteres de rebeldía aparecen más claramente. Los amores secretos, además de mostrar leves tintes sensuales, nos señalan, como hemos visto, un trasfondo de rebeldía. Si se recuerda, además, que los amores secretos ocurren en la juventud de los personajes y que el matrimonio es un rasgo de decadencia caballerescas, se tendrá la figura del joven caballero rebelde a sus superiores y contrario a todo aquello que sujete su vitalidad: la vida muelle, la autoridad y los principios establecidos de la castidad. Por esa figura rebelde que sugiere, más que revela la vitalidad el autor siente una predilección que se manifiesta dispersa a lo largo de toda la obra. En este punto los límites del tópico son rebasados por los sentimientos del autor. Es probable que, a pesar de lo ejemplar que resulta la figura de Amadís, el personaje se haya alejado un poco del código caballeresco. Pero ¿se habrá alejado Amadís por ello del ideal del caballero? ¿No serán las notas de rebeldía, cualidades del ideal caballeresco tal como lo siente el autor? ¿Habrá, como sospechamos, una oposición entre el adocenado código caballeresco y el ideal-

Uno no puede dejar de reconocer la calidad del Tirante, que le viene de su licencia erótica. Esa libertad con que se entiende el amor nos ha dejado escenas estupendas: el episodio, por ejemplo, en el que Tirante lleno de alegría -como que es la Vitalidad- levanta a la princesa y la lleva bailando por toda la cámara, cubriéndola de besos; el pasaje en el que la princesa, desfalleciente por los deseos no satisfechos, parece ceder a los requerimientos del caballero, atrayéndolo hacia sí; el momento en que Tirante, al ver por vez primera a Carmesina, se enamora y, sin hablar, se retira a su cámara: "yo amo", dice solamente. La observación de la realidad, el gusto por el detalle convierten a lo grosero, a lo vulgar, en elementos con función estética. No pocas veces el humor aparece en el libro, y los detalles de realismo surgen en la descripción de los personajes: la princesa "se rasca y le comen los talones", a Tirante rompen en la batalla "cuatro dientes y muelas"; la parlanchina condesa de Varoyque salvia su charla con proverbios y dichos, hace aspavientos y llora por todo. Las dueñas y doncellas "bien arremangadas" se disponen a preparar la cena para el rey de Inglaterra, etc.

Luego, esa sinfonía que es el Amadís de Gaula, con sus cuatro movimientos fundamentales: la santidad, la rebeldía, el amor y la guerra; a ellos dan un aire gracioso y elegante las variaciones del cortesano. Poco después se vuelve a la trascendencia original y el gran tema de Amadís aparece despojado de sus rasgos de amante, de guerrero, para ser la alegoría del caballero sagrado. El tema central de Amadís aparece en contrapunto con Galaor, Lisuarte, Agrajes y Arcalaus, y la estructura novelística marcha conforme a una progresión de intensidad en el interés: Amadís congrega a sus hombres, reúne todas sus personalidades dispersas y concentra todas sus fuerzas para luchar contra el rey. En la sinfonía ahora aparece el tema de la lucha entre rey y vasallo; el motivo reúne y orchestra todos los elementos de la obra. La novela llega al clímax, y se resuelven la tirantez y la gravedad. La cuarta parte desvanece el efecto -

del clímax. El tono es menor (los personajes se alejan de su peligrosa vida, para vivir, quizá, del recuerdo de sus antiguas hazañas). Insensiblemente se desvanecen las figuras. El tema principal, asordado, se va perdiendo. La obra concluye.

Quien se acerca a los libros de caballerías por sí mismos, quien los lee convencido de que son fruto de un tiempo que no es posible ni justo violentar, quien necesita revivir el tiempo en el que existían todavía en el mundo gigantes y encantadores, se encuentra con no pocas sorpresas, con irrisitados hallazgos. Eso nos ha ocurrido a nosotros.

BIBLIOGRAFIA Y ABREVIATURAS

- AGUADO BLEYE 1963: AGUADO BLEYE, Pedro, Manual de Historia de España. Tomo I: Prehistoria. Edades Antigua y Media. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1963.
- ALFONSO EL SABIO, La gran conquista de Ultramar, que mandó escribir el rey don... Ilustrada con notas críticas y un glosario -- por don Pascual Gayangos. BAAEE, tomo XLIV. Madrid, 1951.
- ALONSO 1961: ALONSO, Dámaso, "Tirant-lo-Blanc, novela moderna", Pri-- mavera temprana de la literatura europea (lírica, épica, nove-- la). Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo, núm. 22. Madrid, 1961. pp. 203-253.
- ALTAMIRA, Rafael, Los elementos de la civilización y del carácter-- españoles. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1956.
- AMADÍs: Los cuatro libros del invencible caballero Amadís de Gaula (tomado de la ed. de Lovaina, 1551), Libros de caballerías espa-- ñoles. Edición, estudio preliminar y notas por Felicidad Buen-- día. Aguilar. Madrid, 1960. 308-1049.
- AMADÍs DE GAULA (tomado de la ed. veneciana de 1533). Libros de ca-- ballerías. Con un discurso preliminar y un catálogo razonado -- por Pascual de Gayangos BAAEE, tomo XL. Madrid, 1963. pp. 1-402.
- AUERBACH, Erich, Mimesis, la representación de la realidad en la -- literatura occidental. Traducción de I. Villanueva y E. Imaz. - FCE. Sección de Lengua y Estudios Literarios. México, 1950.
- AVALLE ARCE, Juan Bautista, "El arco de los Leales Amadores en el Amadís", NRFH, VI (1952), pp. 149-156.
- BAAEE: Biblioteca de Autores Españoles, continuación de la Colec-- ción Rivadeneira, publicada con autorización de la Real Acade-- mia Española.
- BBMP: Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Santander.
- + BARET, E., Del'Amadís de Gaula et de son influence sur les moeurs-- et la littérature au XVIIe et au XVIIIe siècle. París, 1873.
- BARTRA 1963: BARTRA, Agustí (ed.), La epopeya de Gilgamesh. Prólo-- go y versión de... Suplemento de la Revista Tlatoani. Escuela - Nacional de Antropología e Historia. México, 1963.

(+): Obras no consultadas.

- BENEYTO 1961: BENEYTO, Juan, Historia Social de España e Hispanoamérica. Cultura e Historia. Aguilar. Madrid, 1961.
- BENITO RUANO 1951: BENITO RUANO, E., "España y las cruzadas", Anales de Historia Antigua y Medieval (1951-1952), pp. 92-120. -- Buenos Aires.
- BENITO RUANO, E., "Balduino II de Constantinopla y la Orden de -- Santiago. Un proyecto de defensa del Imperio latino de Oriente" Hispania, 12 (1952), pp. 3-36, Madrid.
- BRANDI 1934: BRANDI, Carlos, "El Renacimiento". HU GOETZ. Tomo IV: La época del Gótico y el Renacimiento. Madrid, 1934.
- BÓ 1946: BÓ, Adriana y Ma. del Carmen Carlé, "Cuando empieza a reservarse a los caballeros el gobierno de las ciudades castellanas". CuHE, IV (1946), pp. 114-124.
- BOHIGAS BALAGUER, P., "Orígenes de los libros de caballerías", --- HGLH, I, Barcelona, 1949. pp. 519-541.
- BOHIGAS 1952: BOHIGAS, Pedro (ed.) El baladro del Sabio Merlín -- (según el texto de la ed. de Burgos de 1498). Edición y notas, con un estudio sobre El Baladro del Sabio Merlín y comparación de textos, glosario, índice inomástico, adiciones y enmiendas por... Selecciones Bibliófilas. 3 vols. Barcelona, 1952.
- + BOHIGAS, P., Los textos españoles y gallego-portuqueses de la Demanda del Santo Grial. CSIC (Anejos de la Revista de Filología Española), Madrid, 1955.
- BUENDIA, Felicidad, "Novelas de caballerías", estudio preliminar a Libros de caballerías españoles por... Aguilar, Madrid, 1960. pp. 9-40.
- BÜHLER 1957: BÜHLER, Johannes, Vida y cultura en la Edad Media. - Versión española de Wenceslao Roces. FCE. México, 1957.
- CSIC: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- CuHE: Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires.
- CABAÑAS, Pablo, Libro de Apolonio. Versión y prólogo de... Odris-nuevos. Editorial Castalia. Valencia, 1955.
- CANALEJAS, F. de P., Los poemas caballerescos y los libros de caballería. Madrid, 1878.
- CANAMOR: La Historia del rey Canamor y del infante Turián su hijo. [Tomado de la ed. de 1561] Edición, glosario e índice onomástico por Adolfo Bonilla y San Martín. NBAEE, Tomo 11. Madrid, 1908. pp. 527-574.

- CASTRO 1963: CASTRO, Américo, De la edad conflictiva (el drama de la honra en España y su literatura). Taurus Ediciones, S. A. - Madrid, 1963.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha con un prólogo de A. Herrero Miguel, Ramón Sopena, Editor. Barcelona, s/f.
- CIFAR: El libro del caballero Cifar, [tomado de la ed. de Wagner - de 1929, modernizando la ortografía] Libros de Caballerías Españoles. Aguilar, 1960. pp. 308-1049.
- CIRICI-PELLICER 1965: CIRICI PELLICER, Alexandre, Los Tesoros de España (desde Carlos V hasta Goya). Introducción de F. J. Sánchez Cantón. Una creación Albert Skira para Ediciones Destino. Lausanne, 1965.
- CLARIBALTE: FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, Libro del muy esforzado e invencible caballero Don Claribalte. Sale nuevamente a luz - reproducido en facsímil de la ed. de 1519, por acuerdo de la Real Academia Española. Prólogo de Agustín G. de Amezúa. Madrid, 1956.
- COHEN, Gustav, La vida literaria en la Edad Media (la literatura francesa del siglo IX al XV). Traducción de Margarita Nelken. FCE. Colección Lengua y estudios literarios. México, 1958.
- CONDON DE SEGUR 1945: España en la Edad Moderna. Tomo I: El Imperio español. Traducción de Alberto Lista. Cuadernos de cultura. núm. 20. México, 1945.
- CORONADO, Consuelo, El diálogo hispano inglés, ensayo sobre la decadencia de España. Tesis Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, 1947.
- CURTIUS 1955: CURTIUS, Ernst Robert, Literatura europea y Edad Media latina. Traducción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre. FCE. Sección de Lengua y estudios literarios. México, - 1955.
- DE ROTTERDAM, Erasmo, Elogio de la locura (Encomio de la sandez). Ediciones Ibéricas. Traducción y anotaciones de José Bergua. - Madrid, 1959. pp. 9-125.
- DESCOLA 1954: DESCOLA, Jean, Historia de la España cristiana. Traducción de Consuelo Bergés. Aguilar. Madrid, 1954.
- DÍAZ, José Simón. "Nuevos datos bibliográficos sobre libros de caballerías" Revista de Literatura, VIII (1955), núm. 16. pp. 255-270. Madrid.

- DURAN, Manuel, La ambigüedad en el Quijote. Universidad Veracruzana. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. México, - 1960.
- EUDEBA: Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires.
- El Cantar de Roldán, traducción del texto francés del siglo XII -- del manuscrito de Oxford por Martín de Riquer. Colección Austral. núm. 1294. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1965.
- Esplandián: Las Sergas de Esplandián. Libros de caballerías españolas, con un discurso preliminar y un catálogo razonado por - Pascual de Gayangos. BAAEE, tomo XL, Madrid, 1963. pp. 403-561
- FCE: Fondo de Cultura Económica. México.
- + FERNANDEZ ALVAREZ, M., "El hidalgo y el pícaro". Arbor 38 (1957), 144. pp. 362-374. Madrid.
- FERNANDEZ, Sergio, "El enemigo del descanso". Revista de Bellas - Artes, núm. 5. (2a. época) pp. 13-27. México, 1965.
- FERNANDEZ 1961: FERNANDEZ, Sergio. "El amor transferido" en Ensayos sobre literatura española de los siglos XVI y XVII. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. México, 1961. pp. 23-42.
- FIGUEIREDO, Figuelino de. "Camoens y el espíritu épico". NRFH, -- VII (1953), pp. 372-382.
- FRANK, Waldo, España virgen. Traducción de León Felipe. Prólogo - de Alfonso Reyes. Losada, S. A. Buenos Aires, 1958.
- FREDÉN, Gustaf, Tres ensayos cervantinos. Instituto Iberoamericano. Gotemburgo Suecia. Ínsula. Madrid, 1964.
- GARCIA PELAYO 1959: GARCIA PELAYO, Manuel, El reino de Dios argue tipo político. (Estudio sobre las formas políticas de la Alta-Edad Media). Revista de Occidente, Madrid, 1959.
- GARCÍA MORALES 1956: GARCÍA MORALES, Justo. Introducción al Baldro del Sabio Merlín: (edición de Burgos, 1498). Epílogo de Alvaro Cunqueiro. 2 vols. Joyas Bibliográficas, Madrid, MCMLVI--MCMLX.
- GARCIA VALDECASAS, Alfonso, El hidalgo y el honor. Biblioteca del conocimiento del hombre. Revista de Occidente. Madrid, 1958.
- GAYANGOS 1963: GAYANGOS, Pascual de, Discurso preliminar a Libros de caballerías. BAAEE, tomo XL. Madrid, 1963.

- GERBI, Antonello, "El Claribalte de Oviedo". Fénix, 6 (1949), pp. 378-390. Lima, Perú.
- +GILI GAYA, Samuel, "Las sergas de Esplandián como crítica de la ca-
ballería bretona". BBMP. (1947), 103 y ss.
- Y | GILI GAYA "Notas sobre Johanot Martorell". Revista de Filología -
Española, 24 (1937), pp. 204-208. Madrid.
- GIVANEL Y MAS, J., La novela caballeresca española. (Estudio crí-
tico de Tirant lo Blanch) Madrid, 1912.
- GRACIAN 1958: GRACIAN, Baltasar. El héroe (seguido de El discreto)
Colección Austral no. 49. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1958. pp.-
9-44.
- GRANCSAY 1964: GRANCSAY, Stephen V., Armas y armaduras. Versión -
castellana del inglés de Juan José Utrilla. Editorial Novaro -
México, S.A. México 1966.
- GROUSSET 1965: GOUSSET, René, Las cruzadas. Traducción de Ricardo
Anaya. EUDEBA, 1965.
- HGLH: G. Díaz Plaja (ed.) Historia General de las Literaturas His-
pánicas. Barcelona.
- HU GOETZ: Historia Universal dirigida por Walter Goetz. X vols. -
Espasa Calpe, S.A. Madrid.
- HAMPE 1933: HAMPE, Carlos, "La alta Edad Media Occidental" HU -
GOETZ, tomo III: La Edad Media (hasta el final de los Staufen).
Madrid, 1933.
- HEISENBERG 1933: HEISENBERG, Augusto, "El Imperio Bizantino", HU-
GOETZ, tomo III: La Edad Media (hasta el final de las Staufen).
Madrid, 1933.
- 91 | HEIGHET, GILBERT, La tradición clásica (influencias griegas y ró-
manas en la literatura occidental). Traducción de Antonio Alato
rre. FCE. Sección de Lengua y Estudios Literarios. 2 vols. Méxi-
co, 1954.
- HUIZINGA 1947: HUIZINGA, J., El otoño de la Edad Media. Revista -
de Occidente Argentina. Traducción de J. Gaos. Buenos Aires, 1947.
- + KRAPPE, A.H., "Le lac enchante dans le chevalier Cifar" Bulletin --
Hispanique. xxxv (1933). p. 107.
- LAFITTE-HOUSSAT 1966: LAFITTE-HOUSSAT, Jacques., Trovadores y cor-
tes de amor. Traducción por Eugenio Abril. EUDEBA, 1966.
- + MARQUES DE LAURENCIN. Ordenes militares. Discurso a la Academia -
de la Historia. Madrid, 1898.
- + LEBEGUE^{SEIFE}, Ph. La matère de Bretagne et l' Amadis de Gaule. 1937.
- LEONARD, Irving A., Los libros del conquistador. Traducción de Ma-
río Monteforte Toledo. FCE. Sección de Lengua y Estudios Lite-
rarios. México, 1953.

- LIDA 1955: LIDA DE MALKIEL, María Rosa, "Dos huellas del Esplandían en el Quijote y el Persiles". Panfleto reimpreso de: Romance Philology, IX (1955), núm. 2. Berkeley, Cal.
- LIDA 1952: LIDA DE MALKIEL, María Rosa, La idea de la fama en la Edad Media Cstellana. FCE. Sección de Lengua y estudios literarios. México, 1952.
- LIDA 1966: LIDA DE MALKIEL, Ma. Rosa, "El desenlace del Amadís -- primitivo" Estudios de Literatura española y comparada. EUDE--BA, 1966. pp. 134-148.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa, "La literatura artúrica en España y Portugal". Estudios de literatura española y comparada. EUDE--BA, 1966. pp. 134-148.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa, "La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas" apéndice de El otro mundo en la literatura medieval de Howard Rollin Patch. FCE. Sección de Lengua y Estudios Literarios. México, 1950.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa, reseña sobre: Justina Ruiz de Conde, El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías.-Romance Philology, III (1949-50) pp.224-225.
- LIVERMORE, Harold V. El caballero salvaje. Ensayo de identificación de un juqlar". Revista de Filología Española, 34 (1950),-pp. 166-183. Madrid.
- LULIO, Raimundo. Libro del orden de caballería. Colección Austral, núm. 889 Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1949.
- LULIO, Raimundo. Príncipes y Juglares. (Deberes del caballero para con su príncipe). Colección Austral, núm. 889. Espasa Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires, 1949.
- MAQUIAVELO 1952: MAQUIAVELO, Nicolás, El arte de la guerra. Obras políticas. Traducción y prólogo de Luis Navarro, Librería " El Ateneo". Editorial. Buenos Aires, 1952.
- MARAVALL, José Antonio. "El libro de caballerías como método utópico". Cuadernos del Centro Nacional de Estudios Políticos del S.E.U. Madrid, 1955, núm. 3, 71-84. También en Humanismo de las armas en Don Quijote. Inst. de Ests. Políticos, cap.VI, pp. -261-285. Madrid 1948.
- MARAVALL, José Antonio, "La idea de reconquista en España durante la Edad Media". Arbor, 28 (1954), 101.
- MARTINEZ RUIZ 1944: MARTINEZ RUIZ, Bernabé, "La investidura de armas en Castilla". CuHE, I-II (1944), pp. 190-221.
- MARTINEZ RUIZ 1949: MARTINEZ RUIZ, BERNABE, "La vida del caballero castellano según los cantares de gesta". CuHE, XII (1949),-pp. 130-144.

- +MARTINS, M., O elemento religioso em A. de G. Brotéria, LXVIII. Lisboa, 1959.
- TIRANTE: MARTORELL, Johanot, Tirante el Blanco (¿tomado de la versión castellana de 1511?). Libros de caballerías españoles. -- Edición, estudio preliminar y notas por Felicidad Buendía. -- Aguilar. Madrid, 1960. pp. 1060-1731.
- MARX 1964: MARX, Jean, Las literaturas célticas. Traducción por Beatriz Broitman. EUDEBA, 1964.
- MENENDEZ PIDAL, Ramón, Castilla, la tradición, el idioma. Colección Austral, núm. 501. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1955. *Jalta M. Pelayo trad. me de laico*
- MENENDEZ PIDAL, Ramón, "Poesía e historia en el Mío Cid". NRFH, - III (1949), pp. 113-129.
- MENENDEZ PIDAL 1963: MENENDEZ PIDAL, Ramón, En torno al Poema del Cid. E.D.H.A.S.A. Barcelona, 1963.
- MENENDEZ PELAYO 1943: MENENDEZ PELAYO, Marcelino, Orígenes de la novela. Introducción, tomo II. Colección Boreal. Editorial -- Glem. Buenos Aires, 1943.
- +MONCADA; Francisco de, Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de Samuel Gili Gaya. Espasa Calpe, S. S. Madrid, 1941. (Clásicos Castellanos).
- +MONTERO DIAZ, S.; Manzanares, J.J.; Espadas Burgos, M.; Martínez-Val, J.M.; Gutton, F.: La Orden de Calatrava. Ciudad Real, --- 1959.
- MORREALE DE CASTRO, Margarita, Castiglione y Boscán: el ideal cortesano en el Renacimiento español. Madrid, 1959.
- NBAAEE: Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- NRFH: Nueva Revista de Filología Hispánica. México.
- NARANJO 1948: NARANJO ALONSO, Clodoaldo, "El priorato de Magacela. Memorias de una Dignidad de la Insigne Orden de Caballería de Alcántara". Revista de Estudios Extremeños, Badajoz, 1948.
- NICOLAU d'OLWER 1961: NICOLAU d'OLWER, Lluís, "Tirant lo Blanc: examen de algunas cuestiones". NRFH, XV (1961), pp. 131-154.
- NICOLAU d'OLWER, Lluís, "Sobre les fonts catalanes del Tirant lo Blanc". Revista de Bibliografia Catalana, Barcelona, 1905, -- núm. 5. pp. 5.37.
- OLIVEROS: La historia de los nobles cavalleros Oliueros de Castilla a Artús Dalgarbe (tomado de la ed. de Burgos, 1499). Libros de caballerías. Edición, glosario... por Adolfo Bonilla y San Martín. NBAAEE, tomo 11. Madrid, 1908. pp. 447-523.

- PARTINUPLES: Libro del esforzado cauallero Conde Partinuples (tomado de la ed. de 1547). Libros de caballerías. Edición, glosario... por Adolfo Bonilla y San Martín. NBAAEE, tomo 11. Madrid, 1908. pp. 577-615.
- PATCH, Howard Rollin, El otro mundo en la literatura medieval. -- Traducción de Jorge Hernández Campos. FCE. Sección de Lengua y Estudios Literarios. México, 1956.
- PALMERIN: Libro del muy esforzado caballero Palmerín de Inglaterra (tomado de la ed. de Toledo, 1548). Libros de caballerías. Edición, glosario... por Adolfo Bonilla y San Martín. NBAAEE, tomo 11. Madrid, 1908. pp. 3-374.
- PICCUS 1962: PICCUS, Jules, "Consejos y consejeros en El libro del cauallero Zifar". NRFH, VI (1962), pp. 16-30.
- +PINEDA, Fray Juan de, Libro del passo honroso, defendido por el excelente caballero Suero de Quiñones. Salamanca, 1588. Este hecho también se refiere en la Crónica de don Juan II y en los Anales de Aragón de Zurita.
- PIRENNE 1964: PIRENNE, Henri, Historia económica y social de la Edad Media Traducción de Salvador Echavarría. FCE. Sección de Obras de Economía. México, 1964.
- PLACE, Edwin B., "El Amadís de Montalvo como manual de cortesanía en Francia". Revista de Filología Española, 38 (1954), pp. 151-169. Madrid.
- PUIGGROS 1965: PUIGGROS, Rodolfo, Génesis y desarrollo del feudalismo. Editorial F. Trillas. México, 1965.
- +PURSER, W.E., Palmerín de Inglaterra. Algunas observaciones sobre esta novela y la controversia acerca de su autor. Dublín, 1904.
- RUBA: Revista de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- +REVILLA VIELVA, R., Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa. Madrid, 1927.
- REY, Agapito, "Las leyendas del ciclo carolingio en La gran conquista de Ultramar". Romance Philology, III (1949-1950) pp. 176-187. Berkeley, Cal.
- REY, María Ramona, "El libro de Patronio como guía de vida". Del Cristianismo y la Edad Media. El Colegio de México. México, 1943.
- REYES, Alfonso, (ed.) Poema del Cid, según el texto preparado por Ramón Menéndez Pidal. Prosicación moderna por... Colección Austral, núm.5. Espasa Calpe Argentina, S.A. México, 1951.
- RICHTOFEN 1954: von RICHTOFEN, Erich, Estudios épicos medievales. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1954.

- ROBERTO DE LA PUENTE, Juan, La espantosa y maravillosa vida de Roberto el Diablo (tomado de la ed. de Barcelona, 1683). Libros de caballerías. Edición, glosario...por Adolfo Bonilla y San Martín. NBAAEE, tomo 11. Madrid, 1908. pp. 405-421.
- ROCAMORA, Pedro, "Entre el Amadís y el Quijote (notas para una interpretación literaria de la psicología peninsular)". Arbor, - 44 (1959), núm. 162. pp.617-627. Madrid.
- RODRIGUEZ MOÑINO 1956: RODRIGUEZ MOÑINO, A., "El primer manuscrito del Amadís de Gaula". Boletín de la Real Academia Española, XXXVI (1956). pp. 199-216. Seguido del estudio paleográfico -- por A. Millares Carlo. pp. 217-218; y del lingüístico por R. - Lapesa. Madrid.
- RODRIGUEZ PRAMPOLINI, Ida, Los amadises de América, (la hazaña de Indias como empresa caballeresca). (Tesis Facultad de Filosofía y Letras) Editorial Manuel Porrúa. México, 1948.
- ROMERO 1965: ROMERO, José Luis, Edad Media (Historia y panorama de la cultura). FCE. Breviario núm. 12. México, 1965.
- ROMERO 1959: ROMERO, José Luis, "Formas de vida señoriales en la Alta Edad Media". RUBA, IV (1959), 2, pp. 176 y ss.
- ROMERO, José Luis, "Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida". CuHE, I-II (1944). pp. 115 y ss.
- RÖRIG 1934: RÖRIG, Fritz, "La ciudad europea", HU GOETZ, tomo IV: La época del Gótico y el Renacimiento. Madrid, 1934.
- RUBIO BALAGUER, J., "Literatura catalana", HGLH, III, 1953, pp. -- 729-930.
- RUBIO, Luis, "Honor". Revista de Filología Española. XXXVIII (1954) pp. 265-269. Madrid.
- +RUIZ DE CONDE, Justina, El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías. Aguilar. Madrid, 1948.
- SALINAS, Pedro, "El héroe literario y la novela picaresca española". RUBA, IV (1946), núm.1. pp. 78 y ss.
- SANCHEZ ALBORNOZ 1942: SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio, En torno a los orígenes del feudalismo. Universidad Nacional de Cuyo. Tomo - III: La caballería franca y la castellana. Mendoza, 1942.
- +SCHEVILL, Rodolfo, "La novela histórica, las crónicas de Indias y los libros de caballerías". Revista de las Indias. 2a. época, - núms. 59-60. Colombia, 1943. pp. 173-196.
- SCHNEIDER 1934: SCHNEIDER, Fedor, "El nacimiento de los Estados - Nacionales", HU GOETZ, tomo IV: La época del Gótico y el Renacimiento. Madrid, 1934.

- SEE 1961: SEE, Henri, Orígenes del capitalismo moderno. Traducción de Makedonio Garza. FCE. Sección de Obras de Economía. México, 1961.
- +SERRANO PONCELA, S., "El mito, la caballería andante y las novelas populares". Papeles de San Armadans, Palma de Mallorca, 18 (1960), pp. 121-156.
- +SOTTO Y MONTES, J. de, "La orden de caballería en la Alta Edad Media". Revista de Historia militar. núm. 7 (1960), pp. 39-73.
- +SPENCE, Lewis, Legends and romances of Sapin. New York, 1920.
- SPITZER 1948: SPITZER, Leo, "Sobre el carácter histórico del Can- tar de Mío Cid". NRFH, II (1948), pp.105-117.
- THOMAS 1952: THOMAS, Henry, Las novelas de caballerías españolas y portuguesas, despertar de la novela caballeresca en la Península Ibérica y expansión e influencia en el extranjero. Traducción del inglés por Esteban Pujals. Anejos de Revista de Literatura, 10. C. S. I. C. Madrid, 1952.
- TURBERVILLE, A.S., La Inquisición española. FCE. Breviario núm. - 2. México, 1965.
- +TOYNBEE, P., Gray on the origin and date of Amadís de Gaula. The- Modern Language Review. Liverpool, XXVII, 1932.
- +VAETH, J.A., Tirant lo Blanch. A study of its authorship, principal sources and histories setting. Columbia University. Studies in Romance Philology and Literature, New York, 1918.
- VAN DOREN, Mark, La profesión de Don Quijote. Traducción de Pilar de Madariaga. FCE. Colección popular. México, 1962.
- +VARNAHAGEN, F.A. de, Da litteratura dos livros de cavallerías. Estudio breve e consciencioso. Vienna, 1872.
- VEDEL 1948: VEDEL, Valdemar, Ideales Culturales de la Edad Media, II: Romántica caballeresca. Traducción de Manuel Sánchez Sarto. Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1948.
- VOSSLER, Karl, Algunos caracteres de la cultura española. Colección Austral, núm. 270. Espasa Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires, 1942.
- VOSSLER, Karl, Formas literarias en los pueblos románicos. Col. - Austral, núm. 455. Espasa Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires, - 1948.
- WAGNER 1903: WAGNER, Ch. Ph., "The sources of El caballero Cifar". Revue Hispanique, X (1903), V, pp. 5-104. París.
- +WILLIAMS, G.S., "The Amadís question". Revue Hispanique, XXI --- (1909), pp. 1-167. París.
- ZABUROV 1960: ZABUROV, M.A., Historia de las cruzadas. Traducción de Demetrio Kossagovsky. Editorial Futuro. Buenos Aires, 1960.

I N D I C E

PRÓLOGO

3

PRIMERA PARTE

(Caballería y sociedad)

1. El caballero y su condición social (siglos VIII al XI) 9

Comienzos de la caballería, 9. Los barones, la organización y las características de la caballería, 13. El caballero y las demás clases sociales, 17. Cambios en la caballería e influencia de la Iglesia, 25.

2. La caballería como institución (siglos XI al XIII) 33

Crisis socioeconómicas de la Alta Edad Media, 33. Crisis políticas y comienzos de las cruzadas, 42. Las cruzadas como solución a las crisis, 48. Las órdenes caballerescas y el patrocinio de la Iglesia, - 54. El rompimiento de la unidad de lo maravilloso y lo real, 57.

3. Decadencia de la caballería .
(desde el siglo XIII hasta el Renacimiento) 61

La estilización de la caballería, 61. Desaparición de la caballería en la Baja Edad Media, 64. España desde el siglo XIII, 69.

SEGUNDA PARTE

(El caballero como personaje literario)

1. Multiplicidad de aspectos del caballero 79

2. El caballero guerrero y el discreto 90

Caracteres guerreros del caballero, 90. — Agrajes, el guerrero, 97. Decadencia del caballero, 102.

3. El caballero santo 113

Predestinación y "ardimiento" caballeresco, 113. Dios de parte del caballero, — 122. El servicio a la Cristiandad, 127.

4. El caballero enamorado	133
Función del amor en el caballero, 133. Las unio <u>nes</u> secretas, 139.	
5. El caballero seductor	149
Las oportunidades amorosas del caballero, 149.- Algunos personajes vistos como seductores, 154. El caso de Tirante, 164.	
CONCLUSIONES	169
BIBLIOGRAFÍA Y ABREVIATURAS	177